



El quinto
INFIERNO

Bilogía DOBLE O NADA II

VERÓNICA L. SAUER

ISBN-13:978-1523434503

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora, a la cual se puede contactar a través de Facebook: www.facebook.com/veronicaesauer

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

Diseño de cubierta: H. Kramer

Verónica L. Sauer
Punta del Este, Maldonado, Uruguay
Primera edición-Año 2016
©Todos los derechos reservados

EL QUINTO INFIERNO

Verónica L. Sauer

Dedicado a J.P.

Aunque nunca te vas a enterar...

Usted no sabe cuánto valoro su sencillo coraje de quererme.

Mario Benedetti

GPS

Llueve a cántaros.

Llueve tanto que mi visibilidad es prácticamente nula. Disminuyo la velocidad, y finalmente me detengo a un lado de la carretera, con las balizas encendidas para que otro conductor no me lleve por delante.

Es muy peligroso conducir en estas condiciones, y por suerte aún me queda algo de cordura como para darme cuenta.

Apoyo la cabeza en el volante, frustrada, confundida.

Mi GPS interior parece que ha dejado de funcionar.

Hace diez minutos parecía conducirme hacia ese sitio exacto en el que mi alma iba a encontrar lo que andaba necesitando. Pero ahora no logro encontrarme con esa Ana segura de que la felicidad tenía un nombre.

El nombre de un hombre.

¿Qué me está pasando? No sé si es por la lluvia o qué, pero siento que la melancolía se apodera de mí.

Me siento abrumada, realmente perdida.

Estiro el brazo y agarro mi celular. Activo el GPS pero no logro ubicar ni mi propia localización. Tal vez este diluvio sea el causante de que la señal sea tan débil.

Tan débil como yo.

Llueve fuera del auto, y también llueve dentro, porque tengo las manos mojadas. Empapadas por mis propias lágrimas.

No sé por qué lloro en realidad.

Es cierto que la carta que leí hace unos momentos me impactó tanto que sentí que se me abría la cabeza y se me partía el corazón.

También es verdad que estoy sola y estresada en extremo, y que la relación que entablé con un hombre me tuvo y me tiene a mal traer.

Pero no soy de las que lloran. ¡Casi nunca lloro y en la última semana lo he hecho ya dos veces!

La primera vez fue por una tontería; una caída de sistema en el banco fue la gota que colmó un vaso que hace rato rebosaba. En ese momento me puse histérica, pero ahora además estoy triste.

Esta es mi segunda vez, y no tengo muy claro los motivos pero presiento que esta falsa ilusión de estabilidad de los últimos días, ya no regresará.

Estaba bien, estaba inspirada. El guion de mi novela venía fluyendo y eso me traía un gran alivio.

La carta de Hernán me trastornó. La verdad me dio en plena cara y no me lo esperaba.

“...Supongo que estarás en lo de tus padres, escribiendo el guion. Lo entiendo, pero me duele haber recibido un correo genérico como despedida. Esperé inútilmente que me llamaras en Nochebuena, en Navidad... Intenté ser paciente y esperar, pero ya no puedo más.

Me dejaste porque no supe manejar mis culpas, y porque asocié ese castigo que tanto necesitaba a nuestra actividad sexual. Tenías razón, lo admito. Pero el haberte perdido es otro castigo que sin duda merezco, pero no puedo soportar. Simplemente no puedo...

Tengo la esperanza de que si te cuento por qué me siento así, me entiendas y vuelvas a mí. Tal vez no como antes, pero de alguna forma te quiero en mi vida.

Me resultaba difícil contarte estando frente a frente, pero por escrito es más sencillo.

Ana, lo de Tincho no fue precisamente un accidente, y yo tuve la culpa.

Esa fue la mayor cagada de mi vida... Siempre quise ser como él. Lo envidié desde que tengo memoria y creo que aunque resulte extraño aún lo sigo haciendo. Mi primo es lo que se dice un “loco lindo”. Tiene una gran personalidad, se caga en todo y en todos.

Cuando yo era un niño y él un joven algo descontrolado, ya lo admiraba. Era como un dios para mí... Para mí y para todos, incluso para mi vieja, mis abuelos.

Arrancó mal la vida. El padre murió en un accidente de tránsito, cuando él era un bebé. La madre, antes de que terminara primaria, de leucemia. Y aun así, Tincho jamás bajó los brazos.

Mi abuela Marta lo adora. Lo crió ella, y no tiene empacho en decirle a todo el mundo que él es su orgullo y su motivo para seguir viviendo aun habiendo perdido a su único hijo varón trágicamente.

Mi madre... Bueno, mi madre parece estar enamorada de su propio sobrino. Puedo decir que me acompaña en la culpa llenándolo de atenciones, pero lo cierto es que desde que tengo memoria lo idolatra. Lo critica todo el tiempo, pero lo adora.

Adoración es lo que resume lo que Tincho despierta en todos los que conozco. Vos apenas lo conocés, pero si lo hubieras tratado más también hubieras sucumbido a su encanto. La cuestión es que Tincho es la oveja negra de la familia, pero también el preferido. Es un soñador, un bohemio... Estudió lo que quiso, hizo siempre lo que quiso. Puso un boliche, un negocio de venta de tablas de surf, tuvo una granja avícola. Viajó por todo el mundo, y siempre andaba feliz, exactamente igual que ahora.

Pero yo no. Me esmeré todo lo que pude, te lo juro. Pensé que portándome bien me querrían tanto como a él, pero el ser huérfano tenía sus ventajas. Bueno, soy injusto al pensar en algo tan horrible, y lo cierto es que Tincho no necesita ni ser huérfano ni ser discapacitado para despertar esa clase de simpatía, ese cariño, haga lo que haga.

Cuando me di cuenta de que portarme bien no funcionaría, comencé a portarme mal. Te lo resumo así: me fui a El quinto infierno, su chacra de Rocha, a festejar su cumpleaños número treinta. Quise ser como él, y me salió mal.

Él no se metía en líos, y yo sí. Hay gente con la que no se juega, pero eso lo aprendí tarde. Fue un fin de semana de drogas y alcohol. Yo tenía dieciocho años, y no medía las consecuencias de mis actos, así que me metí en un antro de mala muerte. Se armó lío y cuando quise acordar me encontré con un revolver delante de la cara.

Después todo pasó como en cámara lenta. El tipo gatilló sin asco. Martín se puso adelante mío con las manos en alto. Yo me asusté y retrocedí. Mi primo se llevó el balazo. La bala le perforó varios órganos internos y se alojó en la médula. Estuvo muerto clínicamente durante tres minutos en la intervención quirúrgica que finalmente le salvó la vida.

Pero perdió lo que más amaba: su libertad. Y fue todo culpa mía.

No quiero recordar más, Ana. Lo peor vino después pero no me da el valor ni para ponerlo por escrito. Tenías razón cuando me dijiste que era un cobarde, ya lo ves... Nunca más me salí de la raya. Fui más correcto que antes, más complaciente, más dócil, más infeliz. Ya a pesar de que Tincho se agarró con uñas y dientes a la vida y a la felicidad, yo jamás pude siquiera aspirar a ella hasta que te conocí.

Prefiero pensar que puedo tener tu amor algún día, pero en el fondo sé que no me lo merezco. Y esta vez, no será mi primo quien me quite el privilegio, sino yo mismo. Ahí tenés la verdad que me pediste. ¿Me podrás comprender mejor ahora?

No soy un enfermo, Ana. Sólo necesito que me quieras”

Sólo necesita que lo quiera.

Eso está claro; lo que no lo está, es lo que yo necesito.

Hace un rato creí saberlo. Después de leer la carta agarré mi bolso y me metí en el auto.

Pensé que la carta era en sí una revelación, una especie de señal luminosa que me indicaba el camino a seguir. Hace un rato la tenía clara, pero ahora no estoy tan segura...

En este momento más bien siento que es la excusa perfecta para actuar en concordancia con mis deseos.

Deseos que ya tenía, por supuesto, pero parece que el reconocerlos, el reencontrarme con ellos me hace mucho mal.

No sé qué hacer, perdí el rumbo.

¿Qué es lo que iba a buscar casi con desesperación?

Y un sollozo se me escapa de la garganta cuando me doy cuenta de que lo que mi alma anda necesitando es un verdadero amor.

Reflexiones

Agotadas las lágrimas regreso a la choza. Me preparo un té, y enciendo un cigarrillo.

Mi estado de ánimo no es el mejor.

Recostada en la mesada de la cocina miro mi notebook como si dentro de ella estuviese la respuesta todas las preguntas que ni siquiera me atrevo a formularme.

Suspiro, y me obligo a ponerme en acción. Tengo que terminar de guionar la escena de la pelea en el Obelisco antes de que termine este día.

Cuando desbloqueo la máquina me encuentro con el mail de Hernán. Claro, es lo último que vi antes de salir corriendo como una posesa en busca de... De lo que no puedo tener.

No puedo evitar releerlo.

La primera parte no me sorprendió, porque el propio Martín me lo contó. Y también Hernán me fue dando indicios, uno tras otro. Sí, me cierra todo... La culpa es el eje de esta historia, no hay duda.

Ese Hernán “nene bueno” es el que yo conozco y el que me inspiró a hacerle esa propuesta de la que ahora me avergüenzo.

¿Cómo se me pudo ocurrir pedirle a un tipo que sea mi esclavo sexual? Encima tiene quince años menos... La pre-menopausia me ha puesto demasiado creativa.

Hay algo en todo esto que sí me sorprende: la envidia de Hernán. Es una mezcla de celos y admiración a la vez.

Martín representa para él mucho más de lo que está dispuesto a reconocer, infinitamente más que un recordatorio de su falta.

Su falta... La verdad.

No sé por qué en algún momento interpreté que “el accidente” se trataba de un accidente de tránsito.

Intuía que Hernán podía ser el conductor, y de ahí ese sentimiento de culpa que sólo encontraba un retorcido alivio cuando yo le hacía daño.

Jamás me esperé... violencia.

La cagada más grande de la vida de Hernán, la única vez que se salió de la raya, terminó arruinándole la vida a Martín.

Y de pronto me encuentro pensando en el video de Martín. “Si estás vivo, podés ser feliz”, decía al pie.

Una única certeza me da fuerzas para poner las manos en el teclado y hacer lo que tengo que hacer: a Martín Lasalle, no le arruina la vida nadie.

La carta que le escribiré a Hernán será por lo menos ambigua. No es el momento ni de hacerle preguntas ni de jugar con su psiquis en un pseudo análisis inconducente.

Prefiero tomar esto como una catarsis, y darle un poco de consuelo, pero sin comprometerme demasiado.

Ha sido muy movilizante para mí enterarme de la verdad. Tanto, que por un momento sentí que esa carta me estaba marcando el camino a seguir para encontrar la felicidad.

La lluvia barrió con mi entusiasmo, por no llamarle locura transitoria, y ahora aquí estoy, intentando estar a la altura de las circunstancias, pero sin alentar algo que no sé si estoy dispuesta a continuar.

Con la cabeza a punto de estallar de tanto pensar, comienzo a escribir.

“Me hago cargo de que mi súbita partida sin ninguna explicación no fue adecuada.

Es que estoy pasando por un momento tenso, Hernán. El compromiso que asumí con la productora y la editorial me estaba agobiando, y no tenía ni tiempo ni fuerza para más.

Me obligué a alejarme de todo para poder cumplir. Desde que estoy en la playa, todo ha comenzado a fluir mejor y estoy un poco más tranquila, pero sólo un poco.

Tu carta me impresionó mucho. Aún me tiene muy impresionada, lo confieso.

Ahora entiendo muchas cosas, y compruebo que no estaba errada mi intuición de que te sentís culpable y en nuestra forma de relacionarnos encontraste algo de alivio.

No sé qué decirte, Hernán. Supongo que habrás ido a terapia, que habrás agotado todos los recursos para sentirte mejor.

Si te sirve de consuelo, yo lo sigo considerando un accidente y no creo que Martín te eche la culpa.

Y sobre todo estoy segura de que a pesar de haber perdido mucho, no perdió lo más importante: las ganas de vivir. Y tampoco la libertad.

Ya lo hablaremos en otro momento, más tranquilos. Espero que termines bien el año y que comiences el que sigue, mejor aún.”

Ni siquiera la releo. Pongo enviar y cierro el correo de inmediato con el firme propósito de no corresponderle si me vuelve a escribir.

Lo que menos necesito ahora es un tira y afloje con Hernán... Porque sé qué querrá que retomemos esta relación que ahora que sé toda la verdad, se me antoja más enfermiza que nunca.

Jamás pensé que los tres nos encontraríamos en este espiral de culpa y celos. ¿Los tres? Mi mente no cesa en su empeño de incluir a Martín en mi vida.

Es lo primero que pensé cuando terminé de leer la carta de Hernán. “Quiero estas ganas de vivir, quiero a este hombre muy cerca de mí. Quiero su altruismo, quiero esa clase de amor”.

Como si estuviera en trance, agarré mi bolso y salí a buscarlo a la lluvia.

Diez minutos después, no tenía claro lo que estaba haciendo ni por qué lo hacía. Ni siquiera sabía dónde mierda estaba El quinto infierno...

No sólo mi GPS se descontroló por la lluvia, también lo hizo mi brújula interior que de pronto me dejó sin rumbo.

El miedo me paralizó.

Martín Lasalle sigue siendo un misterio para mí, aún sabiendo la verdad. ¿De dónde saca su motivación, y esa alegría que se refleja en sus ojos? ¿Cómo es posible que alguien sea tan resiliente?

“Porque ya lo era antes. Porque no hay nada que pueda quitarle esa luz” pienso otra vez conmovida.

Martín me confunde sin siquiera estar presente. Me abruma, y me deja con ganas de... más.

Quiero conocerlo mejor, pero soy consciente de que nuestro último contacto no fue del todo amigable, y que mis intentos de retomar no fueron bien recibidos.

Pienso que está muy cerca, y unas ganas locas de ir a buscarlo me invaden. Miro de reojo mi bolso... Sólo tengo que poner El quinto infierno en el GPS y conducir. Por la ventana se ve una arcoíris gigante... ¿Y si...?

No, no tiene sentido. No sé dónde me sale esta necesidad, pero si hay algo que no deseo encontrar son más problemas de los que ya tengo.

Uno de ellos es este puto guion.

El otro, se llama Hernán.

¿Qué fue lo que le hiciste?

Ay, la inspiración. Dama veleidosa que vive en... Rocha. Evidentemente vive acá, porque sino no me explico cómo llevo ya noventa páginas de la novela y dos capítulos de la serie de televisión. ¡Hace unos días estaba en blanco!

Este retiro espiritual me está resultando más que productivo, e Inés Rivera ha vuelto a escribir. Además, el estar tan ocupada evita que piense en... otras cosas.

Recuerdos que debería borrar. Deseos que debería eliminar. Proyectos que debería descartar.

Algunos de esos pensamientos tienen que ver con Hernán, lo reconozco. Es difícil olvidar su mirada de miel, su tímida sonrisa. Es imposible no recordarlo de rodillas en el suelo, desnudo por completo. Su entregada exposición tan tentadora... Las cosas que le hice y las que le obligué a hacerme. El cinturón en su cuello, las manos atadas con mi ropa interior... La mayonesa. El techo de mi auto salpicado. Su culo perfecto enjabonado. La sangre...

Bueno, ahí es cuando mis recuerdos se estropean.

Si no se hubiese complicado tanto, hoy no tendría que espantar esos recuerdos, pero lo cierto es que dadas las circunstancias, les estoy huyendo como a la peste.

Una mezcla de excitación, asco y culpa me invade cuando pienso en él. Y también algo de temor porque no sé las derivaciones de lo que hemos hecho, y hasta dónde llegó el daño.

Pero existen otras cosas que también resultan amenazantes para mi psiquis, y no tienen que ver con Hernán.

Y ahí entran a jugar las ganas, las situaciones fantaseadas, las suposiciones, la necesidad de desentrañar algo tan complejo como el secreto de la felicidad, que en este momento creo que está en las manos de Martín Lasalle.

Pienso mucho en él, sobre todo antes de dormirme. Rememoro nuestros dos encuentros y no encuentro motivos que justifiquen su ausencia de respuesta ante un simple saludo.

A no ser que sepa que... *“Si creyera que realmente lo estás lastimando, haría algo más que acusarte, creeme”*.

Esa velada amenaza me impresiona todavía. ¿Considerará él que los juegos sexuales algo violentos sería lastimar a Hernán? ¿O se referirá al daño psicológico? Me atormenta el pensar qué haría si descubriera la relación que me ha unido a su primo, que tiene mucho de sexo, pero también tiene connotaciones afectivas que no me dejan muy bien parada.

Así transcurren mis días... Hoy es el último del año y me encuentro sola con mis pensamientos.

Cuando no estoy escribiendo o hablando con mi hijo, estoy espantando los recuerdos de Hernán que ahora se me antojan bastante sórdidos y confusos.

Y sino, me sorprende soñando con encontrarme con Martín, así, de la nada, producto de la casualidad.

Digamos que yo voy a la playa. Digamos que camino esos diez kilómetros (más que una hazaña un milagro, realmente) que me separan de El quinto infierno. Digamos que casualmente él está ahí, mirando como surfean sus amigos. Digamos que me acerco, me agacho y le pregunto mirándolo a los ojos: “Decime cómo hacés para vivir el cielo aún estando en el infierno”.

Digamos que el tipo no me da vuelta la cara ni me dice “¿de dónde saliste, loca?”. Digamos que me mira con esos faroles celestes, sonrío de una forma que me hace agradecer no estar de pie para no tener que caer a sus pies desmayada, y me contesta: “Ay, Ana Sanz. No tenés ni idea de dónde están mis límites, porque ni yo mismo lo sé. Lo único que sé es que mientras esté vivo, puedo ser feliz.”

Digamos que yo no me hago pis encima, y me quedo con él un rato mirando el mar. Quien dice un rato, dice dos. O varios días... Y que él no me pregunta nada de mi relación con su primo, pero sí me cuenta cómo fue su vida luego de la tragedia.

Que me dice que no hay nada que pueda con la voluntad humana. Que la felicidad no es la meta, sino el camino. Que ese camino también se puede recorrer en silla de ruedas. Que las heridas cicatrizan, y que la vida sigue y tiene un montón de sorpresas y desafíos. Que el no poder caminar hace que esos desafíos aumenten. Que el amor sigue siendo el motor de todo.

Que... Qué carajo hago pensando otra vez en Martín Lasalle. Tejiendo fantasías, imaginando encuentros. Proyectando formas de llegar a él.

Últimamente todas mis fantasías giraban en torno a lo que podía hacerle a Hernán, y en lo que podía obligarlo a hacerme a mí. ¿Cómo es que pude cambiar tanto el eje de mis pensamientos?

Yo sé cómo.

La verdad hizo la diferencia.

El fin del misterio sobre la culpa de Hernán, dio origen al principio del misterio sobre Martín. Sobre él y sus motivaciones, sobre su alegría de vivir, sobre su altruismo.

¿Será sólo una fachada para no generar lástima? ¿Cómo diablos hace para vivir así?

Su vida es una puta aventura, mientras que la de Hernán y la mía... Esos jueguitos en Séptimo Cielo generaron en mí un poco de adrenalina que se esfumaba ni bien se terminaban.

Lo del guion me emocionó muchísimo, pero ahora que mi ego y mi cuenta están hinchidos sólo tengo más trabajo y un desafío que no me hace del todo feliz.

No estoy satisfecha para nada. Me siento muy sola, y llena de cuestionamientos.

¿Estoy en medio de una crisis existencial? Sí, desde hace tiempo. Y es el tipo de crisis que no se soluciona haciendo cosas raras con un pibe en un hotel por horas.

Eso es pan para hoy, y hambre para mañana, como dice el dicho popular.

Y ahora más que nunca, me encuentro deseando más. ¿Pero qué clase de “más”?

Mientras pienso en eso, soy presa de una súbita inspiración. Me siento en la compu y empiezo a escribir como si estuviese poseída por cien musas.

Sublime va tomando forma. Mejor dicho va cambiando de forma, y un viraje sorpresivo hace que Martín Lasalle y todo su misterio, forme parte de la novela.

Bueno, no exactamente es él quien irrumpe en la historia, sino alguien con algunas de sus características, precisamente esas que me tienen más... ¿fascinada? ¿Esa es la palabra?

Escribo y escribo sin detenerme. Lo “sublime” deja de pasar sólo por el amor de pareja en esta historia, sino que comienza a abrir su espectro a otras clases de amor.

Seis horas después tengo perfilada toda la novela. Es decir, tengo una especie de sinopsis de cada capítulo, y también el desenlace. Y como si esto fuera poco, también me da el pie para cambiar la escena inicial de la serie y convertirla en algo impactante y novedoso.

No me lo puedo creer... Me arden los ojos; estoy segura de que los tengo enrojecidos.

Tengo que parar, porque también me estoy sintiendo algo mareada por falta de sueño y de alimentación. La verdad es que estoy muerta de hambre. No vine a Rocha a enfermarme más sino a inspirarme más, así que voy a la heladera a buscar algo de comer.

Carajo, nada de nada.

Bueno, no voy a tener más remedio que salir. Miro por la ventana y compruebo que está nublado. Si estas hubiesen sido mis vacaciones las hubiese considerado perdidas, pero dadas las circunstancias me viene bien.

Agarro dinero, y ni bien salgo vuelvo sobre mis pasos a buscar el celular. Tengo que estar en contacto con mis viejos y con mi hijo en todo momento para sentirme segura... Hasta ahora su presencia en la compu a través de Skype me había permitido tener el móvil apagado, pero al salir, me siento insegura si los pierdo de vista.

Lo enciendo. Trescientos mensajes de WhatsApp de cuatro conversaciones. Estoy segura de que una de ellas es la que mantuve con Hernán, pero resisto la tentación de comprobarlo y me voy directo a Facebook.

Mamá está en contacto a través del celu. Lo mismo Nico y Magalí. Bien, ahora sí puedo salir.

No termino de guardar el teléfono en mi bolso cuando el sonido de una notificación me llama la atención. Tiene que ser de Facebook, porque las otras aplicaciones están silenciadas.

Y cuando destrabo el celu y veo quién es, la sorpresa hace que se me caiga. Como aquella vez en mi oficina, el maldito aparato se catapultaba de mis manos, pero esta vez se pierde bajo el asiento de mi coche. O entre los pedales, no sé.

¿Dónde está el puto teléfono, por Dios?

Me contorsiono tanto que casi me saco un hombro del lugar, pero el remitente del mensaje amerita cualquier tipo de malabarismos con tal de... Aquí está. ¡Sí, lo tengo!

Finalmente, lo destrabo y leo:

Martín Lasalle (Tincho)

¿Qué fue lo que le hiciste a Hernán?

Después de eso, ya no fue necesario ir a comprar nada porque de pronto mi apetito se esfumó.

Un puto gigante

Me quedo mirando el teléfono sin saber qué hacer.

“¿Qué fue lo que le hiciste a Hernán?”

¡La concha de la lora! ¿Cómo es que aparece así de la nada y me manda un mensaje como ese? Me siento como una nena a la que han agarrado con las manos en la masa. ¡No le hice nada! O por lo menos no le hice nada que él no deseara. ¿Tengo que hacerme cargo de sus supuestos sentimientos?

¡Yo le dije que no se enamorara, carajo! Además, estoy segura de que lo que Hernán siente tiene que ver con la Ana que construyó en su cabeza, no con la que realmente soy. ¿Cómo iba a enamorarse de la verdadera Ana si ni yo sé quién soy?

Yo no tengo la culpa de los problemas psicológicos de Hernán. No soy su terapeuta, no soy su madre y mucho menos su novia.

¿Qué carancho es lo que Martín me está reclamando?

Una vergüenza inmensa se apodera de mí y casi no puedo respirar. Abro la puerta del coche y me bajo. Hoy ya no iré a ninguna parte porque esa pregunta, viniendo de quien viene, me ha trastocado el día entero.

¡Ni siquiera me saludó! ¿Tanto costaba un simple “hola”? Lo único que hizo fue hacerme esa estúpida pregunta acusatoria, y lo peor es que ya le debe figurar un “visto” en el chat de Facebook.

¿Debo responderle algo, o...?

Los minutos pasan y yo sigo sin reaccionar. Sentada en la encimera de la cocina, fumo un cigarro y miro por la ventana.

Estoy tentada a responderle: “Nada que te importe”. O algo parecido a lo que pensé primero: “Nada que él no haya disfrutado”.

No soy tan audaz, claro que no. Es posible que a la madre de Hernán se lo hubiese puesto y luego me hubiese arrepentido, pero con Martín ni siquiera lo intento.

¿Le tengo miedo a un tipo que está en una silla de ruedas? No, no es eso.

Pero me importa demasiado qué es lo que pueda pensar de mí.

Digamos que le tengo respeto. ¡Es un puto gigante ante mis ojos!

No sé de dónde me sale esta especie de estima irracional, pero lo cierto es que me muero de ganas de explicarle qué sucedió.

¿Lo entendería? Sé que no debo justificarme, y que si me quedara un poco de sensatez ignoraría el mensaje, pero resulta que es un buen pretexto para hacer lo que me muero de ganas de hacer desde hace rato: entrar en contacto con él.

¿Para qué le doy tantas vueltas si sé que le voy a contestar? No sé qué le diré, pero algo le voy a poner. A ver... Me voy a hacer la sorprendida por la pregunta, y ver sus reacciones. De acuerdo a eso veré por qué camino continuar.

Hago de tripas corazón, y justo cuando me siento delante de la compu para escribirle, me suena el celular.

Lo dejé prendido... Mierda. Que no sea Hernán, por favor.

No lo es. Número desconocido. ¡Lo que me faltaba! Voy a contestar sólo para no quedarme con la intriga. Me conozco, y sé que si no lo hago, en un rato estaré llamando, para ver quién era, y qué quería.

Lo desconocido me está atrayendo demasiado... Trago saliva y atiendo:

—Hola.

—Ana Sanz.

¡La puta madre que me parió! No necesito ni preguntar quién es. Nadie más que Martín Lasalle me dice así.

¿Cómo obtuvo mi número? ¡Hernán! Por supuesto que fue él. ¿Qué le habrá dicho de mí? Dios, qué niño es. La culpa es mía por ignorar el dicho popular “el que se acuesta con niños, termina mojado”.

No me da tiempo a pensar nada más. Colorada como un tomate escucho cómo se burla de mí.

—Sé lo que estás pensando. Y no, no fue Hernán.

¡Otra vez con la bola de cristal! ¿Cómo es posible que me lea el pensamiento? Ni siquiera me está mirando a los ojos como para interpretarlos.

—¿Entonces cómo...?

—Mercedes, por supuesto.

Claro... Mercedes. No podía ser otra. Ella estuvo manipulando el celular de Hernán para darle mi número a su casi novia Sofia.

Es una bruja esa mujer. Y una cobarde... ¿Por qué no me llamó ella?

—Ah —carraspeo, incómoda. Me siento cohibida y no sé qué decir. Mi numerito de asombro por la pregunta no es tan fácil de hacer por teléfono. Nunca hubiese esperado que me llamara, la verdad.

—¿Ana?

—¿Qué?

—¿Me vas a contestar la pregunta que te mandé por Facebook y que ya hace más de media hora que viste?

¿Por qué tiene que ser tan directo, por Dios?

—Estaba... Me agarraste manejando y no podía responderte en ese momento —improviso. Y luego ya más segura de mí, continúo: —Además, no termino de entender...

—¿Qué cosa?

—Tu animosidad hacia mí, por ejemplo. ¿Por qué me acusás, si ni siquiera quisiste escucharme cuando te ofrecí explicarte? —le digo, y mi tono de voz se eleva a medida que mi estado de ánimo se caldea. —Tendrías que tener las dos versiones, antes de señalarme con el dedo como la mala de la película.

—Es que... —comienza a decir pero yo ya estoy pasada de revoluciones y no se lo permito.

—No sé quién te creés que sos... ¿el abogado defensor de tu primo? ¿Hasta cuándo vas a poner la cara por él? ¡Es por eso que Hernán es tan cobarde! Siempre hay alguien intermediando...

—Ana, esperá.

—Ni siquiera me respondiste el saludo de Navidad, pero claro, basta que Mercedes te pida que me hagas un reclamo y enseguida me contactás... ¡Otra cobarde tu tía! —exclamo fuera de mí.

—Estás un poco...

—Un poco, no. ¡Mucho! Estoy harta de que me acusen como si fuese una depredadora sexual. Vos y Mercedes me tienen hasta las bolas defendiendo a Hernán, intentando alejarlo de un supuesto peligro y se olvidan de que es un hombre grande ¡mierda! —puteo ya sin control. Ya me cree una boca sucia así que... —¿Qué le hice a Hernán? ¿Querés saber qué carajo le hice a tu primo? ¡Entonces preguntásele a él!

Estallé. Me puse histérica, lo sé. Y ahora estoy aquí, respirando agitadamente en el teléfono, con los ojos llenos de lágrimas.

Por unos momentos Martín no dice nada. No se escucha un solo sonido al otro lado de la línea.

El corazón me late muy fuerte, tanto que creo que va a explotar. Me llevo una mano al pecho y ahí por fin escucho la pregunta:

—¿Terminaste?

Trago saliva. La verdad es que estoy algo avergonzada por la andanada de exabruptos que acaban de salir de mi boca.

—Creo que... Creo que sí.

—Bien. Ahora voy a hablar yo.

La putísima madre que me parió. Yo me lo busqué... Ya me imagino lo que viene ahora. Me va a reclamar los golpes, me va a reclamar el daño psicológico, la perversión, la manipulación.

Ay, el miedo. Va a hacer algo más que acusarme; ya me lo dijo. ¿Me va a denunciar? ¿Alegando qué cosa?

Imposible seguir con esta espiral de pensamientos persecutorios porque él empieza a hablar.

—En primer lugar nadie te acusó de nada, Ana Sanz —me dice con calma.

—¿Cómo que no...?

—Estás un poco a la defensiva, ¿no? —me interrumpe y adivino una sonrisa detrás de sus palabras. —Yo sólo te pregunté qué fue lo que le hiciste a Hernán, y vos me salís con todo esto... Sinceramente, estoy abrumado.

A ver, a ver. Hay algo que no estoy comprendiendo. ¿Era una pregunta o una acusación? ¡Sonaba a acusación! ¿Sino por qué carancho me haría esa pregunta?

—Pero vos... Pero vos... —repito como una estúpida.

—Yo te hice una simple pregunta. No había un juicio de valor implícito, o por lo menos ninguno con connotaciones negativas —acota dejándome completamente asombrada.

—Martín...

—Odio que me llamen así —murmura. —Ana, no te acusé de nada. Es más, creo que si sos la responsable de este nuevo Hernán, debería felicitarte.

¿Qué es lo que dice? No entiendo nada...

—No comprendo qué queres decir.

—Fácil. Me llamó Mercedes al borde del colapso, diciéndome que el niño de sus ojos se fue de casa para no volver —me anuncia y remata con una carcajada.

—¿Se fue? ¿Se alquiló el monoambiente al final? —pregunto intrigada.

—No sé. Decímelo vos...

Frunzo el ceño, confundida. Y de pronto caigo en la cuenta de que él no sabe cuán lejos estoy de Hernán.

—La verdad es que no tengo idea. No lo veo desde hace días...

—Entonces es como dice Mercedes: “se ignora su paradero”. Claro que le metió más dramatismo y hasta quiere hacer la denuncia...

—¿La denuncia? —la voz me sale titubeante.

—Nadie la va a tomar en serio, ya se lo dije. Hernán le anunció que se mudaba y se llevó todas sus cosas.

—¿Cuándo fue eso?

—Esta mañana. La madre está en agonía... Imaginate, un treinta y uno de diciembre lejos de su pequeño vástago para ella es devastador —declara y parece que lo disfrutara. —En fin, no me pude resistir a la tentación de felicitarte, Ana Sanz. Lo que no me imaginaba era que lo ibas a tomar así.

Chan. Chan, chan, chan.

¿Felicitarme? ¿Felicitarme, dijo? Y como siempre, me deja más muda si es posible, adivinándome el pensamiento.

—Sí, dije felicitarte —repito muy orondo. —Fue un gran trabajo el tuyo. El rey de las concesiones parece que está cambiando.

Trago saliva, incómoda.

—¿Y qué te hace pensar que yo soy la responsable?

—Mercedes —responde. —Ella no tiene dudas de que sos la culpable de todo.

—¿Y vos? —pregunto sin poder contenerme. —¿Vos creés lo mismo que tu tía?

Y por primera vez, siento que estoy dominando un poco la situación que amenazaba con desbordarme.

—Después de todo lo que me dijiste, estoy seguro de eso —responde, y a mí se me va el alma a los pies. ¿Es eso bueno o malo? Ay, Dios...

Martín Lasalle.

Aquí está. Lo busqué, lo encontré.

El asunto es el mismo de antes.... ¿cómo hacer para dejarlo ir?

Te tomo la palabra

“El quinto infierno”. Lo dice claramente el letrero que pende de una cadena sobre el portón.

Ante mí, sólo se ve un largo camino, bordeado de árboles que no sé reconocer.

Hay una campana de bronce con un badajo amarrado a una cuerda de yute, pero más abajo se ve un moderno portero eléctrico con una cámara de seguridad.

Y antes de que me dirija a él para oprimir el botón, las puertas se abren y me dan paso.

Avanzo lentamente por un serpenteante camino que no tengo idea de adonde me conducirá. Es decir, sé que estoy en “El quinto infierno”, la chacra marítima de Martín. Lo que no sé es qué carancho hago acá.

Todo comenzó hace un rato, por teléfono.

Luego de que Martín me dijera que me creía la responsable del cambio de Hernán, no supe qué decir.

Él lo consideraba un cambio positivo, pero no había duda de que Mercedes opinaba todo lo contrario.

Lo peor de todo, es que me preocupaba más lo que Martín pensara de mi accionar, que el paradero de Hernán.

—No me queda claro si realmente celebrás el cambio de Hernán, Tincho. —le dije luego de una pausa. —De hecho me resulta extraño que me llames cuando ni siquiera correspondiste a mi saludo de Navidad.

Casi podía verlo arqueando las cejas, teléfono en mano.

—Bueno, te lo confirmo: celebro que Hernán por fin corte el cordón umbilical aunque aún me quedan dudas de la firmeza de sus propósitos. De lo que no dudo, es de tu directa participación en ese milagro.

Ignoró lo del saludo navideño. Era evidente que el pasar de mí deliberadamente fue un impulso, y prefería obviar explicaciones. Pero no le di ese gusto.

—Te creería, si no fuera por tu desconcertante reacción ante mi contacto por Facebook,

Ahí tenía. A ver si podía ignorar algo tan directo.

Como suponía, no pudo.

—Desconcertante... Vamos, que vos sabés que lo mío no es ser políticamente correcto.

—¿Cómo se entiende eso?

—La cortesía no es mi fuerte.

—No se trataba de cortesía —repliqué.— Te hablaba de lo inspirador que me resultaba ver que no permitiste que las circunstancias te amargaran la vida, y de lo bien que me hacía...

Interrumpí lo que venía diciendo cuando se escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—Recibo muchos mensajes como ese, Ana Sanz. Y hasta me resulta molesto que algunas personas sólo vean las cosas en perspectiva cuando comparan sus desgracias con las de otros —me dijo dejándome perpleja.

No me esperaba tal reacción. ¡A mí me encantaba cuando la gente me decía que mi libro le había cambiado la vida!

Pero claro, se trataba de dos cosas distintas. Yo no pagué con mi salud el precio de...

—Así que si no fui lo cortés que esperabas, ya sabés el motivo —agregó antes de que pudiera yo decir algo.

Eso no sonó a disculpa. Tal vez porque no lo era.

Me llamé a silencio. ¿Qué podía hacer? Una súbita vergüenza me invadió. Y pensar que yo me creí ocurrente cuando lo llamé “mi antidepresivo natural”. Uf, qué horror. Le debo haber parecido una pelotuda importante.

—¿Estás ahí? —preguntó de pronto, y adiviné nuevamente una sonrisa en su rostro.

—¿Dónde más? —respondí. —Te encargaste de ponerme en mi lugar...

—Sólo porque vos me lo reclamaste —me aclaró. —Pero no te ofendas, no fue un reproche. Tu mensaje me sirvió para darme cuenta de que el video estaba público y por eso atraía ese tipo de comentarios —agregó.

Cada vez me sentía más estúpida. No me salían las palabras... Él las dijo por mí.

—Vamos, que vos no necesitás ver videos de inválidos disfrutando de la vida para sentirte mejor.

Eso me indignó.

—¿Qué sabés? No sabés nada de mí, Martín. No tenés ni puta idea de lo que siento, de lo que me pasa... ¡Cuando quise contarte me escupiste! ¡Cuando te mandé ese mensaje, me volviste a escupir!

—Me gusta cuando te enojás.

Mi perorata se interrumpió de pronto. Una simple frase y me dejó sin habla, pero sólo por un momento.

—Sádico —le espeté así nomás. Y de inmediato me puse colorada hasta la raíz del pelo. El muerto se reía del degollado... Justo yo acusándolo de algo que me tocaba muy de cerca. Demasiado...

Lo escuché reír a carcajadas al otro lado de la línea.

—Estás muy tensa, Ana Sanz. Yo creo que necesitás vacaciones... ¿Qué tal si te venís a El quinto infierno?

Me había metido un caramelo en la boca y casi me atraganto.

—¿A qué?

—No sé... A relajarte, quizá. Te puedo hacer masajes en los pies... Dicen que si los sentís pueden ser muy relajantes —me dijo, pero no había ni ironía ni resentimiento detrás de sus palabras. Y tampoco una segunda intención. Definitivamente esa vez no me sentí incómoda con su salida.

—¿Dicen? No me vas a hacer creer que en treinta años no te los hicieron...

—Te juro que no. Mi relajación pasaba por otras partes del cuerpo, en esa época.

Ay, Dios. Esa frase, muy a mi pesar me excitó. Fue algo tan tangible como sentirme... húmeda. Muy húmeda.

No dijo nada fuerte, nada obsceno. Tampoco fue su mirada, ya que estaba al otro lado del teléfono. No había doble sentido en la frase.

Y sin embargo, lo que dijo me excitó. Despertó en mí mil suposiciones, y la más potente elevó aun más mi temperatura: ¿en *esta* época por dónde pasaría su relajación? Y ahí fue que me perdí, y dije lo que no debí decir jamás, lo que en este momento me tiene en la puerta de su casa, temblando como una vara verde.

—Te tomo la palabra. Voy para ahí.

De algo hay que morir

Hasta que no me vio por la cámara del portero, Martín no tenía idea de que yo llegaría en menos de veinte minutos. O eso es lo que yo me imagino... Con su más que comprobado talento como adivino no me sorprendería que lo supiera.

Supongo que lo tomó para la broma, pero no puedo asegurarlo porque no volvió a llamar. Lo último que escuché antes de colgar fue su risa burlona.

Y ahora estoy aquí.

Me detengo frente a la enorme casa de piedra que se erige de cara a una increíble laguna artificial. Nadie me recibe...

Esperaba otra cosa.

A Martín con una sonrisa, intentando disimular su asombro, dándome la bienvenida. O francamente sorprendido, dándome la bienvenida. Incluso algo confuso, pero con obligada cortesía. Tal vez hasta enojado, y con muchas interrogantes.

En el trayecto hasta El quinto infierno no dejé de imaginar sus posibles reacciones... Lo que no imaginé es esto.

Nadie sale de la casona. Bueno, nadie no...

Ni bien bajo del auto, un perro se me viene encima. Intento gritar, alarmada, pero el animal no me lo permite. Me mete la lengua en la boca, en la nariz, en todos lados. Me lame toda la cara...

Cuando logro alejarlo lo suficiente me doy cuenta de que es el labrador negro de la foto, y es bastante amigable por cierto.

—¡Basta! ¡Quieto! —le ruego, pero él continúa con sus excesivas demostraciones de afecto. Y de pronto siento algo húmedo en el pecho... Lo tomo del collar y lo obligo a bajar, y en ese momento compruebo espantada que mi camiseta blanca de tirantes está toda sucia de barro. —¡La concha de la lora!

—Qué boquita.

Levanto la vista, avergonzada, y me encuentro con esos dos faroles del color del cielo clavados en mis tetas.

Me quedo sin aire.

Se supone que el sorprendido debía ser él, no yo, pero aquí estoy, jadeando...

La mirada azul me recorre entera, y soy consciente de mis piernas al aire, que el vaquero recortado deja bien expuestas. De mis pezones erguidos porque ni se me cruzó por la mente ponerme un soutien cuando salí a las corridas de casa. Ni siquiera agarré los documentos. Simplemente tomé las llaves, y me metí en el auto apretando el celular como si todo lo que importara en la vida estuviese allí.

No creí que fuese tan fácil. Puse “El quinto infierno” en el GPS y la bendita tecnología me trajo aquí, directo a... él.

—No pareces sorprendido.

—Me repongo rápido —replica. Y luego llama al perro—Rasta, vení.

Pero “Rasta” me olfatea las “Cros” con entusiasmo y no le hace caso.

—Es por... Zocolino. Está oliendo a mi perro —murmuro acariciándole la cabeza.

—¿Dónde está?

—En la choza, a unos kilómetros de acá.

Martín se acerca y baja del porche por una rampa.

El perro le lame la mano, y él sonríe.

—¿Qué hacés en Rocha, Ana Sanz? —pregunta alzando la vista, pero esta vez me mira la cara, no las tetas.

Cruzo los brazos sobre el pecho y me encojo de hombros.

—Lo mismo que vos, supongo.

Alza las cejas y se muerde el labio.

—¿Estás huyendo del mundanal ruido?

Hago una mueca y finjo pensarlo.

—Eso creo —concluyo al fin.

El sol lo ciega de pronto y él se apantalla con la mano.

—¿Por qué Rocha?

—¿Por qué no?

“Rasta” vuelve a concentrar su atención en mi calzado, y ambos observamos como olfatea mis pies.

Por unos momentos ninguno de los dos dice nada. Finalmente, es él quien rompe el silencio.

—Seguime —me ordena, girando la silla. Y luego se dirige al perro. —Tranquilo, “Rasta”. Esos pies vinieron por mis masajes, no por vos.

Tendré que seguir con los brazos cruzados, parece. De otra forma no podré ocultar mis pezones que están tan duros que me duelen, y no lo puedo controlar.

El sol se puso sobre la laguna, ante nuestros ojos. Observamos el ocaso en silencio, él y yo. Y Rasta, por supuesto.

Los grillos empezaron su concierto cuando las chicharras terminaron el suyo. Luciérnagas diminutas comenzaron a brillar a nuestro alrededor, mientras Martín encendió un cigarro.

Aspiré el humo y me di cuenta de que no era un porro.

—Fumar hace mal —murmuré, hipócritamente porque yo también fumo.

—De algo hay que morir —replicó.

Con las piernas colgando del muelle de madera, giré a mirarlo.

—Tenés razón. ¿Me das uno?

Él sonrió.

—Vos no te querés morir —afirmó mientras me señalaba el bolsillo de la camisa que me acababa de prestar. —Ahí en el bolsillo tenés unos Marlboro suaves. Este es “armado” y no te va a gustar.

Me palpé el bolsillo y comprobé que adentro había una caja medio aplastada y un pequeño encendedor Bic. La camisa era tan grande que me llegaba a las rodillas, pero me gustaba porque en ese momento me di cuenta que él la había usado recientemente. Además servía a sus propósitos: ocultar mis tetas desnudas mientras mi camiseta de tirantes se secaba.

No tuve más remedio que lavarla en el baño, para sacarle el barro. Y mientras lo hacía, golpearon la puerta. Me puse una toalla en torno al cuerpo y abrí... Era una señora bastante mayor, de calzas negras y camisa hawaiana. El pelo era ralo pero larguísimo, y lo llevaba en una trenza de costado.

—Tomá, nena. Dice el Tincho que me des tu... lo que sea que esté mugriento. —dijo mientras me tendía la camisa. —Soy Celina, la que no deja que esto se convierta en un chiquero.

La tomé, le di mi camiseta recién escurrida, y murmuré mi nombre junto a un “encantada” pero ella ya no lo oía porque caminaba por el pasillo con asombrosa rapidez.

Cerré la puerta y antes de sucumbir a la tentación de olerla como Rasta a mis “Crocs”, me la puse y salí.

Me sentía un payaso, pero experimentaba un extraño placer en ir vestida con ropa de él.

Celina estaba en la cocina poniendo a funcionar el secarropa.

—El Tincho te espera en la laguna, che—me anunció. —Llevá el mate.

Eso hice. Llegué justo cuando el sol comenzaba a ocultarse... Martín me miró y no dijo nada. Le cebé un mate mientras contemplamos juntos el perfecto atardecer.

Y luego fumamos y hablamos de la muerte.

“—Vos no te querés morir” —me había dicho él, pero igual me indicó dónde estaban los cigarrros.

Me encendí un Marlboro y repliqué:

—Vos tampoco te querés morir.

Lo vi sonreír... No pude evitar corresponderle.

—Ni en pedo —respondió.

Su amor a la vida era tan evidente que se palpaba en cada gesto, en cada palabra.

Un extraño *dejà vu* se apoderó de mí, y me encontré recordando aquella noche, la de su cumpleaños. En un puente parecido a este muelle, Martín se fumó un porro y hablamos de cosas trascendentales como el hacer concesiones, como la gloria de surfear con o sin piernas, como seguir viviendo sobre dos ruedas.

También hablamos de Hernán.

Aquella vez, y hace un rato.

Era imposible soslayarlo.

—¿Se terminó, Ana Sanz? —preguntó lanzando su cigarro a la laguna.

No fue necesario aclarar a qué se refería. Ambos lo sabíamos.

Me cebé un mate, y pensé cuidadosamente mi respuesta mientras me lo tomaba. No encontré una que me gustara del todo.

—¿Qué te hace pensarlo? —pregunté para ganar tiempo.

—Vos estás acá, y él no.

Suspiré.

—No somos siameses, Tincho. Tus conclusiones son muy forzadas...

—Bueno, Hernán está saliendo de su zona de comodidad por primera vez. Eso quiere decir que busca algo —argumentó con calma.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Es obvio que no están juntos —repuso, convencido. —Si te tuviera, no estaría buscando nada.

Mierda. Así de fuerte, así de contundente.

Me volvió a dejar sin aire, y con la boca seca. Me cebé otro mate y me lo tomé tan rápido que me quemé la garganta.

—Ahora me toca a mí —murmuró Martín, y yo me terminé atragantando.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz.

—Que te cebaste dos seguidos. Yo también tomo mate —me aclaró.

Era eso. Por un momento creí... Cualquier cosa, creí. Desbarranqué con mis pensamientos, la verdad.

Le alcancé el mate y me senté a lo indio, cubriéndome con la camisa para que los mosquitos no me picaran más.

El perro se sentó junto a mí y apoyó el hocico en mi hombro.

Yo di una pitada a mi Marlboro y de pronto me encontré pensando en algo que me dejó temblando: hacía demasiado tiempo que no me sentía tan feliz.

Vos aportás los problemas, yo las soluciones

—Sí, mamá... No, estoy segura. Claro, recién hablé con él y ya vive en el año que viene... En lo de la tal Madison. Dice que sí, que está nevando desde... Sí, está abrigado, mamá. Le llegó todo lo que le mandaste... No te preocupes por mí, disfruten mucho y no se emborrachen... Saludos a tía Elena... Ok, decile que gracias, igual para ella... En serio, mamá. Voy a pasar en la choza con Zocolino... No, no es depresión... ¡es trabajo! Ay, ma... No me molestás, pero no insistas: voy a pasar sola este fin de año... Te quiero mucho y también a papá... Beso grande...

Ni bien corto escucho la risueña voz de Martín a mis espaldas.

—¿No te remuerde la conciencia mentirle primero a tu hijo y luego a tu madre?

Resoplo y lo enfrento.

—¿Y a vos no te remuerde la conciencia escuchar conversaciones ajenas?

Se encoje de hombros.

—Tengo la impunidad que me da esta silla para eso, y mucho más —me dice acercándose. Estamos frente a frente en la cocina, él en su silla, yo en la mía. —Y pienso aprovecharme.

Muy a mi pesar, me hace sonreír.

—No les mentí, Tincho. Me voy a casa pero no creas que te vas a librar del compromiso asumido sobre los masajes en los pies —le digo guiñándole el ojo. —Lo anoto como tarea para el año que viene.

Me toma por sorpresa el gesto; su mano aferra mi muñeca con bastante rudeza. Mis ojos se abren... Y también mi boca.

Martín se inclina hacia adelante. Estamos a sólo unos centímetros de distancia mirándonos fijamente a los ojos. Nuestras sonrisas acaban de morir y ahora sólo contenemos la respiración.

—Será en lo que llamás “choza”, si lo preferís así, pero no vas a terminar el año sola —murmura.

—Está mi salchicha —susurro a mi vez.

—Y voy a estar yo.

Dios y la Virgen Santa. ¿Va a venir a mi...? ¿Pero cómo es posible? Endezco mi espalda porque esta proximidad me está matando.

—Tincho, me encantaría, pero no tengo nada que ofrecerte... —comienzo a decir, pero cuando caigo en el doble sentido de mis palabras que juro elegí sin pensar, me detengo. Estoy hablando de comida y bebida, pero suena a otra cosa.

Martín traga saliva, suelta mi mano y se aleja.

Y mientras lo hace, lo escucho musitar algo así como “eso debería decirlo yo”. Es casi inaudible y por un momento me quedo pensando si no lo imaginé.

Él se dirige a la heladera y la abre.

—Si te referís a esto, acá hay de todo —me muestra. Es verdad... La heladera está llena. Y esas alacenas también deben estarlo. —Quedate.

¿Cómo hace para imprimirle a sus palabras la dosis exacta de orden y ruego? No logro darme cuenta.

—No puedo... Mi perro está solo, y con el asunto de los cohetes... —me excuso, sincera. Es la pura verdad; si no fuese por Zocolino me quedaría con Martín hasta... hasta el año que viene.

Cierra la heladera y gira. Es como un tornado... Maneja esa silla con una habilidad sorprendente.

—Vos aportás los problemas; yo las soluciones —me dice riendo. —¿Qué querés comer? Llenamos un canasto con lo que necesitamos, y vamos a acompañar a tu perro, si es que se le puede llamar así a un pancho.

—Epa, no te voy a permitir que hables así de Zocolino.

—Un salchicha es lo más alejado a un lobo que me pueda imaginar. Sus antepasados salvajes se revuelven bajo tierra cada vez que nace uno de esos—me provoca.

—¡Si serás atrevido! Es lo más tierno que hay, y una excelente compañía.

—Parece que me estuvieras describiendo a mí. Sumale “calientacamas ecológico autosustentable” y me tenés —dice riendo.

—Dudo que tengas esas cualidades.

Pone cara de ofendido y yo siento mariposas en la panza.

—Probame. Dale, Ana Sanz, estamos solos esta noche. Vayamos a tu “choza” a recibir el año. Comamos, tomemos, fumemos un porro o dos —me tienta el muy descarado. Y luego añade algo que me deja con el pulso acelerado: —Y después, si todo cuadra...

Lo deja así, en el aire, con cara de pícaro.

No debería preguntar, pero no puedo con mi genio.

—¿Si todo cuadra qué cosa?

Se muerde el interior del labio para no reír.

—Si todo cuadra te hago esos masajes en los pies que tanto necesitás. Y gratis —agrega.

Suelto la carcajada, pero dentro de mí se forma una interrogante que sé que no me va a dejar hasta que sepa la verdad. ¿Hasta dónde puede llegar Martín?

No debo pensar en eso, no, no, no. No es asunto de mi incumbencia, y tengo que dejar de jugar de esta forma. Ojalá pudiera...

—Gratis. Palabra mágica si las hay...—murmuro poniéndome de pie. —¿A ver, dónde carancho está ese canasto, Tincho Lasalle?

La sonrisa le llega a las orejas, mientras me alcanza el canasto de picnic.

Y mientras comienzo a llenarlo hincada frente a la heladera, lo escucho decir bajito, pero no lo suficiente como para que me pase desapercibido:

—Las cosas que uno tiene que prometer para despedir el año como Dios manda...

Se ve horrible al escribirlo pero es verdad: tengo la canasta llena. Y por lo que veo, mi sentido del humor está intacto.

Me parece que el estado de ánimo de Martín es contagioso. Cuando se enoja, me enoja. Cuando ríe, me río. Sigo sus instrucciones como una marioneta. Juega conmigo a su antojo y yo me dejo. O le sigo el juego...

Acaba de llegar de su habitación.

No sé a qué fue, porque vuelve igual. No se cambió, no se peinó.

Nunca conocí a nadie tan desprolijamente atractivo. Cualquiera diría que a los cuarenta años el pelo tan largo estaría fuera de lugar, pero en él se ve más que bien. Parece que se lo cortó con un hacha, pero por alguna razón no choca su apariencia.

La barba la lleva igual de desprolija que las otras veces que lo vi. Y al igual que en el pelo, brillan algunas canitas. El contraste es mínimo, ya que su tono natural castaño claro las minimiza.

Es el mismo color de pelo de Hernán. Ah, el dulce Hernán. ¿Dónde estará en este momento? Supongo que habrá vuelto al hogar, como toda oveja descarriada.

Hernán es un tipo de rebaño, en cambio Martín...

Martín es más bien un león, con esa hermosa melena y ese aire de perdonavidas.

Su primo me lo advirtió: es imposible sustraerse a su encanto, y aquí estoy, completamente dominada por él. No sé por qué, pero contemplarlo me da mucha paz... por momentos.

Y por otros una rarísima inquietud.

No puedo negármelo más; me siento atraída por Martín. Desde el momento en que lo descubrí, abrumado por el gentío la noche de su cumpleaños, sentí una increíble conexión.

Y también a partir de ese día, lo mío con Hernán comenzó a desbarrancar.

No es un interés sexual el que me mueve, eso está claro. Sin embargo, lo encuentro muy atractivo.

Es raro, porque los hombres con ese... estilo, por decirlo así, siempre me provocaron ganas de poner distancia. Y los discapacitados, me inspiran más bien respeto y compasión.

Tiene todo para que no me guste y sin embargo me gusta.

Pero repito: no es un interés sexual. ¿Cómo podría? El tipo está en una silla de ruedas; no siente nada de la cintura para abajo. Sería una verdadera perversidad si me imaginara cosas de esa índole.

Bueno, no soy una santa, se sabe. Pero tampoco una degenerada...

Digamos que es un interés intelectual y afectivo.

Martín es inteligente, no hay duda de eso. Nuestros diálogos son ocurrentes, incisivos, divertidos, picantes. Con Hernán también lo eran, claro, pero con Martín hay algo especial.

Y luego está lo afectivo; él tiene razón, es tierno. Es encantador... Bueno, Hernán también lo es, pero éste...

¡Basta, Ana!

Parezco obsesionada en compararlos, cuando en el fondo sé que son muy distintos. Polos opuestos en la real dimensión del concepto.

Lo que no entiendo es cómo me gustan ambos. Eso es algo que tengo que descubrir, porque presiento que hará que me conozca más.

Por ahora, no me reconozco ponderando lo sexy que me parece un tipo en silla de ruedas, con un aire bohemio tirando a desprolijo, despeinado y barbudo, que viste una bermuda caqui y una camiseta celeste descolorida. Y en los pies, alpargatas de yute bien bigotudas.

—¿Qué es esto? ¿Me estás escaneando, Ana Sanz?

Me pongo colorada como una adolescente.

—¿Por qué me decís así? —le pregunto para disimular.

—¿Ana Sanz?

—Sí.

—Porque tuve una... novia que se llamaba Ana —me dice. —Mi lengua tiene ese nombre prohibido...

—¿Recuerdos amargos? —pregunto intentando ignorar el efecto que produce en mí el escucharlo decir “mi lengua”.

—Terriblemente amargos. Tanto, que tengo el “Ana” asociado a una puteada más gruesa que las que vos solés decir.

—¡Yo no puto, carajo! —exclamo, y juro por Dios que no lo hice a propósito.

Martín se ríe tanto que casi se cae de la silla.

Y no es para menos...

—¿Ves? Sos muy malhablada. —me dice tomando el canasto y colocándose sobre sus piernas. —Me extraña que el correctísimo Hernán tolerara ese tipo de lenguaje. Seguro que más de una vez quiso lavarte la boca con jabón.

Vaya, si quería hacerme sentir incómoda, lo está logrando. Mi réplica es por demás inoportuna:

—Te sorprenderías de lo que sale de su boca en ciertas circunstancias.

Por unos segundos sigue sonriendo, pero luego su rostro se va transformando. Y yo me quiero matar... ¿cómo se me ocurrió traer a colación algo así?

“Porque querés refregarle por la cara tu intimidad con Hernán. No te bastó con dañarlo a él, ahora querés hacer lo mismo con su primo” me dice la voz de mi conciencia.

La verdad que es algo más simple: quiero provocarle celos, y creo que lo estoy logrando.

La pregunta no es por qué; eso es claro. Mi insaciable ego... La pregunta es para qué. Con otro tipo la respuesta sería aún más simple, pero con Martín me temo que es lo más complejo que se me ha cruzado en el camino.

La pre-menopausia viene brava.

Mi “asunto” (el que quiera Dios que sea) con Martín, también.

Salgo detrás de él, y cuando siento que baja la rampa de su camioneta, yo me dirijo a mi auto como habíamos acordado. Pero antes de subir, escucho que me

llama.

—Ana Sanz.

Me detengo y giro a mirarlo.

—Mirá que no estoy más allá del bien y del mal como te empeñas en creer —me dice taladrándome con la mirada. —Y si me apurás te confieso que estoy más cerca del mal que del bien. Que quede claro...

¿Qué quede claro? ¡Más confuso no podía quedar! ¿Qué diablos quiere decir con eso?

Lo veo entrar a su camioneta, silbarle al perro para que haga lo mismo. En ese momento me doy cuenta de que yo tengo que salir primero para guiarlo, así que me apresuro a subir.

Menos mal que nadie me verá vestida como lo estoy, con una camisa a cuadros que me llega a los muslos, y unas Crocs lambeteadas por un perro. Nadie más que él, pero la verdad es que no me importa... Nunca en la vida me resultó indiferente mi atuendo frente a un hombre, pero éste no debe ser un hombre para mí.

“Debe ser cualquier cosa menos un hombre” me recuerdo mientras arranco. Y cuando me doy cuenta de que me dejé la camiseta sobre la silla de la cocina, es tarde. Martín ya conduce detrás de mí, así que decido darla por perdida.

Cuando lleguemos a la choza me cambiaré, y le devolveré la camisa. Luego prepararé un copetín, y nos fumaremos un porro en el fondo mientras nuestros perros retozan.

Y para terminar la velada, habrá unos masajes en los pies, y tal vez un beso castamente fraternal, para atraer buenas ondas en el año que comienza.

Mis propósitos, son buenos.

El destino tiene otros planes...

En el mismo instante en que se abren los portones para salir a la ruta, lo primero que aparece ante nuestros ojos, es el mismísimo Hernán.

Los planes del destino

De pie, en el medio del camino, Hernán nos mira con los ojos desorbitados y la boca abierta.

Lleva una valija cara en una mano, y en la otra su celular. Se lo ve impecable a pesar de la tierra, que seguramente acaba de levantar el coche que lo trajo.

Viste unos jeans azules, y una camisa blanca por fuera y arremangada. Zapatos deportivos Merrell, y un hermoso reloj. Está afeitado, y prolijamente peinado.

Casi puedo sentir su perfume aún a esta distancia... Lo que no puedo es moverme.

Ni siquiera pestañeo.

Soy una estatua que aferra con sus dedos crispados el volante, incapaz de mover un músculo. La mirada de Hernán me traspasa... De la confusión a la ira, sin escalas.

Pero no se mueve. Está tan descolocado como yo.

Unos ladridos rompen el silencio, y recién ahí logro reaccionar. Rasta corre hacia Hernán, y éste deja la valija en el piso y lo abraza.

—Hola, hola, hola... Bueno, tranquilo. Vamos, Rasta, tranquilo.

Por el rabillo del ojo veo que Martín pasa junto a mi auto, pero no me atrevo a mirarlo hasta que llega a Hernán.

—¿Qué hacés? —le dice a modo de saludo.

La mirada de Hernán es tan gélida que hasta Rasta se esconde tras la silla de ruedas de Martín.

—¿Qué hacés vos —replica, más que pregunta. Reclama, más bien.

Martín se encoje de hombros y sonrío.

—¿Viste cuando la vida te sorprende? A veces las sorpresas son gratas, a veces no. Esta es de las buenas, pibe —le dice con calma.

Hernán me mira, y luego vuelve a Martín.

—Es de las buenas... ¿Qué parte, Tincho? Porque sino no me explico por qué me siento tan mal.

Me asombra que aún con razones para estar enojado, siga en una tesitura tan serena. ¿Tendrá sangre en las venas? Sangre... Me consta que la tiene.

Martín mira hacia mí y hace un gesto. ¡Me está llamando! Carajo, soy la manzana de la discordia y me gustaría permanecer ajena a todo esto pero es evidente que no podré.

Apago el auto y bajo... Rasta viene a mí y festeja como si hiciera mucho tiempo que no me viera.

Le acaricio la cabeza, y avanzo.

La mirada de Hernán me recorre, y su rostro deja traslucir lo sorprendido que está de verme... así.

Sé lo que sus ojos están registrando: a la mujer que él quisiera tener de alguna forma, saliendo de la casa de su primo junto a él, con su ropa puesta. Miro su mano crispada, oprimiendo el celular. Miro el ceño fruncido. Miro la tensa mandíbula.

Siento como si me hubiese agarrado con las manos en la masa. La culpa comienza a afincarse en mi corazón, y una profunda vergüenza me provoca un intenso malestar.

Necesito más que nunca controlarme. El control... De pronto recuerdo qué fácil fue para mí ejercer el control sobre Hernán.

Es mi única salida elegante, y apelo a ella con disimulada desesperación. Me acerco y lo miro con frialdad. Enseguida cambia su expresión... Digamos que se suaviza y yo me aprovecho de ello.

Mi mirada es autoritaria y cada vez más gélida. Hernán se empequeñece frente a mí, y baja la vista, en una actitud de repliegue que sirve a mis fines.

—Hola, Hernán. Podés entrar, que yo ya me iba.

Sólo eso, sin titubeos, sin justificaciones tontas, sin explicaciones.

Martín permanece a mi lado. No hace un solo movimiento, pero me doy cuenta de lo tenso que está. No le agrada la presencia de su primo, y mucho menos su mirada acusatoria de hace un rato. Pero estoy segura de que lo que más le disgusta es la posibilidad de ver nuestros planes frustrados por culpa de Hernán.

Tengo que mantenerme firme en mi postura de irme sin más dilaciones.

Martín tendrá que asimilarlo. Hernán tendrá que asimilarlo. Y si se van a arrancar los ojos, que sea después de que yo me haya ido.

En el momento en que me dispongo a hacerlo, una voz se escucha detrás de nosotros.

—Pero miren lo que nos trajo el gato... ¿Qué hacés acá? —pregunta Celina mientras se baja de la bicicleta. En el canasto trae unas bolsas de comestibles, y su ceño fruncido indica que tampoco ella se alegra de ver a Hernán.

—Celina —murmura él, visiblemente incómodo. —¿Cómo estás?

—¿Cómo voy a estar? Como el culo —suelta así nomás. Y luego se dirige a Martín. —No me dijiste que *éste* venía. Te aviso que igual yo me voy a mi casa como habíamos quedado.

—No sabía que venía, China —replica Martín, serio. —Pero se mantiene lo que hablamos; vos pasás con tu familia.

Celina arruga la nariz y mira a Hernán.

—¿Tu vieja sabe que estás acá, che? —pregunta, comedida. —T'incho, llamá a la doña a ver si se deja de jo...

De pronto divisa la camioneta detrás de mi auto, e interrumpe su exabrupto con otro peor.

—¿Adónde mierda vas? ¿No ibas a pasar acá? —inquire mirando a Martín con severidad.

Se la ve disgustada por el continuo cambio de planes. Bienvenida al club.

Bajo la vista, incómoda, mientras escucho a Martín darle explicaciones a su empleada.

—Iba a acompañar a Ana a su casa. Te dejé una nota encima de la cama...

—No era lo que habíamos quedado. Ya sabés que me rompe bastante las pelotas tener que poner la alarma. —refunfuña. —¿Y ahora qué? ¿*Éste* va con ustedes? ¿Hay fiesta en lo de la rubia?

Señala con el pulgar a Hernán y alza las cejas, inquisitiva.

Yo no sé dónde meterme. Por un lado me resulta graciosa la empleada de Martín, sobre todo porque es más malhablada que yo. Celina sí que sabe dominar la situación, y además no tiene filtro.

Pero por otro, me siento incómoda, apenada.

Me muero de ganas de irme, así que intervengo:

—No es necesario que me acompañe nadie. Los voy dejando que tengo cosas que hacer...

Rasta ladra dos veces.

Celina lo hace callar a puras groserías.

Hernán sigue mirando el suelo.

Y Martín me mira a mí.

Fijo, muy fijo...

No voy a permitir que me amedrente. No se lo permití a Hernán, y mucho menos lo haré con él. Camino hacia mi auto, con paso decidido y abro la puerta.

—Que terminen bien y empiecen mejor —les digo, mientras me subo.

—Gracias, igualmente. Si Dios quiere y la Virgen así será, rubia —dice Celina saludándome con la mano.

Enciendo el auto.

Hernán se hace a un lado de inmediato, pero Martín no.

Su rostro es inescrutable. Estira el brazo y agarra al perro del collar... Aún a esta distancia puedo percibir la tensión en sus movimientos. Finalmente me dirige una extraña mirada, y se aparta, despacio, mientras aprieta el mando a distancia y me abre el portón.

Cuando miro por el retrovisor, Celina ya no está a la vista, pero Hernán y Martín no se han movido.

Ni un poquito...

Lo inesperado

Fue el fin de año más extraño de mi vida.

Ahora que ya ha pasado, puedo afirmarlo con total certeza.

Me fui de El quinto infierno creyendo que me había salido con la mía, e iba a pasar la última noche del año, lejos de situaciones cuando menos confusas, y de recriminaciones.

Me fui segura de que no volvería, porque no estaba en mí enfrentarme a Hernán, o a Martín sabiendo lo que me unió a su primo.

Me fui como una cobarde, pero también como una valiente. Renunciar a la amistad con Martín era lo que más lamentaba, pero no sería yo quien sembrara más discordia entre ellos.

Llegué a la choza, me di una ducha, y envuelta en la toalla me acosté con la cara apoyada en la camisa de Martín.

No sospechaba que más temprano que tarde, iba a estar de vuelta en El quinto infierno.

No tenía idea de que lo que me iba a hacer volver sobre mis pasos, sería algo como eso.

Jamás hubiese esperado ser yo, la causante del encuentro.

El destino y sus planes...

Sucedió de la manera más tonta: alguien tiró un cohete por encima de la cerca. Yo fumaba sentada en el porche, y antes de que pudiese impedirlo, Zocolino se acercó a olfatearlo.

Le explotó en la cara.

Nunca me voy a olvidar de sus lastimeros aullidos... Me desesperé cuando vi que tenía la mandíbula inferior partida y desfasada.

Dios... ¿Dónde iba a conseguir asistencia un treinta y uno de diciembre a las doce de la noche?

Mi pobre perro lloraba, pero no más que yo. Lo envolví en una manta y lo metí en el auto, sin la más puta idea de qué hacer.

Me puse al volante y agarré el celular con la esperanza de conseguir a través del directorio en Internet, al veterinario más cercano. Sabía que las clínicas estarían cerradas, pero quizá alguna tuviera un cartel con un teléfono de urgencias.

En ese momento se puso a sonar el mío, así que atendí sin mirar, con el único objetivo de que me dejara libre la línea.

No podía dejar de llorar. Ni “hola” pude decir, solo un sollozo se escapó de lo más profundo de mi garganta.

—¿Ana? ¿Qué te pasa?

Escuchar la voz de Martín, me provocó un sinfín de emociones que agravaron mi estado de desborde.

—Yo... Mi perro...

—¿Qué pasó?

—Un cohete... En la cara... ¡Necesito un veterinario urgente!

Martín puteó en voz baja, y luego me dijo:

—No vas a conseguir, Ana. En la zona no hay ninguno, y menos un fin de año a esta hora —me dijo con calma. —Hacé una cosa; venite y a para acá.

—¡No! Lo voy a llevar a un hospital...

—No te lo van a atender. Además, el Hospital de Rocha está a cincuenta kilómetros... —me explicó. —Tranquilízate por favor. ¿Estás en el auto?

—¡Sí!

—Manejá con cuidado y vení. Yo tengo calmantes fuertes... Vamos a intentar solucionarlo.

—¿Me lo prometés? —pregunté como una niña.

Sabía que no podía, pero deseaba que lo hiciera. ¡Cualquiera lo hubiese hecho! Sólo necesitaba un “sí” para darle a mi corazón un poco de alivio. Pero Martín no me mintió en ese momento, y ahí supe que nunca lo haría, ni siquiera para darme tranquilidad o consuelo.

—No. Yo solo hago promesas que sé que puedo cumplir —me dijo con firmeza. —Por eso lo que te puedo prometer por ahora, es que voy a hacer lo posible para que tu salchicha esté cómodo hasta que encontremos un veterinario que pueda venir a asistirlo.

Me sequé las lágrimas, odiándolo por ser tan sincero, pero seguí sus instrucciones.

Diez minutos después, y luego de haber manejado como si me persiguiera el diablo, entraba con Zocolino aullando, a El quinto infierno.

—Pibe, agarrale las patas de atrás —le ordenó Martín a su primo.

Hernán obedeció, como era su costumbre. A pesar de mis nervios, me di cuenta de lo cómodo que se sentía al dejarse dirigir en cada paso que daba, aun en los poco significativos para él.

—Bien. Ana, sostenele la cabeza con cuidado que lo voy a pinchar.

El pobre perro tenía los ojos inyectados en sangre, y se quejaba de forma desgarradora.

Martín le afeitó una pata con una de sus afeitadoras descartables que seguro ya no necesitaba. Y luego le clavó una mariposa y a través de un catéter lo fue anestesiando hasta que el animal se relajó por completo.

—Pueden soltarlo; está anestesiado.

Un escalofrío me recorrió entera al verlo inerte.

Había una herida muy pequeña. Martín lo examinó, y se hizo evidente que tenía la mandíbula inferior fracturada.

Apreté los labios mientras una lágrima se me escapaba y caía... sobre la mano de Martín.

Él la miró y luego a mí.

Pestañeó un par de veces, y por primera vez lo vi realmente confundido.

Fue un destello, nada más, porque de inmediato retomó el control de la situación.

Hernán y yo hicimos exactamente lo que él nos ordenó.

—Esto es así: voy a intentar arreglar este pancho —me dijo con calma. —No pude localizar un veterinario, Ana, por lo que lo vamos a intentar a mi manera.

La voz de Hernán en ese momento, me tomó por sorpresa.

—Él sabe lo que hace. Podés confiar... —murmuré.

Asentí, y tragué saliva.

—Bueno, acá tengo desinfectante, un cúter, y algodón... Hernán, andá a la caja de herramientas, y traeme el taladro y la mecha más fina que encuentres. También buscá un rollo de alambre y otro de tanza fina, sin uso.

Nos lo quedamos mirando... ¿Estaría desvariando? ¿Lo de “arreglar ese pancho” iba en serio?

—Tincho, ¿estás seguro? —preguntó Hernán con los ojos como platos.

—Pibe... ¿no era que Ana podía confiar? Me estás dejando mal...

Hernán se apresuró a traerle todo lo que le había pedido. Lo observamos desinfectar la mecha, y también el alambre.

Lo vimos hacer una pequeña incisión con el cúter bajo el maxilar.

La sangre brotó y Hernán miró para otro lado...

Pero yo no estaba de humor para recordar nada de mi pasado con él. En ese momento lo único que me interesaba era mi perro.

Martín se movía con una precisión asombrosa, sobre la isla de la cocina que estaba a la altura de él. Zocolino yacía inerte, pero respiraba.

Cuando el hueso estuvo a la vista, hizo dos orificios con el taladro, uno en cada parte de la mandíbula fracturada. Luego la alineó, y pasó el alambre. Lo trenzó hasta que todo quedó en su lugar. Por último, suturó con aguja y tanza de pescar.

—¿Cuánto pesa? —me preguntó al tiempo que partía una pastilla en cuatro.

—Seis kilos...

Martín tomó un cuarto y lo molió con una cuchara. Luego le agregó agua y metió la mezcla en una jeringa sin aguja.

—Es antibiótico—me explicó, al tiempo que le metía la jeringa en la boca y soltaba el medicamento directamente en la garganta.

Y luego vendó ambos maxilares unidos con gasa, y le pasó suero por la vía.

—Por ahora es todo lo que se puede hacer por él —anunció. —Va a estar sedado unas diez horas... Eso nos dará margen para buscar un veterinario. Vamos a intentar que esté cómodo... Ponelo acá, Ana.

Lo recogí en mis brazos. Martín le sostuvo el hocico para que no se moviera demasiado, y lo acostamos en el almohadón de Rasta.

El pobre se había quedado afuera, y ya hacía rato que había desistido en sus intentos por entrar a la casa.

Yo temblaba sin control... Tenía la blusa llena de sangre, igual que el día en que casi le partí la nariz a Hernán de una cachetada.

Estoy segura de que ambos recordaron el incidente, con las miradas fijas en mi pecho.

El silencio se hizo denso... La tensión creció, y yo me sentí morir cuando mis pezones se endurecieron. Ninguno de los dos apartaba los ojos de mis pechos... Yo cerré los ojos, y tragué saliva.

Finalmente, fue Martín el que habló.

—Ahí tenés lo que te dejaste esta tarde —me dijo señalando mi camiseta blanca.

Asentí y me metí en el baño. Me lavé la cara, surcada de lágrimas, y por segunda vez en el día, también lavé mi ropa en ese lugar.

Cuando salí, me encontré cara a cara con Hernán. Martín no estaba.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado.

Dije que sí con la cabeza. Estaba agotada física y mentalmente.

—Estaría mejor con un poco de alcohol encima.

—¿Cerveza? ¿Vino? Decime qué te gustaría que te lo traigo.

—Me da igual —le dije, indiferente.

Y para mi sorpresa, Hernán me tomó de la mano y me llevó a la cocina.

Cuando entramos, Martín estaba con su ordenador portátil sobre las piernas. Levantó la mirada y sus ojos se clavaron en nuestras manos unidas. Ni siquiera intentó disimular lo que eso le produjo.

Por el contrario, lo dejó en evidencia de la manera más cruel.

—Cuidado, pibe. Ya corrió mucha sangre por acá esta noche... No necesitamos más.

Hernán me soltó al instante.

Si no fuera porque la vida de mi perro dependía de él, y que quizá se la debiera, me hubiese olvidado de que era un hombre inválido, y le hubiese partido la mandíbula de una piña.

Empecemos de nuevo

Ahora que lo pienso mejor, me doy cuenta que “extraña” no define lo que fue la última noche del año para mí.

O la primera madrugada del siguiente, según como se mire.

La cuestión es que luego de una mirada cargada de reproches, y aun sabiendo que le debía mucho a Martín, me dediqué la siguiente hora a ignorarlo por completo.

El haber traído a colación el asunto del cachetazo que le di a Hernán aquella tarde, me pareció un golpe bajo de su parte. A él le constaba lo mal que me hizo sentir ese incidente en su momento... Claro que no sabía que Hernán me lo había pedido, y casi que me lo había exigido. No tenía idea de que mi reacción fue una perla más en el collar enfermizo de prácticas destinadas a descargar frustraciones y purgar culpas.

Descargar frustraciones... No fue hasta que lo hice consciente que me di cuenta de que mi capricho con Hernán había tenido que ver un poco con eso.

Con el hastío, con la rutina. Con el desamor, con una crisis vital que me movía a probar cosas nuevas pero no del todo gratas, como para no aficionarme demasiado a ello. Con una necesidad de preservar mis necesidades por encima de las de los demás, por primera vez en mi vida. Con disfrutar del sexo sin tabúes, con sentirme deseada, más que amada, como si el amor se consiguiese en cada esquina y el sexo fuese lo más difícil de hallar. Qué estúpida, por Dios.

Las satisfacciones que el sexo puede proporcionar, sea o no con condimentos, son tan efímeras como un orgasmo.

Y el amor, el AMOR con mayúsculas, el amor correspondido y con más alegrías que penas, algo que ya no voy a encontrar.

Y no sé si lo quiero, la verdad.

O por lo menos no lo quería esa madrugada, cuando estaba furiosa con Martín por el comentario sobre la sangre que me cayó muy mal.

Pésimo me cayó...

Luego de comprobar que mi perro dormía y respiraba serenamente, comencé un mano a mano de Corona con Hernán.

Ya habíamos acabado un pack cuando comenzaron las risas.

Nunca lo vi tan distendido y feliz. Hablamos de su precipitada ida de la casa de Mercedes. “Me tenía harto, Ana. No aguanté más... Estuve dando vueltas por Tres Cruces hasta que se me ocurrió venir para acá, al lugar exacto donde comenzó el infierno que hasta hoy condiciona cada uno de mis pasos, a ver si podía exorcizar el pasado y la culpa” confesó una vez que Martín, hartado de vernos beber una cerveza tras otra, se fue a su habitación no sin antes lanzarnos una mirada cargada de ira.

Cuando vi que se marchaba me encogí de hombros, y me senté junto a Hernán, hombro con hombro, en el inmenso sofá de la sala.

“Me alegro que hayas decidido irte... Ahora estás haciendo lo correcto por los motivos correctos: tu propia independencia” comenté sin mirarlo.

“Vos tuviste mucho que ver... El miedo a perderte me hizo pensar. Y pensé, pensé mucho pero nunca en que te iba a encontrar acá. Vine para huir de un mal sueño y me metí en una pesadilla” confesó. No había reproche en su voz, sino pena. Una pena inmensa.

“Ya lo hablamos... Y tal vez lo volvamos a hablar más adelante, pero ahora quiero que te queden claros los motivos por los cuales me encontraste en El quinto infierno” comencé a decirle, pero él me interrumpió.

“Tincho te llamó a pedido de mi madre; ya me lo dijo. No imaginaba que estarías tan cerca... Yo tampoco lo hubiese creído si no te hubiese visto acá. Es el último sitio sobre la tierra dónde esperaba encontrarte” me dijo, más triste que antes.

Me di cuenta de que el Hernán que había conocido no existía. Aquel que protestaba porque lo hacía sentir un gígoló, el que me provocaba para que le pegara, el que me hacía sentir mal por el mismo motivo, ahora era un tipo melancólico y más débil que antes. ¿Era posible que yo fuera la causa? Me sentí muy mal por eso, y me destapé otra Corona para olvidarlo.

“¿Por qué viniste, Ana?” me preguntó tomándome de la mano.

Di un sorbo largo y respondí:

“Le creí cuando me dijo que podía ayudar a Zocolino... Espero que lo logre”-

Él sacudió la cabeza.

“Va a funcionar, no te preocupes. Tincho es bueno para arreglar cosas... Ya sé por qué viniste ahora, pero no me queda claro por qué viniste antes, y a qué iban a tu hotel”.

“No es un hotel” me apresuré a negar. “Alquilé una choza en Punta del Diablo para poder escribir el guion tranquila.”

Hernán permaneció impasible, a la espera de las explicaciones que yo sabía que le debía.

“Vine por... Quería entender qué pasó aquella noche, Hernán. Tenía la esperanza de que esa especie de ladrillo que llevás en el cuello y que te condena a vivir con tu vieja y a pedirme que te pegue, pudiera desaparecer para que vivas mejor. Quería saber si estaba en manos de Tincho el liberarte...” improvisé. ¿Qué podía hacer? No le podía decir que venía a reclamar un masaje de pies, porque ni yo me lo creía. Lo que venía a buscar era un imposible, y nada tenía que ver con Hernán.

La verdad es que no sabía lo que era.

El pobre suspiró. No sé si me creyó o no, la cuestión es que no insistió sobre los motivos por los cuales me encontró saliendo de El quinto infierno, con su primo pisándome los talones.

Primero pensé que no estaba preparado para enfrentarse al hecho de que iba a pasar la última noche del año con Martín por él mismo, y no por nada vinculado a su relación de primos o a su salud psíquica.

Pero lo que dijo me llenó de vergüenza porque sentí que dio en el clavo.

“Como sea, pasó lo que tenía que pasar... Sucumbiste al encanto de Tincho Lasalle. Era cuestión de tiempo y de contacto” afirmó con amargura, dejándome helada.

Solté su mano de golpe y me pasé la mía por el pelo, incómoda.

“Tu primo es un encanto, sí... Al principio algo gruñón, claro...” Me quedé ahí. No supe cómo seguir sin que se me notara algún interés ulterior, que terminara de sepultar mi cordura para siempre ante los ojos de Hernán.

Él se puso de pie súbitamente, y se acercó a la ventana.

Lo único que se veía a través de ella era la negrura de la noche.

“Lo supe ni bien pisaste la fiesta de su cumpleaños. No debían conocerse, y me llamé idiota cien veces por haberte pedido que me acompañaras... Ahora el daño ya está hecho...” dijo de espaldas a mí.

El tono en que habló me llenó de compasión y pena. Pobre Hernán... Según su forma de ver las cosas, siempre terminaba perdiendo.

No lo pensé mucho. Simplemente me paré y lo abracé desde atrás. Él atrapó mis manos contra su pecho y nos quedamos así un rato, respirando acompasadamente.

Sentía que debía explicarle que lo nuestro habría terminado de la misma forma con o sin Martín de por medio. De hecho su presencia nada tenía que ver con mi clara determinación de no enfermar más una relación que ya partió de la insania más absoluta. Lo hice, lo intenté... Pero me parece que no me entendió.

Me quedó la sensación de que no me creía enamorada de Martín, sino subyugada por él al igual que su abuela, que su madre.

Tal vez no podía concebir que alguien se enamorara de un hombre en silla de ruedas. “Medio hombre” diría el propio Martín. Bueno, yo tampoco, pero algo me pasaba con él, no había dudas. Estábamos ambos hasta las orejas de prejuicios.

Sobre todo yo.

Y Hernán estaba poco dispuesto a terminar de entender que lo nuestro había llegado al final.

Me di cuenta de eso cuando se giró y me agarró la cara con las dos manos.

—Empecemos de nuevo —murmuró y luego me comió la boca.

Le gustan cosas raras

Tengo que admitirlo: la boca de Hernán me traía recuerdos calientes. Pero también de los otros... Me recordaba lo que hubiese preferido olvidar: mi faceta más oscura.

La más volátil, la más efímera y banal. La inescrupulosa, la vil. La hedonista, la egoísta... La que debió continuar sepultada en el fondo de mí.

Tal vez por eso fue que no cedí a la tentación de continuar. Apoyé ambas manos en su pecho y lo rechacé con firmeza.

—No.

Pero el alcohol había cumplido su misión. Hernán estaba bastante desinhibido, y simplemente ignoró mi negativa.

Me agarró de la cintura y hundió su boca en mi cuello.

—Basta, Hernán.

—Vamos, nena... Dame la oportunidad de darte lo que necesitás... Lo que sea, Ana. Si me querés sumiso, me tendrás sumiso —decía entre beso y beso. —Si querés que te domine, te voy a dominar...

—Dejame en paz —exigí entre dientes intentando poner distancia; pero él no cejó en su intento.

—Vos no querés que te deje en paz... Vos querés más de lo que teníamos y yo también... —me dijo tomándose las muñecas y llevándolas a mi espalda. —Somos iguales...

—¡Soltame Hernán! —exclamé.

—Te gusta, y o sé que te gusta... —afirmó envalentonado.

—¡No!

—Sí...

Empecé a ponerme nerviosa, pero fue sólo un momento porque la súbita presencia de Martín bastó para que Hernán se sosegara.

Su presencia y su voz calmada, diciendo:

—Soltala, Hernán. Y andate a acostar que estás en pedo.

Por unos momentos, nadie dijo nada. Hernán dio un paso atrás con los ojos brillantes, pero no se retiró.

—Ya escuchaste, pibe —lo apremió. Y al ver que Hernán vacilaba agregó: —No la cagues más.

Eso fue una mala movida. Hernán volvió la cabeza hacia él, y lo miró con furia.

—¿La querés para vos, no? —preguntó insidioso. —No la vas a tener. Esta vez no podés ganar, Tincho.

Martín sonrió.

—¿Te parece que alguna vez gané? —preguntó alzando las cejas. —No me interesa ganar.

—¿No? Para no interesarte ganaste mucho, entonces —replicó Hernán con rabia. —A mí no me engaña ese aire desvalido que te encanta ostentar.

—Mañana hablamos, si querés. Hoy no estás en condiciones —dijo Martín intentando conciliar.

—La verdad duele ¿no? —preguntó Hernán irónico. —Hagamos una cosa... ¿la querés? La compartimos. A ella le van las cosas raras y a vos también, así que...

No tuve tiempo ni a sorprenderme ni a indignarme porque Martín fue terminante:

—Estás hablando de más.

Sus palabras fueron como un golpe certero. No fue lo que dijo, sino el tono que le imprimió a su voz.

—¿Entonces que querés, Tincho? ¿Qué buscás? ¿Qué es lo que te importa?—preguntó Hernán, nervioso.

Yo miraba a uno y a otro sin poder creer lo que oía. ¿Qué hacía yo en esta ecuación? No podía entender cómo Hernán se atrevía a hablarle así a alguien que le salvó la vida años atrás, y que por ese motivo estaba en una silla de ruedas. Tampoco podía entender cómo Martín no se lo echaba en cara. Porque a pesar de que su mirada también brillaba, su actitud era calmada y hasta algo distante.

—Lo creas o no, lo único que me importa es ser feliz y que la gente que quiero también lo sea.

Nada más que eso...

Fue la declaración más creíble y sincera que escuché en mi vida.

Creo que bastó para dejar mudo a Hernán porque de pronto cesó su actitud hostil, y tras echarme una extraña mirada, movió la cabeza y se fue con paso tambaleante.

Martín y yo lo observamos caminar por el pasillo y luego subir la escalera con cierta dificultad. Hasta que no escuchamos la puerta cerrarse, ninguno de los dos habló.

No soy estúpida; me di cuenta que había un conflicto que subyacía e iba más allá de la “verdad” que Hernán me reveló. Y también me di cuenta de que no era el momento de preguntar, de presionar, de saber.

Martín se acercó a Zoccolino y comprobó que dormía tranquilo y respiraba con normalidad.

—Va bien —murmuró.

Miré la hora... Eran casi las cuatro de la mañana y me sentía física y mentalmente exhausta.

—Tincho.

—¿Qué?

—¿Te molesta si me acuesto en este sillón? Estoy muerta de cansancio y no me quiero ir...

—No te lo permitiría tampoco.

—Parece que todos pretenden decidir por mí esta noche, pero te perdono porque de verdad no tengo fuerzas para irme.

—Ana...

—¿Sí?

—Prefiero que te acuestes en uno de los dormitorios. La verdad es que Hernán está fuera de control, y cuando eso pasa es una máquina de hacer cagadas. Es todo extremos ese pibe; cuando no es el rey de las concesiones es el de las transgresiones...

—No le tengo miedo. Ni a lo que pueda hacer, ni a lo que pueda decir.

—Una sarta de disparates... Habló el alcohol, no hay duda —repuso. Me sentí avergonzada por eso, pues había algo de verdad en las palabras de Hernán, por lo menos en lo que respecta a que me gustan “cosas raras”. O por lo menos me gustaban... —Por favor, haceme caso. Seguime que te muestro dónde...

—Prefiero estar cerca de Zoccolino —lo interrumpí.

—El pancho va a dormir hasta el mediodía. Seguro que vamos a conseguir un veterinario de guardia y lo van a volver a sedar.

Asentí y lo seguí... a su dormitorio. No tuve dudas de que ese no era el cuarto de huéspedes, porque estaba en la planta baja y tenía un baño para discapacitados.

Miré a mi alrededor... La cama estaba destendida y él la tapó hábilmente.

—Acostate —me ordenó.

Estaba tan cansada que ni siquiera intenté contradecirlo. Me recosté sobre su cubrecama, y le pregunté:

—¿Y vos?

Y justo cuando se me cerraban los ojos creí escuchar entre sueños.

—Yo voy a mirarte.

Costó encontrar un veterinario en la zona. Finalmente Martín consiguió a alguien que se vino desde Punta del Este.

—¿Cómo hiciste para que accediera a venir? —le pregunté mientras desayunábamos juntos.

—Es... Es alguien que conozco bien.

Fue Celina quien aclaró los tantos mientras me llenaba el vaso de jugo de naranja recién exprimido.

—Una de las trolas de este señor. La peor de todas.

Martín cerró los ojos y movió la cabeza.

—China... ¿Ni siquiera un primero de año podés guardarte lo que pensás? Nadie te preguntó nada sobre...

—Despedime, flaco. Mientras no lo hagas voy a seguir diciendo que esa mina tiene mucho que ver con...

—Bien, estás despedida —dijo Martín, serio. —Pero antes de irte haceme una omelette.

—No podés vivir sin mí... —murmuró Celina, satisfecha, mientras rompía dos huevos en un recipiente.

Yo no me atrevía a levantar los ojos del plato de tostadas con jalea.

¿Así que no era un veterinario, sino una veterinaria la que venía? Y según la indiscreta de Celina, era una ex de Martín.

Por un momento me sentí furiosa. Celos estúpidos, estúpida yo. No me duró mucho el ataque porque instantes después paraba un Audi bajo la ventana de la cocina.

La Veterinaria era... despampanante. Tendría unos veintisiete o veintiocho años. Despampanante y joven. Una mierda.

—Hola, Tin—saludó besándolo en la mejilla. Ni siquiera tocó la puerta, simplemente entró por la cocina. —Celina.

Ésta ni se molestó en corresponder al saludo. Sólo hizo una mueca, y cuando la mujer le dio la espalda le hizo burla contoneándose al caminar.

Me tuve que tapar la boca para no reír, pero cuando la chica se me acercó me porté como una persona civilizada. Después de todo ella había tenido la deferencia de interrumpir su descanso por Zoccolino.

—Ella es Ana Sanz —dijo Martín. —Ana, la doctora Posadas...

Ella me dio la mano y me miró de arriba abajo. Por un momento me sentí cohibida con mi short de jean y la camiseta blanca arrugada. La doctora parecía una muñeca con ese vestidito estampado y zapatos de taco altísimos.

Por fortuna la atención que me dedicó no duró ni tres segundos.

—¿Dónde está el caniche, Tin?

—Es un salchicha —aclaró él, inexpresivo.

—Bueno, lo que sea.

Parecía una estúpida pero luego de que atendió a mi perro le hubiese hecho un monumento de siliconas y lo hubiese puesto en mi patio. Sin duda era una profesional excelente.

Lo revisó con detenimiento, escuchó los detalles de la improvisada intervención de Martín. Nos dejó varios medicamentos, instrucciones para alimentarlo, y nos aseguró que estaría bien en breve.

—Estuviste genial, Tin. Ni yo lo hubiese hecho mejor... La verdad que no lamento haber tenido el teléfono apagado anoche, porque te desenvolviste como un profesional. De algo sirvieron aquellas tardes en...

Martín carraspeó incómodo, y Celina salió a su rescate como una leona.

—No necesitamos detalles de lo que hacían encerrados ahí con las gallinas. ¿Vas a quedarte mucho rato?

La doctora la miró con odio.

—Sigue igual —le dijo a Martín alzando las cejas.

—Acabo de despedirla otra vez, pero no se va. En fin, decime cuánto te debo.

—Voy a pagar yo —intervine para que no se le ocurriera tener una atención con él, por los viejos tiempos “encerrados ahí con las gallinas”. No quería ni saber a qué se había referido Celina.

La mujer me miró con curiosidad.

—Le voy a cobrar a Tin, que fue el que me llamó, pero otro día y en especias —dijo guiñando el ojo. —Y ahora si me disculpan, me retiro... Tengo una recepción al mediodía en casa, con cuarenta invitados.

—Gracias por venir —dijo Martín, formal.

Me vi en la necesidad de ser un poco más efusiva. Después de todo había suspendido sus vacaciones por mi “lo que sea”.

—De verdad te lo agradezco, y espero que más allá de tus arreglos con Martín, me envíes la factura.

Ella hizo una mueca, y luego le pasó una mano por el pelo a “Tin”.

—Para vos siempre estoy y lo sabés, ¿verdad?

Él asintió y la condujo a la puerta.

Y mientras los observaba alejarse enferma de celos, escuché la voz de Celina a mis espaldas, burlándose otra vez. La miré, tentada de la risa.

—“Tin, para vos estoy siempre” —murmuró imitándola caminar. —Alta yegua la mina, por eso le encantan los potros. Esa hija de la madre es la culpable de todo.

Mi sonrisa desapareció. ¿Qué quería decir?

—Por suerte el otro duerme la mona —continuó Celina recogiendo las tazas y poniéndolas en el lavavajillas. —Se hubiese armado la gorda sino...

—¿Por qué? —pregunté al tiempo que me abocaba a ayudarla.

Y justo cuando se disponía a contestarme apareció nuevamente Martín.

—China, ya te despedí una vez hoy. No me obligues a hacerlo dos veces en el mismo día, sobre todo porque ya sabés que la tercera será la vencida.

—Sí, claro... Tarjeta amarilla ¿no? —se burló ella. —No podés vivir sin mí y lo sabés, pelotudo.

Martín suspiró y me miró, resignado.

—No sé cómo se lo permito.

—Porque está claro que no podés vivir sin ella —le digo sonriendo. —Gracias, Tincho.

Hizo un gesto con la mano como haciéndome notar que no tenía importancia.

—Espero que eso de “cobrarte en especias” no lo haya dicho en serio la yegua —intervino Celina, de mal humor. —Y que no sea necesario que vuelva, sobre todo mientras el pendejo esté acá.

Y antes de que Martín pudiese reprenderla de nuevo, el “pendejo” apareció en la cocina. Estaba despeinado y descalzo, y con cara de pocos amigos.

—¿Llamaste a Analía, Tincho? —preguntó a boca de jarro sin dar siquiera los buenos días. —¿No habíamos quedado en que sería el último recurso?

Éste lo miró con frialdad.

—Fue el último recurso —repuso de forma tan cortante, que Hernán, luego de una breve vacilación, se dio la vuelta y comenzó a subir lentamente las escaleras.

—Ana Sanz.

Abro los ojos y me encuentro con esos dos pedazos de cielo que tiene Martín en la cara.

Me quedé dormida en el sofá... Qué vergüenza.

—Te va a doler el cuello en esa posición tan forzada. ¿Por qué no te vas a la cama?

Miro el reloj. Son las dos de la tarde...

Me incorporo y miro a Zocolino que soporta estoicamente las lamidas de Rasta. Viene haciéndolo desde que se fue la “yegua” y parece bastante terapéutico.

—Tengo que darle la papilla.

—Ya lo hice yo —replica él, sonriendo.

—Gracias, Tincho. ¿Se te complicó?

—Pan comido —repuso haciéndome reír con el juego de palabras.

Me siento y me arreglo el pelo con la mano.

—No me voy a ir a la cama; me voy a la choza con mi perro.

Él abrió los ojos, sorprendido.

—No.

—¿Qué?

—La doctora dijo que el pancho tiene que guardar reposo unos días sin moverse.

—¿Cuándo lo dijo?

—Cuando la acompañé al auto. Así que él se queda acá y vos también.

—No puedo... Tengo que trabajar.

—Andá a buscar tu compu, algo de ropa y volvé, Ana.

Eso hago. No sé por qué le doy las riendas de mi vida a este hombre, pero lo hago.

Es extraño... Un tipo en silla de ruedas debería ser conducido, no conducir. Sin embargo, Martín parece cómodo en el rol que las circunstancias ameriten.

No tardo ni una hora en armar una pequeña maleta con mis cosas, y hablar con mis padres, mi hijo y mis amigas de lo que le sucedió al perro anoche. Les aseguro que está bien, y regreso a El quinto infierno.

Ni bien llego, me encuentro con Hernán en el porche. Su expresión es sombría y triste.

—Feliz año nuevo —me dice.

Me siento a su lado, en la mecedora, y le pregunto por Martín.

—Surfeando. Pero no te preocupes por el perro, que se lo dejó encargado a Celina y a Rasta.

Surfeando... Eso me muero por verlo. No hay duda; prefiero ver a Tincho disfrutando aunque sea de lejos, que a Hernán sufriendo de cerca. Y justo cuando me voy a levantar, él me detiene agarrándome de la muñeca.

Ese gesto me causa algo de aprehensión luego de lo de anoche, y se da cuenta.

—Te quiero pedir disculpas. Tiene razón Tincho: cada vez que tomo hago cagadas.

Se lo ve demasiado abatido, y eso me pone triste.

—No siempre. Una vez te tomaste medio litro de Chandón caliente y te portaste muy bien... —le digo sin pensarlo mucho para hacerlo sonreír y lo logro, pero sólo por un instante.

—Eso fue en el Séptimo Cielo, Ana. En El quinto infierno debería tomar veneno.

Es tal la intensidad que le imprime a sus palabras que me asusto. No digo nada, sin embargo, y me quedo meciéndome junto a Hernán hasta que aparece Martín en la camioneta con un amigo.

Vagamente me doy cuenta de que el amigo está tan cuadrado como Hernán, pero esta vez mis ojos no le pueden dar la atención que se merece algo así. Es que están clavados en el pelo mojado de Martín, en sus ojos azules, en su garganta, en la locura de tatuajes de su pecho y su vientre.

El cuerpo de Martín es el que se lleva toda mi atención, y él lo nota, estoy segura. Está enfundado en su traje de neopreno hasta la cintura, nada más, y su torso es impresionante.

La silla de ruedas no es la de siempre, sino una especial con ruedas todoterreno.

Tiene arena en la frente, y la felicidad pintada en el rostro.

Y mientras Hernán se queda conversando con Santiago, que así se llama el surfista, yo entro tras Martín a la casa con el firme propósito de encontrar el sosiego que necesito, durmiendo sobre ese pecho algún día.

Ideal para tus fines, mi amor

Tengo que asumirlo, Martín me despierta algo más que ternura.

Pasó de resultar inspirador con esa alegría y esas ganas de vivir, a resultar inquietante en aspectos que jamás pensé considerar.

Tiene como un puto imán en la mirada.

Y no sólo en la mirada... Cada gesto, cada palabra, cada actitud, me hace pensar en lo que no debo.

Aquí en el porche de la casa hay doy colosos infernales. Hernán, con su cara de nene y su físico privilegiado, y el tal Santiago que con esa estatura debe candidatear para ser portada de revista de deportes o al menos eso me pareció, porque no me detuve a mirarlo.

Pero yo estoy acá, sentada en el piso de la cocina cubierta de saliva de perro, riendo con Martín.

—Arena, pelos de perro ¿quién da más? —murmura Celina, protestona.

—No te quejes, China. Estás más refunfuñona que mi abuela Marta.

Ella le pasa la aspiradora manual por la frente y yo me desternillo de risa.

—Te lo pido por favor, Tincho. Despedime otra vez... Sacame la roja y no me ves más el pelo, te juro.

Martín la agarra de la cintura y apoya la frente en su vientre bastante prominente.

—Ya sabés que no puedo vivir sin vos, China linda.

La mujer intenta desasirse, y cuando lo logra se va dando grandes zancadas y mayores improperios.

—Esta te gana de boca sucia, Ana Sanz.

Lo miro con los ojos brillantes. Hacía mucho que no me reía tanto.

—Es que todavía no conocés mi repertorio completo —le comento besando la cabeza de Zocolino que a pesar de estar bastante aletargado, se lo ve mucho más repuesto.

Martín traga saliva y su sonrisa desaparece. Tardo un par de segundos en darme cuenta que no ha perdido de vista mis labios.

—Me gustaría... hacerlo —murmura. —Me refiero a conocer tu repertorio completo.

Contengo la respiración por un instante y luego exhalo lentamente. Sí, tengo que asumirlo. No sé qué le pasa a él, pero de mi parte hay mucha tensión sexual acumulada.

Lo que me temía está sucediendo: me estoy volviendo perversa. No me bastó con mantener una breve relación de ribetes sadomasoquistas con Hernán; ahora fantaseo cosas sucias con su primo paralítico.

Me siento fatal...

—¿En qué pensás? —me pregunta Martín, por fortuna ajeno a lo que se me cruza por la mente y por el cuerpo.

—En lo agradecida que estoy contigo —miento, porque no era en eso que estaba pensando. —Le salvaste la vida a mi perro, Tincho.

—No fue tan así... Digamos que todo cuadró. —replicó. —Tengo siempre en casa calmantes muy potentes, y soy bueno reparando cosas...

—¿Por qué tenés esos calmantes tan potentes?

Suspira y baja la vista.

—Tengo... fuertes dolores —confiesa. —Dolores que no debería tener, porque no siento las piernas, pero resulta que los tengo y a veces no lo soporto.

—Martín...

Levanta la vista y me mira a los ojos.

—¿Qué, tía Mercedes?

Largo la carcajada sin poder evitarlo.

—¡Qué malo sos!

—Como el diablo.

Aprieto los labios. Qué ganas de hacer un pacto contigo, Martín. Uno que me sitúe entre tus brazos y me haga arder en el infierno.

Debí recordar que es adivino porque de pronto su mirada se hace más penetrante. Seguro que me está leyendo la mente, y yo me quiero morir.

Otra vez, ahí está.

La tensión sexual. Tan fuerte que quita el aliento... Carajo, esto sí que es un tabú. Es tan prohibido que da miedo. Estas no son mariposas, estas son gaviotas haciendo piruetas en mi panza.

—Me voy a... Me voy a duchar —dice él en un murmullo, cuando yo ya no soporto su mirada y bajo la mía. —¿No le decís a la China que me ayude a sacar el traje de neopreno?

El corazón me late tan fuerte que me siento obligada a toser para que no se note.

No sé por qué lo hago. Es que si lo pienso, no me animo, pero se ve que mi capacidad de raciocinio se ha reducido a su mínima expresión. Y el hecho de ver a Celina alejarse en bicicleta por el camino de grava, contribuye a mi locura.

—Yo te ayudo.

Traga saliva y yo también. No sé adónde nos puede llevar esto pero lo quiero averiguar. Necesito saber. Por él, por mí.

Este juego me gusta, pero temo estar haciéndole daño. Me encanta, pero temo también dañarme a mí misma.

Martín no dice nada. Gira la silla y avanza por el pasillo mientras yo lo sigo.

Entramos a la habitación donde dormí esta madrugada hasta que el sol me despertó y vi a Martín cabeceando en su silla. Me sentí culpable pero no tanto como ahora.

Lo veo entrar al baño, adaptado para la silla de ruedas.

—Vení.

Entro y miro la silla especial dentro de la ducha, que esta mañana me llamó la atención.

Martín regula el agua hasta que está a su gusto, y luego se vuelve hacia mí.

—Yo me voy a elevar con los brazos, y vos vas a tirar desde la cintura. Tengo ropa interior; no te me pongas nerviosa —me dice para romper la tensión, pero no sé si lo logra. Sonríe, pero sigo igual de tensa.

Me tiemblan las manos al bajarle el traje de surf. Trato de no mirar dónde no debo, y lo logro. Mis ojos recorren sus muslos cubiertos de vello rubio, sus rodillas nudosas, sus tobillos, sus pies llenos de arena.

Finalmente logro quitárselo y me apresuro a incorporarme y darle la espalda.

Ahora no sólo me tiemblan las manos; también lo hacen mis labios. No son nervios, son ganas. Quiero mirarlo, pero no puedo.

Soy más consciente que nunca que entre nosotros hay una atracción muy fuerte, y no deseo ser testigo de esa frustración de querer y no poder.

¿Por qué tuve que conocerlo? Esto sí es un imposible, una fantasía irrealizable. Al lado de esto, cogerme a un pibe menor que yo y darle un par de cachetazos no es nada.

Descargar tensiones con Hernán fue como irse de vacaciones. Me tomé licencia de mi vida, y me di un gustito o dos. Esto es... distinto.

No se trata de vacaciones, aunque estemos en este paraíso esteño en pleno enero. Acá hay algo más en juego, algo tan potente que me tiene clavada de cara a los azulejos del baño y no me permite darme vuelta. Algo que me tiene sujeta al encanto de este hombre, a sus ganas de vivir, a lo protegida que me siento cuando estoy a su lado.

El aire comienza a llenarse de vapor, y a mí me cuesta bastante respirar. Tengo que salir de acá, aunque eso implique mirar...

Martín sigue en el mismo sitio, y nuestros ojos se encuentran en la bruma.

“Por favor, Ana, no bajes la vista... No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas”. Mis buenos propósitos mantienen mi mirada en la de Martín, pero no sé que es peor,

porque lo que esos ojos me transmiten es tan caliente como el aire que se pone cada vez más denso.

Entonces sucede.

Martín pone las manos en los posabrazos de la silla dejando expuesto lo que no debía.

—Podés mirar, Ana Sanz. No tengo secretos para vos.

Bajo la vista y veo el bulto por un segundo bajo el bóxer de microfibra, empapado. Es inconfundible... Es una erección notoria que me deja completamente en llamas, y me hace apartar la mirada al instante.

—Tincho, perdón...

—Es normal que tengas curiosidad. Y te perdono, quedate tranquila —dice sonriendo mientras hábilmente se pasa a la silla de la ducha.

Lo miro asombrada.

—¿Me perdonás la curiosidad? —pregunto, confusa.

—No. Lo que te perdono es que hayas causado esto, que desde que te conocí me pasa con más frecuencia de la que quisiera —repite riendo, mientras echa la cabeza hacia atrás y manipula la ducha teléfono, para que el agua le caiga sobre el pelo.

Me quedo con la boca abierta. ¡No sé qué decir! ¿Por qué tiene que hablar siempre con esa franqueza? Me siento como una principiante a su lado. Me siento como Hernán debió sentirse alguna vez conmigo: perturbada y caliente.

—Ana Sanz, sólo para comprobar mi capacidad de resistencia... ¿me harías el favor de enjabonarme la espalda? —me pide sin abrir los ojos.

¿Está loco? ¿Quiere que lo toque? ¿Y mi capacidad de resistencia qué?

Quiere que me queme en las llamas del infierno por desear hacerle cosas sucias a un discapacitado que... Un discapacitado que no siente las piernas pero tiene una erección. Una enorme erección.

Ya no controlo mi voluntad. Me acerco y enjabono con un poco de gel la esponja que él me tiende. Se inclina hacia adelante y se la paso con energía. Quiero que esto no se parezca a una caricia porque puede terminar en cualquier cosa.

—¡Ay! ¡Dale suave que me lastimás!

—Quejoso.

—Me raspás con la arena, mala mujer. Si me querés lastimar enjaboname así todo lo que tengo desde la cintura para abajo, que no siento dolor. No siento absolutamente nada —me dice, con una pícara sonrisa.

No puedo evitarlo. Se me escapa antes de pasar por mi cerebro.

—No parece que no sientas nada.

Martín murmura algo que no alcanzo a distinguir.

Detengo el movimiento de la esponja en su espalda, y me inclino para preguntar:

—¿Qué?

No sé cómo, pero un segundo después estoy sentada sobre sus piernas bajo el agua.

—¡La concha de la lora!

—Boca sucia. Te la voy a lavar con jabón —me amenaza, pero lo que hace es hacerme cosquillas que me hacen retorcer contra su pene.

Estoy a mil con estos juegos. No quiero parar... ¿Y si no paro? ¿Qué pasaría si sucediera? Es una locura... La puerta del baño está abierta, la del dormitorio también... Pero están dadas las condiciones para que pase de todo.

Él y yo con poca ropa bajo el agua. Él y yo excitados. El humor. La franqueza. La confianza...

Mis caderas rotan sobre sus piernas, y mi respiración se transforma un jadeo. La roseta de la ducha teléfono termina en el suelo.

Todo sucede como en cámara lenta. Martín mete la mano entre mis cabellos y tira hacia atrás, dejando mi cuello expuesto. Siento su barba suave contra mi piel y cierro los ojos.

Me muero por un beso de esa boca que asciende por mi mejilla. Siento su lengua tocando el lóbulo de mi oreja al tiempo que uno de mis pechos desaparece dentro de su mano.

Mi cuerpo tiembla y se estremece. Nunca había deseado algo tanto.

Me dejo llevar y le marco la cara con ambas manos. Lo miro a los ojos a través de la cortina de agua que cae de su cabello... Y justo cuando estoy a punto de perderme en su boca, escucho ruido a mis espaldas.

Aplausos. Son aplausos.

Aprieto los párpados, y mis manos se crispan sobre el rostro de Martín. No tengo que volverme para saber que Hernán está aquí.

—Bueno, acá tu veta sádica sí que va a encontrar satisfacción... Lo vas a volver loco en serio, Ana...

Martín me agarra las manos y las aparta de su rostro pero no las suelta.

Mira por encima de mi hombro lo que yo no me atrevo a mirar.

—Andate, pibe.

—Ni loco... Además, ya te dije que a ella le gustan cosas raras, y está claro que ni vos ni yo le hacemos asco a...

—Hernán, si no lo hacés por mí, hazlo por ella. No la hagas sentir peor —dice Martín con calma, al tiempo que cierra la llave y el agua se detiene.

Martín me oprime la mano y yo siento que me voy a desmayar de la vergüenza y el pesar.

—No hay nada que la pueda hacer sentir mal, Tincho. Ella disfruta con todo esto... ¿O miento, Ana?

Vuelvo la cabeza despacio y lo miro. Y antes de que Martín o yo podamos replicar nada, Hernán termina de hacer el daño que se había propuesto hacer desde que entró.

—Acá encontraste la horma de tu zapato, nena. ¿Querías torturar a alguien para encontrar placer? Tincho es ideal para tus fines — dice con una sonrisa llena de veneno. Y luego agrega algo, se ríe, y por fin se va: — ¿No te contó que por más que se le pare no puede acabar?

Escaparse es de cagones

La irrupción de Hernán rompió algo más que un tórrido momento; acabó con mis esperanzas de lo que fuera con Martín.

En sólo una frase resumió los motivos de la imposibilidad de concretar nada. Como si avergonzarme ventilando mis supuestas perversiones no hubiese sido suficiente, tuvo que dar el tiro de gracia humillándolo a él.

“¿No te dijo que no puede acabar?”

Por unos momentos la frase quedó suspendida en el aire. Hasta parecía que tuviera eco... Nos quedamos los dos paralizados por unos instantes en los que sólo se escuchaban los enérgicos pasos de Hernán marchándose.

No me atreví siquiera a mirar a Martín. Permanecí inmóvil y en silencio, hasta que él hizo el primer movimiento.

Y ese primer movimiento fue algo que no esperaba.

—Levántate —se limitó a ordenarme.

En un primer momento no logré interpretar la urgencia de esa indicación, así que él se encargó de hacérmelo notar poniendo ambas manos en mi cintura, mientras me obligaba a pararme.

Me quedé helada. Como si fuese una muñeca me manipuló apartándome de él, sin echarme una sola mirada.

Y de inmediato se cambió de silla, agarró una toalla al vuelo, y salió del baño dejando un rastro de agua a su paso.

Fue como un tornado que me dejó temblando empapada, contra los azulejos del duchero.

Tarde más que unos segundos en reaccionar. Finalmente me resigné a que Martín no iba a volver al baño, y me obligué a ponerme a funcionar. No podía quedarme toda la vida con la espalda pegada a la pared tan mojada como yo.

Salí de la ducha y busqué una toalla. Mientras me secaba, el espejo me devolvió la imagen de una desconocida. ¿Cómo es que había llegado hasta ahí?

Me sentía... desolada.

Todo iba mal. Estaba perdiendo mi incipiente relación con Martín y Hernán estaba fuera de control.

¿Habría creado un monstruo o sólo lo habría despertado?

Salí del baño envuelta en una bata de felpa que encontré en el armario, y con mi ropa escurrida.

Miré a mi alrededor con los ojos nublados por las lágrimas.

La cama revuelta. Algunos trofeos de campeonatos de surf. Otros de campeonatos de rugby. Algo de ropa colgada en una silla. Libros por doquier. Una enorme ventana con vista a la laguna.

Algo me llamó la atención y me acerqué.

Y entonces los vi.

Estaban bastante lejos, pero aún a esa distancia pude notar que estaban discutiendo. O por lo menos Hernán parecía bastante alterado...

Gesticulaba y estaba despeinado. Se lo veía bastante descompuesto.

Frente a él, Martín permanecía inmóvil, con la toalla sobre las piernas y el pelo revuelto brillando al sol.

Y de pronto sucedió.

Hernán se cubrió la cara con las dos manos y cayó de rodillas a los pies de Martín.

Me tuve que apoyar en la pared, porque las piernas me temblaron y esta vez no fue de deseo.

Por primera vez, ver a Hernán de rodillas no me provocó otra cosa que lástima.

Sus hombros se sacudían, y pude darme cuenta de que estaba llorando.

Martín bajó la cabeza y se lo quedó mirando unos instantes. No pude distinguir la expresión de su rostro... Luego se acercó y le puso una mano en la cabeza a su primo.

Hernán se derrumbó. Se sentó sobre sus talones y apoyó la cara en las piernas de Martín. Parecía un niño, llorando, mientras éste le acariciaba la cabeza y le decía algo.

Pero era evidente que el pobre Hernán no tenía consuelo.

Me morí de ganas de encontrar y colocar las piezas que le faltaban a ese rompecabezas. Por un momento me sentí tentada de seguir adelante y no parar hasta averiguar cada detalle...

Pero primó la cordura, y me di cuenta de que yo estaba de más en esta ecuación. Y si no lo estaba, sin duda debía estarlo.

Era indispensable abrirme de lo que fuera que estaba pasando, e ignorar lo que ya había pasado entre ellos.

Lo que fuera, ya no estaba latente. Ahora estaba allí, más vivo que nunca y por mi culpa.

Me quise morir. Era tal la angustia que se me cayeron las lágrimas a mí también.

Y fue así cómo me encontró Celina cuando entró con mi bolso a la habitación de Martín.

—Ah, acá estás. Te traigo tus cosas, rubia... —comenzó a decir, pero cuando me vio limpiarme las lágrimas con la manga de la bata se interrumpió. —¿Qué mierda te pasa? ¿Y de dónde salió toda esta agua en el suelo? El pasillo también está mojado y... ¿Por qué llorás, Anita?

Anita. Me gustó. De todas las formas que la gente usaba para nombrarme, “Ana Sanz” era la que más me gustaba, pero “Anita” no me disgustó para nada.

Sólo que no estaba de humor para decírselo a Celina, así que saqué una bombacha de mi bolso y me la puse frente a ella, sin sacarme la bata.

—¿Qué te hizo ese hijo de puta? —insistió ella mientras yo me calzaba mis jeans.

No dije nada.

Me limité a poner mi ropa mojada en una bolsa, y luego le di la espalda y dejé caer la bata.

Ni siquiera me molesté en buscar un soutien. Me puse una remera negra holgada, y me arreglé el pelo con los dedos.

—¿Me vas a decir qué mierda te hizo, rubia? —volvió a preguntar, y su tono era de verdad apremiante.

Levanté la vista y agarré mi bolso.

—No sé a cuál de los dos hijos de puta de esta casa te referís. Y no quiero averiguarlo tampoco —le dije mirándola a los ojos. —Me voy a mi casa, y te voy a pedir que me ayudes a subir al perro en el auto.

Celina frunció el ceño y me sacó el bolso de la mano.

—No sé qué pasó, pero que no te vas, no te vas —dijo terminante.

¿No se daba cuenta de que el horno no estaba para bollos?

—Celina, por favor. Tengo que irme... ¿me vas a ayudar o no? —repliqué tendiéndole la mano para que me devolviera el bolso.

—El Tincho me mata si sabe que te dejé ir.

—Me voy a ir de todos modos, con o sin tu ayuda. Dame el bolso...

Me miró. Dudó... Preguntó.

—¿Pero por qué? ¿Por qué te vas, Anita?

Inspiré profundo. Y se lo dije.

—Ser la mala de la película me la banco. Ser la manzana de la discordia, no. Me voy antes de que mi presencia agrande el abismo que existe entre ellos, China —le expliqué con los ojos de lágrimas.

La mujer pestañeó un par de veces.

Parecía estar asimilando mis palabras, mientras me entregaba el bolso, pensativa.

Cuando estaba en la puerta me llamó.

—Ya pasó una vez, y mirá como terminó la cosa. No puede ponerse peor de lo que está... —me dijo. —¡La puta madre! Escaparse es de cagones, rubia.

Me quedé mirándola unos instantes.

—¿Ya pasó una vez? —pregunté, confusa. ¿Qué quería decir?

Y antes de que ella pudiera hablar, lo hizo Martín.

—China, andá a hacer tus cosas.

Le habló a ella, pero no despegó los ojos de mi bolso.

—Pará, Tincho... —protestó ella.

—Estoy a punto de sacarte la roja en serio.

Y parece que eso logró callarla. Y mientras se iba, moviendo la cabeza, la escuché murmurar:

—Demasiado cielo para tanto infierno, che...

La real dimensión de la palabra

Aunque quisiese salir, no podría.

Martín me impide el paso con su silla de ruedas, y también cualquier otro movimiento con su mirada.

Dejó salir a Celina, pero de inmediato volvió a su posición inicial en el umbral de la puerta.

Debería sentirme oprimida, casi claustrofóbica, pero para mi sorpresa lo único que quiero es que entre y cerrar la puerta. Con llave.

Y como siempre, el adivino interpreta mis pensamientos a la perfección. Entra y cierra la puerta corrediza con un simple movimiento.

Sé que lo sabe. Sé que Hernán le contó la clase de relación que llevamos él y yo.

Voy a asumir mis culpas, y a afrontar las consecuencias de mis vergonzosos actos. Después de todo fueron consentidos y se detuvieron en cuánto me di cuenta del daño que podía causar en mi búsqueda del placer.

Soy una adulta, puedo con esto.

Escapar es de cagones, ya lo dijo Celina...

No sé cómo va a encarar el tema Martín, de lo que estoy segura es que será él quien deba dar el primer paso.

¿Me acusará? ¿Me cuestionará? ¿Saldrá en defensa de su primo?

Es todo un enigma. Las hipótesis sobre sus reacciones se suceden en cuestión de segundos, pero él interrumpe el hilo de mis pensamientos diciendo algo que no sé cómo diablos tomar.

—La verdad duele.

¿A qué se refiere? ¿A su verdad, a la mía, a la de Hernán?

Trago saliva y me siento en el borde de la cama.

—¿Cuál de ellas? —pregunto para ser consecuente con mis pensamientos.

—Todas. Pero la más dolorosa es lo mucho que está sufriendo Hernán por esto.

—¿Por esto?

—Por el final de la relación de ustedes. Por perderte.

—Tincho, yo no sé si él te contó...

Se acerca y me mira.

—Sí, me lo dijo. Y estoy de acuerdo con tu teoría de que sin querer le proporcionaste algo de alivio a la culpa con tus... caprichos.

Caprichos. Por Dios...

—No es necesario que uses eufemismos. Decí “perversiones” porque así me siento—le aclaro bajando la mirada.

Y para mi sorpresa, sonrío.

—Ay, Ana Sanz. Bastante mala resultaste...

No puedo creer lo que me dice, y cómo me lo dice. ¿Debo reír? Porque la verdad es que tengo ganas de llorar.

—Si querías vengarte en nombre de Hernán haciéndome sentir como el culo, lo estás logrando.

Lo miro a los ojos, y noto que ya no está tan risueño.

—Tu verdad también duele —murmura.

—¿Y cuál es mi verdad?

—Que no sos lo suficientemente mala como para seguir adelante sabiendo que lo estás lastimando más allá de la piel. Que tuviste que renunciar a algo tan... placentero, por no agravar más los problemas no resueltos de Hernán. Que al dejarlo ir, estás dejando entrar el hastío en tu vida otra vez... Y que si querés evitar eso, no va a ser usándome a mí.

¡Santa Madre de Dios! Abro la boca y no la puedo cerrar.

Jamás nadie me analizó con tanta objetividad ni fue tan sincero. Y cómo duele eso, por favor... Tiene razón: mi verdad también duele.

—Sería conveniente que respires —me dice Martín estirando el brazo, y acariciándome la cara con los dedos. Eso no ayuda para nada... Contengo el aire involuntariamente, y cuando siento que me ahogo, exhalo despacio. —Tranquila. Mi verdad no es menos dolorosa...

Eso me hace reaccionar.

—¿Cuál es la tuya?

Tuerce la cabeza y me mira.

—Me la vas a decir vos.

Vaya... Bueno, no sé qué decir. No tengo la capacidad de análisis de él, ni tampoco su inteligencia. O sí los tengo, pero ahora no puedo pensar en otra cosa que no sean esos dedos acariciando mi pelo.

Finalmente me la juego. ¿Qué más da? Perdido por perdido... Acerco mi rostro al suyo y se lo digo.

—Tu verdad... Creo que estás abrumado por las circunstancias. Que no sabés cómo hacer para que Hernán entienda que no vas por la vida buscando vengarte por lo que pasó. Que no te gustan las complicaciones porque aprendiste a disfrutar de los placeres más sencillos...

Entreabre los labios, sorprendido. Y luego vuelve a sonreír.

—... Y que el hecho de que quieras entrar en mi vida aunque sea como instrumento para barrer con mi hastío, te hace sentir muy mal —remato.

Listo, lo dije.

Lo veo ponerse serio, y me arrepiento de haber sido tan sincera.

¿Qué derecho tengo a mortificarlo así?

Los segundos pasan y ninguno de los dos rompe el silencio. Sus dedos pasan de mi pelo, a mi boca. No puedo evitar jadear ante ese contacto.

—Me hace sentir muy mal, pero no puedo evitarlo... Si pudiera lo haría, te lo juro. No me importaría terminar odiándome a mí mismo como lo hace él, con tal de poder entrar en tu vida un instante —admite en voz baja.

—¿Es tu cariño por Hernán lo que te impide dar el paso? —pregunto también susurrando. Estamos tan cerca que no sé cómo puedo hablar, cómo puedo pensar.

Martín niega con la cabeza y no deja de mirarme.

—Mi espíritu de sacrificio se agotó con ese balazo —dice casi sobre mis labios. —El mismo que me dejó prisionero de mi cuerpo, y que hace que aun deseándote como te deseo, no pueda darte lo que necesitás, Ana Sanz. Y esa es la verdad que más me duele...

Por unos segundos no hacemos otra cosa que mirarnos. Intento asimilar el significado de sus palabras, pero no lo logro. No puede darme lo que necesito... Y ahí caigo en la cuenta de que lo que necesito es lo mismo que lo que deseo, y está frente a mis ojos, sentado en una silla de ruedas, torturado por las ganas, dominado por la tristeza.

Eso no lo puedo soportar.

Inspiro bien hondo y le acaricio el pelo. De pronto lo tengo todo tan claro... Lo que tiene entre las piernas es lo último que necesito.

Y lo primero, ya lo tengo.

Es su corazón.

El beso llega, por supuesto. Ni un batallón de “Hernanes”, ni un tornado de “Celinas”, podrían evitarlo.

De pronto me encuentro sentada en sus rodillas, con su cara entre mis manos como hace un rato bajo la ducha, comiéndole la boca como si toda la vida me hubiese preparado para ese momento.

Nos besamos con pasión, con ternura, con hambre. No es su erección lo que deja traslucir sus ganas; es esa forma de apretarme, de abarcarme con sus enormes manos mi espalda y mi muslo, como si fuese imperioso retenerme.

¿Para qué? Me quiero quedar a vivir sobre sus piernas.

Dejo su boca un segundo para besarle los párpados, la frente... Le lleno de besos la cara, y luego lo abrazo con fuerza.

—No puedo darte... —comienza a decir él, pero yo lo interrumpo.

—No me importa. Ya tuve bastante de eso, y nunca me hizo feliz —replico.

—Déjame contarte, por favor.

Me separo un poco y lo miro. Si yo supiera que contarme no le hará más mal que bien... Y de pronto caigo en la cuenta de que se trata de Martín Lasalle, de lo vivo que está, de que lo único que busca y necesita es ser feliz. Y la esperanza de contribuir a esa felicidad me llena de alegría.

—Contame.

Martín me abraza haciendo que mi cabeza descansa en su hombro. Supongo que es para no mirarme a los ojos, pero no me importa.

—Tengo... erecciones. Hasta ahora eran sólo reflejas, de esas que se producen por un asunto hormonal o por un roce. Pero te conozco a vos, y comienzan a aparecer de las otras. Es... inquietante, porque teóricamente no debería tenerlas. Y lo que dijo Hernán es verdad... No siento nada, Ana. No tengo sensaciones de la cintura para abajo, y por más que pueda eyacular con cierto estímulo, no puedo sentir un orgasmo y eso me frustra bastante... No obstante, puedo con eso. Lo que no sé es si vos podrías, si para vos sería suficiente —dice sin dejar de acariciarme.

—Tincho... No soy lo que pensás —replico sin abandonar mi posición. Se siente muy bien tener mi rostro en su garganta y sentir el movimiento de su nuez cuando habla o traga saliva. Se siente... erótico. Y en ese momento aparece tan claro todo en mi mente... Quiero esto. Quiero más. —Nunca fui muy entusiasta del sexo genital. De hecho lo que más me atrajo de la situación con tu primo pasaba más por la cabeza que por el cuerpo, pero eso es un asunto terminado... Ni Hernán me puede dar lo que necesito, ni yo a él.

—Pero es complicado, Ana Sanz. Hasta ahora nunca había sentido que mi cuerpo en estas condiciones fuese mi enemigo —murmura sobre mi pelo, y yo me derrito.

—Creo que si hay piel y cerebro, todo es posible. Que si una mirada o una sonrisa te excitan más que unas manos o una lengua, no hay límites. Que si existe esta clase de deseo que me tiene pegada como una figurita a tu cuerpo sin necesitar nada más, las posibilidades de erotismo son infinitas, Martín Lasalle —le digo y en ese instante siento que por fin entiendo lo que es el amor.

Y eso es lo que hacemos la siguiente hora.

El amor.

Sobra ropa y falta piel

Renunciar a la espontaneidad fue toda una experiencia.

No es que mis anteriores relaciones fueran improvisadas, o la mar de naturales. Exceptuando la de Hernán, todas estuvieron signadas más bien por lo romántico. Esta última, por el contrario, anduvo rozando la violencia y no sólo en el marco de lo sexual. Y no tuvo nada de espontánea, la verdad.

Mi *aquí y ahora*, mi presente con Martín es distinto a todo lo que conocí antes y también a todo lo que me pude imaginar.

Los prejuicios desaparecieron junto con la ropa. Fue algo tan... increíble.

Los besos fueron subiendo la temperatura ambiente y también la de nuestros cuerpos. La ternura dio paso a la humedad. Un intercambio de saliva delicioso que provocó que se me erizara la piel y también lubricó mi sexo al punto de preocuparme. Si eso viscoso que sentía entre las piernas aparecía antes de que me tocara, no quería ni pensar cómo me iba a poner después.

Martín me besó cómo nadie. Nunca pensé que iba a disfrutar tanto un duelo de lenguas, sin querer pasar a más, pero ¡hombre tenía que ser! y parece que a él no le alcanzó.

De pronto comenzó a impacientarse... Sus manos recorrieron mi cuerpo como queriendo abarcarlo todo. No era un burdo manoseo todavía, era como ganas de más.

No me lo dijo con palabras, pero yo intuí que a partir de ese instante podía pasar de todo.

Fue una experiencia única cruzar junto a él, el punto de no retorno que implica el sacarse la ropa. Nada de intentar quitarme algo. Tampoco hubo un frío “desnudate” esta vez. Este hombre hace el amor hasta con las palabras.

“—Sobra ropa y falta piel, Ana Sanz”.

Sólo eso.

Me paré delante de él, y me saqué la camiseta. No necesitaba mirarme al espejo para darme cuenta de cómo tenía los pezones.

Martín me miraba como si quisiera comerme entera y por unos segundos no hubo nada que deseara más que eso.

Pasar a sacarme el jean me costó un poco. Un morboso pudor me impedía ir más allá del cierre, pero esos ojos pudieron más y ganó la confianza.

Me desnudé delante de él con cierta torpeza, y no se perdió detalle. Ni siquiera intenté parecer sensual, o sacar partido de mis puntos fuertes. Por primera vez me mostré a la luz del día con mis imperfecciones a la vista porque sabía que iba a adorarlas.

Lo hizo. Me situó entre sus piernas separadas y me acarició. Fue tanto lo que me hizo sentir, que cuando quiero recordarlo por momentos me encuentro en blanco. Su contacto me perturbó al extremo de hacerme sentir mareada, y tuve que apoyarme en sus hombros para no caer.

A partir de ese momento comenzó el aprendizaje.

Porque hay que aprender a hacerlo cuando el cuerpo impone límites, pero eso no le resta encanto; se lo suma.

Hubo de todo esa vez.

Momentos llenos de sorpresa para mí, como cuando me dijo:

“En ese cajón tengo una pastillita azul. ¿Me la podrías traer?”

Sí, aprendí que cuando las sensaciones físicas son casi nulas, mantener una erección se complica, por más que haya muchas ganas.

Momentos sublimes como cuando me monté a horcajadas sobre él, y atrapó una teta en cada mano mientras me decía:

“Qué linda sos, Ana Sanz.” Y luego de chuparlas agregó: “Y qué dulce.”

Momentos más prosaicos como escucharlo murmurar “como para no perder la cabeza con este culo...” mientras su barba me raspaba las nalgas.

Momentos realmente infames que provocaron alguna que otra puteada de mi parte:

“Pensé que eras rubia natural. Cómo me engañaste...”

Fue muy poco gentil al recordarme que esa semana no pasé por la depiladora. Sólo mantuve el cavado para el traje de baño, y por primera vez en semanas me relajé lo suficiente como para olvidarme del tema.

A él no le importó. A mí, menos.

Me dio muchos orgasmos Martín. Demasiados...

Lo cabalgué en la silla y en la cama.

Me acuclillé sobre su boca, y bajé la cabeza para mirar cómo me lo hacía.

Dejé que me acariciara, que me tocara, que me manoseara. Lo dejé porque vi que le gustaba, y que lo estaba disfrutando tanto como yo.

Y no me quedé atrás. Recorrí todo su cuerpo con mis manos y mi boca. Pasé por dónde tenía sensaciones y también por dónde no, porque yo lo necesitaba.

Su erección se mantuvo hasta que ya no pude más. Y después, aunque sabía que no iba a sentirlo, se la chupé con ganas.

Me sorprendió que eyaculara, pero más me sorprendió la verdad: no lo sintió.

“Mirarte mientras me la chupabas, fue un interminable y enloquecedor orgasmo —me confesó luego. —Sentir que me deseabas me voló la cabeza, Ana. Luego de eso, eyacular fue sólo un acto reflejo producto de la estimulación...”

Jamás pensé que podría entender algo así, pero en ese momento lo hice. La sensación orgásmica es un milagro de la naturaleza que posibilita la descarga de una gran tensión. Pero es esa tensión la parte más placentera de todo.

Con Hernán lo intuí. Terminé de descubrirlo con Martín.

Pude notar cómo lo gozaba en su mirada, en su piel estremecida, en su cabello empapado de sudor, en sus manos repletas de mí.

Esto que sentimos juntos es más perdurable que un simple orgasmo. Al lado de este cúmulo de sensaciones y sentimientos, acabar no es nada. Ni siquiera es el cierre de algo, porque eso continuó.

Fue una fiesta de caricias, de mimos, de palabras susurradas y otras gemidas. Una locura que nos alejó del mundo por un buen rato.

Sonreír al hacer el amor es toda una novedad para mí. Esta alegría que amenaza con desbordarme el alma, me hace preguntar cómo es que pude sobrevivir sin esto todo este tiempo.

Y cuando me recosté en su pecho y me puse a jugar con esa pequeña mata vello entre sus pectorales, me dije que no me importaría quedarme así por toda la eternidad.

Ni siquiera pensé en palabras de amor. ¿Para qué? Lo que fuera que pasó entre nosotros tenía más que eso.

El único momento en que me sentí insegura fue cuando me pidió aquello.

“No soy de los que se esconden, pero en este caso voy a hacer una excepción. Hernán ahora se fue con Santiago a saludar a la vieja, pero va a volver. Parece que se va mañana, Ana, y no quisiera amargarle el viaje... Mantengamos esto en reserva por ahora, por favor.”

A mí también me convenía evitar el mal momento, pero igual me extrañó tanta consideración de su parte, teniendo en cuenta lo cáustico que había estado él momentos antes, y lo casi evidente del vínculo que se gestaba entre Martín y yo.

Se lo dije, más bien se lo pregunté.

“¿No sería mejor que se hiciera a la idea desde ahora? Porque dejame decirte que esto no se va a terminar acá...”

Sonrió y me revolvió el pelo. Pero luego se puso triste. Lo que me contó después me dio el porqué.

“El pibe es inestable... Ya pasó una vez y no quiero que... Ana, él y la culpa no se llevan nada bien...”

Vaciló un momento y se pasó la mano por la cara. Y luego continuó:

“Hernán se cortó las muñecas cuando no pudo soportarlo más. Cuando lo encontré así, me di cuenta que él estaba infinitamente más roto que yo...”

La cicatriz. El tatuaje... Eso lo explicaba todo y también me dejó helada.

Me senté en la cama, y por unos momentos no pude hacer otra cosa que pensar en Hernán, y en cuán responsable sería yo, si le pasara algo.

Esa fue la sombra que arruinó un momento que podía haber sido perfecto.

Continúa la magia

Sentados en torno a la mesa de la cocina estamos los tres intentando cenar. El silencio es tan incómodo... Santiago se acaba de ir, dejando a un Hernán con cara de pocos amigos y una interrogante pintada en el rostro.

Esta tarde le rogó a su primo casi llorando, que no interfiriera entre nosotros. “No me la quites” le pidió luego de habernos encontrado jugando en la ducha.

Él se salió por la tangente, pero con la firme intención de no hacer algo que pudiera lastimarlo. De nada sirvieron sus buenos propósitos... Poco después, ambos sucumbíamos a la pasión, y las necesidades de Hernán pasaron a un segundo plano. Ahora el asunto es aguantar hasta que se vaya.

¿Deberíamos sentirnos mal? Yo lo hago, pero al parecer no lo suficiente porque no puedo dejar de pensar en lo que hicimos Martín y yo, hoy en su cama.

Celina va y viene con la comida, y no para de hablar. Creo que se da cuenta de la tensión que flota en el ambiente y quiere distender la situación a toda costa.

Con los ojos clavados en el plato, juego con mi ensalada porque no tengo hambre. Nada de hambre, y eso es muy raro en mí, pero últimamente me pasa seguido.

Es que estoy exhausta y lo único que deseo es dormir abrazada a Martín.

¡Qué tarde increíble pasamos! Una increíble conexión que yo ya presentía, hizo que nuestros cuerpos encajaran a la perfección y también nuestras almas.

Nunca me había sentido tan cerca de otro ser humano al tener relaciones sexuales. Parece irónico, pero en el acto más íntimo de todos, en el que más cerca no se puede estar, siempre hubo algún tipo de distancia que recién ahora puedo notar mirándolo en perspectiva.

Hubo pasión, hubo deseo, pero también hubo cariño. Y cuando recuerdo los hermosos ojos celestes de Martín clavados en las expresiones de mi cara al acabar, siento que hubo algo más.

Amor. Amor del bueno, un bonito amor...

De pronto me encuentro recordando las palabras de mi madre. Hace sólo unos días que me lo dijo, pero pareciera que hiciera siglos.

“... Cuando tenga que llegar, llegará. Y lo vas a reconocer porque vas a mirar dentro de su alma. Tu príncipe anda por ahí, a caballo, en moto, en patineta ¡Quién sabe! Podrá llegar de distintas formas a tu vida, y tal vez al principio no sepas que es el elegido, pero tarde o temprano tu corazón te va a decir ‘este es’. ¡Y te vas a sorprender! Tu vida va a cambiar, Ana. Vas a escribir tu propia y maravillosa historia, viviendo. Sólo viviendo...”

Ay, Dios. Dios, Dios, Dios... No puede ser.

¿En moto, dijo? Sí, anda en moto. ¿A caballo dijo? Sí, también vi fotos de él a caballo, con una silla adaptada. ¿En patineta, dijo? Si a una tabla de surf se la puede considerar patineta...

El elegido de mi corazón está en la cabecera de la mesa, y llegó a mi vida de una forma que jamás hubiese imaginado: en una silla de ruedas.

¡En una silla de ruedas!

Ay, doña Celeste y sus dotes premonitorias. ¡Cuándo les cuente a mis hadas del WhatsApp todo esto!

Mi corazón no me dice “este es”. ¡Me lo está gritando! Y sonrío como una boba cuando me doy cuenta de qué, como siempre, mi mamá tenía razón.

Estoy sorprendida y también estoy feliz. No lo puedo ni siquiera mirar, pero me muero de ganas de pararme y apresar la cara de Martín entre mis pechos. Quiero que se quede ahí un buen rato. Quiero que luego me los devore como lo hizo esta tarde. Quiero...

—No seas mala, Ana. Contanos el chiste —pide de pronto Hernán mirándome fijamente.

—¿Qué?

—Te estás riendo. Contanos de qué —repite con frialdad.

La realidad es como una cachetada en la cara, y no me gusta nada.

—Es un chiste interno —respondo con el mismo tono frío.

Hernán sonrío, levanta su vaso y dice:

—Un brindis por lo que vive dentro de esa cabecita. Que no se agote nunca ni tu imaginación, ni tu sentido del humor... interno. Te lo envidio; de verdad te lo envidio.

¡La concha de la lora! Su hostilidad es más que evidente, y ya imposible de soslayar.

Y tal como lo esperaba, Martín decide tomar cartas en el asunto.

—Pibe, comé y callate —le ordena con calma.

Me atraganto y me precipito a tomar agua. Mientras lo hago, observo como Hernán se va poniendo colorado, desde el cuello hacia arriba.

En otras oportunidades lo vi enrojecer, pero no apretaba la mandíbula de esa forma.

Es un momento de mierda.

En este último mes me acosté con los dos hombres con los que estoy cenando. Como si no fuese lo suficientemente tirante la relación entre ellos, aquí llegué yo para que todo se pusiera peor.

Pero por alguna razón me resulta más fácil mirar a Hernán que a Martín.

Cuando lo hago, él parece sereno. Mastica tranquilo, despacio. De cuando en cuando le tira algo a Rasta que lo atrapa en el aire, mientras Zoccolino, pobrecito, lo mira con cara de circunstancias desde su almohadón.

Observar el movimiento de esa boca, me hace acalorar hasta cuando come. Sobre todo cuando la recuerdo entre mis piernas. Las cosas que me hizo... Las que me dijo. Las que me pidió.

Ahora la sonrojada debo ser yo, a juzgar por el calor que tengo. Y justo cuando creo que ya no puedo soportarlo, Hernán reacciona.

—Ya no tengo doce años, Tincho. No me vas a decir lo que tengo que hacer, o lo que tengo que decir —dice con furia apenas contenida.

Y Martín, con toda calma le responde:

—Creeme que te estoy cuidando.

Hernán sacude la cabeza y ríe, sarcástico.

—Cada vez que vos me “cuidás”, los dos salimos lastimados.

Contengo la respiración y miro a Martín de reojo... Ya no mastica, y su mirada es tan dura que da miedo.

—Si es así, entonces esta vez elijo cuidarla a ella —repone.

A ella.

Aquí estoy de nuevo. El vértice maldito de un triángulo que jamás debió existir. ¡Cómo quisiera que sólo fuésemos Martín y yo! Pero debo reconocer que si Hernán no hubiese llegado a mi vida, jamás hubiese conocido a su primo.

Estoy tan tensa que me duele el cuello. Ya no tengo sueño...

Y definitivamente no hay en mí ni un rastro de la paz interior que hace minutos creí alcanzar. Estoy muy lejos de eso ahora.

Sobre todo cuando escucho la réplica de Hernán.

—¿Cuidarla? No lo necesita. Más bien te diría que te cuides *de* ella.

Ya es suficiente. No doy más...

Me pongo de pie, de golpe y me toco la frente.

—Me voy a la cama —digo sin mirar a ninguno.

—¿Adónde vas a dormir, rubia? —pregunta Celina que por suerte se perdió el diálogo de recién, por estar en otra cosa.

Buena pregunta. ¿Dónde carancho voy a dormir? Bajo la vista, confundida, pero por suerte Martín me salva.

—¿China, no te jode dormir arriba? Así Ana puede hacerlo en tu cuarto y estar cerca del pancho.

—No hay drama, Tincho. Me voy a dormir con vos, nene —le dice a Hernán riendo. —Y donde te propases te zumbo.

Él la mira, sorprendido.

—Hay otras habitaciones arriba...

—¡El muy pelotudo se lo creyó! De verdad pensó que iba a dormir con él... —observa divertida dejando una fuente con fruta en la mesa.

Cierro los ojos, agradecida. Celina y su desenfado cortaron un momento que amenazaba con desbordarnos a los tres.

Me arrodillo junto a mi perro y le doy leche con una jeringa. No miro a ninguno de los dos, pero siento sus ojos clavados en mí.

—Andá a acostarte, Anita. —me dice Celina, acuclillándose a mi lado. —¡Estás hecha paté! Dejá que yo me encargo de “Danonino”.

Martín y yo no podemos contener la risa ante la confusión de la atolondrada mujer. Y cuando nuestros ojos se encuentran, compruebo que la magia existe.

Y continúa aquí, entre nosotros.

La carne es débil y yo soy de carne. Y algo más...

Manejamos mal las cosas, no hay duda. Desde el “vamos” este asunto vino mal parido y continuó así quizá por haber empezado torcido.

Cuando me instalé en el dormitorio de Celina, mi intención era dormir. Pero fue ver a través de la ventana la brasa de un cigarro en la oscuridad, y el sueño se esfumó.

Fue un error enviar ese WhatsApp, lo reconozco. Pero no pude evitarlo.

“Cuando entres, por favor fijate si ‘Danonino’ duerme” le puse.

Me quedé mirando por la ventana y sonreí cuando además del cigarro, vi la luz del celular.

Y segundos después tenía la respuesta.

“Dale. También puedo verificar si la dueña también duerme, y si es así despertarla de una forma... agradable. Sé cómo espabilarla.”

El corazón comenzó a latirme con fuerza.

“¿No habíamos quedado en mantenernos alejados por...”, comencé a escribir, pero enseguida lo borré.

Estaba claro que esa noche iba a ser imposible cumplir con lo pactado. La tentación de jugar con las palabras era muy fuerte.

“Depende. Si es con olor a porro prefiero que no vengas. Mirá si Celina piensa que soy una falopera...”

Levanté la vista, sonriendo, pero afuera ya no se veía ni la brasa del cigarro, ni la luz del celular.

Nunca pensé que podía sentirme tan decepcionada por algo tan mínimo. Esperaba mucho, pero estaba claro que no lo iba a obtener en ese momento.

Sin embargo algo tuve, porque minutos después recibo la esperada respuesta de Martín.

“No huelo a porro. Tengo la piel impregnada de tu olor y no quiero que se me vaya...”

Nunca fui tan feliz con tan poco. La calentura fue la que escribió por mí.

“Debe estar bastante diluido a esta hora. Ya te lo voy a refrescar... algún día”.

Listo, el sedal estaba tendido. Ahora dependía de él. Y picó.

“Vení, Ana Sanz. A mi habitación. Ahora.”

Cerré los ojos, loca de felicidad. Su urgencia era tan grande como la mía.

Mi primer impulso fue obedecer y correr a sus brazos, pero luego lo pensé mejor y me aboqué a darme una ducha rápida (la tercera del día), depilarme toda la zona de riesgo con una máquina de afeitar, y perfumarme a conciencia.

Tardé quince minutos en esa tarea, y recibí tres notificaciones que no miré por miedo a que hubiera desistido.

Y con mi camiseta larga de Ramones como único atuendo, me fui de puntas de pie a la habitación de Martín.

Me incliné sobre la cama un momento y aspiré.

—No olés a porro, pero igual tenés olor a cigarro, no a mí.

—Muy acertado el venir a refrescármelo entonces.

—No me diste opciones.

—No leíste los otros mensajes dónde sí te daba algunas...

Me siento en la cama, confundida. ¿Entre esas opciones estaría el no venir?

—¿Cuáles eran?

—No importa. Lo único que importa es que estás acá —replicó acariciándome la mano.

Estaba semi recostado en la cama, con un fino pantalón deportivo demasiado revelador. Su bulto era tan prominente que me estaba resultando complicado no mirarlo.

—Igual me gustaría saber...

Martín puso los ojos en blanco, agarró el celular y me mostró sus últimos mensajes.

“Sé lo que estás pensando pero no lo hagas. Nada de duchas, ni otros aromas que no tengan que ver con tu piel. Al natural sos lo más apetecible que probé en mi vida”

“Demasiado tarde, ¿no? Escucho el agua correr, y si aguzo el oído hasta puedo oír la maquinita de afeitar pasando por donde pasé y yo hace unas horas. Te conozco, Ana Sanz...”

“Y ahora seguro que te estás echando algo francés con olor a flores... Como si lo necesitaras. Igual tengo que confesarte que imaginar tus movimientos me hace sentir muy caliente. Vení ya.”

Terminé de leer completamente ruborizada. ¡Cómo una adolescente!

—¿Me equivoqué? —preguntó él con suficiencia.

Mi excitación estaba a nivel incendio, pero este duelo verbal no me lo iba a perder.

—Acertaste en todo. Y como no vas a saber apreciarlo, tal vez deba retirarme y no bañarme nunca más.

Las pupilas se le oscurecieron y ahí me di cuenta de que las palabras estaban sobrando.

Se acabaron las bromas. La mano que acariciaba la mía, pasó a rozar mi muslo y luego se adentró para tocar lo que mi camiseta ocultaba.

No fue delicado en absoluto. Me penetró con dos dedos hasta el fondo, despacio, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Espero que esta lubricación sea natural —murmuró con voz ronca. Y luego agregó algo que casi me vuelve loca. —Porque esto sí lo es...

Verlo tocarse el pene por encima de la ropa, me excitó tanto que se me escapó un jadeo.

Martín sacó los dedos de mi cuerpo y los lamió. Después se metió ambos en la boca, y los chupó sin dejar de mirarme.

Si la tarde fue de ternura, pasión y aprendizaje; la noche sería puro sexo. Sus manos me lo decían, sus ojos me lo decían...

Y ya no pude más. La depredadora sexual que vivía en mí, y que con Hernán apenas había asomado la nariz, hizo su aparición estelar.

Me subí a horcajadas sobre sus piernas y metí la mano en sus pantalones. Tal como suponía, no había nada debajo, así que saqué su pene en un solo movimiento. Estaba tan rígido como en la tarde...

—¿No tomaste nada? —susurré.

Negó con la cabeza mientras sus manos se perdían bajo la camiseta. Mis tetas las deseaban con desesperación, y no fue hasta que descansaron en ellas que me di cuenta de cuánto.

—Hoy descubrí que contigo no lo necesito. Al menos quiero hacer el intento de no usarlo esta vez.

Cerré mis dedos en torno a esa pija caliente y húmeda que parecía tener vida propia, y palpitaba en mi mano.

Y después me perdí. No aguanté más, situé mi sexo encima del suyo y comencé a frotarme contra él.

Como guiada por un instinto primitivo me moví hacia arriba y el roce se intensificó, pero sobre su vientre. Cuando iba hacia atrás tocaba su pene, cuando lo hacía hacia adelante me frotaba contra su ombligo.

—¡La puta madre! —exclamó él aferrándose a mis nalgas.

—¿Qué?

—Ahí dónde estás, estás bien... Seguí moviéndote así.

Me di cuenta de que era muy excitante percibir el roce de mi vulva en las zonas de su cuerpo donde tenía sensaciones. Muy excitante para ambos...

Estaba tan caliente como yo. Y como si fuese lo más natural del mundo me metió un dedo atrás.

—¿Qué hacés?

—Te toco el culo. Date vuelta que quiero verlo.

No lo podía creer. Ni siquiera nos habíamos besado, y me estaba ordenando que le mostrara el culo.

Algo en su voz hacía imposible negarle algo. El encanto de Tincho Lasalle se extendía hasta la cama, no había duda.

Lo monté de espaldas. Me apoyé en sus muslos y comencé a moverme a la altura de su vientre, mientras él me metía varios dedos mojados en el culo y gemía tanto como yo.

El orgasmo fue tan fuerte que me dejó sin aire por unos instantes. Me quedé boqueando como un pez mientras mi vagina se contraía, y también mi ano aún invadido por sus dedos.

Como en sueños escuché:

—Mirame.

Y cuando volví la cabeza por encima de mi hombro, vi esa increíble expresión de su rostro y casi morí.

Era como si viviera el orgasmo que no podía sentir a través del mío. Pero no era el de él... Martín no podía sentirlo.

En ese momento caí en la cuenta de eso, y esta vez no llegué a comprender. O por el contrario entendí demasiado...

Yo explotaba y él no. Yo gozaba y él podía verlo, pero jamás iba a experimentar esa liberación con nadie.

Me sentí egoísta por un lado, y por otro sentí algo más.

Dolor... Por primera vez en mi vida yo no era un instrumento de placer, ni disfrutaba de usar a alguien para el mío.

Por primera vez pensé en dar tanto como en recibir, y no podía tenerlo.

Me perdí. Me puse mal de golpe, y estallé en lágrimas sin poder evitarlo. Me tapé la cara con las manos, y ni bien sentí que los dedos de Martín se retiraban de mi cuerpo, cambié mi posición deslizándome por su cuerpo hasta quedar tendida a su lado, con la cabeza sobre su pecho, llorando sin parar.

Martín me oprimió contra él con fuerza.

—Vamos... No llores.

Levanté la cabeza, y lo miré con los ojos llenos de lágrimas.

—Es que... Es que no sé si debo permitirme disfrutarlo tanto cuando vos no lo podés hacer...

Fue algo brusco, pero me terminó gustando. Giró de golpe y me tomó por los brazos. Luego me elevó en el aire y me situó sobre él. Tendida sobre el cuerpo de Martín, me encontré jadeando sobre su boca. Él me tomó el rostro con ambas manos y me miró a los ojos:

—Mirame, Ana Sanz —me ordenó. —¿Que yo no lo disfruto, dijiste? ¿A vos te parece que no lo disfruté?

Me quedé pestañeando, algo confusa. No parecía una tortura, pero tenía dudas.

—No podés acabar... No sentís nada.

Él suspiró. Se lo veía bastante enojado.

—Creí que lo habías entendido esta tarde, cuando me describiste tan bien por dónde pasa el erotismo —murmuró. —Me pareció escucharte decir que todo pasaba por el cerebro, y que bastaba un poco de piel para...

—Y lo creo, te juro que lo creo —afirmé. —Pero me sentí tan egoísta... Es la primera vez que deseo que alguien sienta verdadero placer, y sufro porque el tuyo está limitado, Tincho...

Su pecho subía y bajaba. Respiraba agitado, y me miraba de una forma extraña.

—En muchas cosas tengo límites, así que sé reconocerlos —me dijo. —Esta no es una de ellas, te lo aseguro.

Intenté recostarme en su pecho, pero no me dejó.

—Te lo voy a explicar una vez más para que te quede bien claro: estoy decidido a ser feliz con lo que me tocó. Y tener una mujer como vos acabando sobre mi cuerpo, en mi boca, en mis manos, hace que piense que todo valió la pena —me explicó acariciándome los labios con sus pulgares. —No me hagás sentir “medio

hombre”, ahora que me siento entero por haberte conocido.

Sus palabras fueron como un golpe en el estómago.

Me quedé sin aire, y el aprovechó para seguir hablando.

—Soy más que lo que no pasa de la cintura para abajo. Y siento más de lo que creés... Ni siquiera tenés que estar presente para que lo sienta. Te basta con existir para provocarme cosas, pero si además estás encima de mí disfrutando, me volás la cabeza, Ana Sanz —declaró, y mi corazón se desbocó. —Y si mal no recuerdo, el orgasmo físico para mí ya tenía que ver más con eso que con la descarga de semen en cualquier lugar.

Le besé el pulgar que seguía acariciando mi boca, y cerré los ojos, impresionada.

—Soy el mismo de siempre disfrutando distinto, porque también es distinto lo que me pasa contigo —continuó. —Lo que me pasa por el corazón compensa lo que no siento en el cuerpo... Y mirá que siento mucho. Una calentura tan inmensa que sólo logra desahogarse cuando vos encontrás placer en mí...

Muda, agitada y caliente. Así me sentí. Y hubo algo más... Me sentí capaz de todo por ese hombre.

Me sentí en casa por fin.

En el momento menos pensado

“El día menos pensado, Ana Inés. El hombre menos pensado. El momento menos pensado... Vas a sentir mucha paz, y a la vez mucha necesidad más allá de lo físico, vas a ver...”

Es raro pensar en las palabras de mi madre mientras hago el amor con Martín. Es raro pero inevitable, porque lo que me dijo ese día es lo que siento por él adentro y afuera de la cama.

Una gran necesidad. Una inmensa paz.

Ese sosiego que estaba buscando, pero que de a ratos pasa a ser una inquietud perturbadora.

Como ahora, por ejemplo, cuando me encuentro con las rodillas en la almohada, y los muslos a ambos lados de su cabeza.

Manos y lengua llevándome más allá de todo. Sus gemidos y los míos entreverados, se elevan en la noche.

Me levanto la camiseta porque quiero ver cómo me lo hace. Sus ojos brillan y oscilan entre mi rostro y mi sexo.

Vaya lengua incansable...

Es una erección hermosa la que continúa sobre su vientre, pero me temo que esta vez se va a desaprovechar, porque como esto siga así, me voy a instalar en su cara para siempre.

No hay duda de que lo está gozando tanto como yo.

Y mientras mi cuerpo va por su cuenta, y se retuerce sin control sobre esa boca divina, mi mente vuela hacia las palabras que me dijo hace un rato.

“Lo que me pasa por el corazón compensa lo que no siento en el cuerpo... Y mirá que siento mucho. Una calentura tan inmensa que sólo logra desahogarse cuando vos encontrás placer en mí.”

En él encuentro mucho más que placer. Cada momento que vivo a su lado es como un reencuentro.

A este hombre lo conocí en otra vida, sino no me explico cómo pudimos sentir tanto en tan poco tiempo...

Conversamos bastante antes de reiniciar las actividades que presiento que se extenderán toda la noche.

Me contó de su vida, de cómo se ganaba el sustento. No me sorprendió que viviera en el campo la mayoría del año, ni que se dedicara a administrar una hacienda de cría de ganado ovino y otra dedicada a la agricultura. Tampoco me sorprendió que pasara más tiempo con los peones en su caballo o en su cuadriciclo, que en su oficina con aire acondicionado.

Martín es un hombre de acción, no hay duda. Rugby, tenis, surf... Este tipo no para nunca.

El haber nacido en una familia acomodada y haberse convertido en heredero de varias hectáreas a temprana edad, no condicionó su vida.

Es ingeniero agrónomo y vive con una sencillez pasmosa. No le interesa ni la tecnología, ni la ropa, ni ninguna otra adquisición de las consideradas mundanas.

Lo que sí le importa es mantener su calidad de vida, mejorar la de otras personas con discapacidad; sus compañeros de equipo de rugby en silla de ruedas: “Los charrúas”.

“Yo vivo así porque tengo buenos ingresos, Ana. Eso es mérito de mi familia, más que nada, pero los otros pibes no tienen ni baños adaptados, mucho menos un vehículo... Es muy injusto. Por eso quejarme sería un lujo que no puedo permitirme. Tengo el deber moral de hacer algo por ellos.”

Me enamoró. Intentar resistirse a este sentimiento mezcla de admiración con ternura es imposible. Y con cada palabra, ese sentimiento crecía dentro de mí hasta tornarse tan inmenso que se me salió por la boca convertido en besos.

“Así que además de trabajar en el campo voy por el mundo dando charlas ‘inspiradoras’. Santiago me acompaña siempre, y además lleva la página web y todo eso que me fastidia tanto. La verdad es que no me gusta nada hablar en público, pero voy cuando me lo piden. Como te decía ayer, me molesta que la gente encuentre consuelo comparando sus desgracias con las ajenas, mas encontré en eso una forma de hacer que lo que sufrí sirva para algo. Si puedo ayudar a alguien está bien, pero si además me pagan y con eso voy logrando obtener cosas para Los charrúas, venzo mi ‘pánico escénico’ y lo hago con mucho gusto.”

Besarlo no me alcanzó. Me lo quería comer, la verdad. El encanto de Martín no tiene límites, y me sorprendió que estuviese solo. No me aguanté y se lo pregunté.

“¿Por qué no tenés una mujer derritiéndose a tus pies?”

“¿No la tengo? Creía que vos eras una de esas...” bromeó.

“Lo soy hoy más que nunca. La pregunta entonces sería por qué me elegiste a mí”.

Se encogió de hombros.

“No soy un buen partido y debería advertírtelo. En cierto sentido soy algo dependiente y no me gusta. Si no huyen, las alejo yo...”

“A mí no me alejaste, y tampoco pienso huir, Tincho. Además, ¿cómo es eso de la dependencia? Yo te veo demasiado independiente...”

Hizo una mueca rara y su rostro se ensombreció, pero sólo un momento.

“No pienso alejarte, ¡no puedo ni considerarlo! Pero hay cosas que todavía te pueden hacer huir... Entre otras cosas, lo que más me jode es que dependo de una sonda, Ana. Tengo que evacuar la orina sondeándome cuatro veces al día porque algo se dañó ahí y si no lo hiciera, me mearía encima. Por suerte lo otro sí tiene la deferencia de avisarme” confesó, y terminó sonriendo.

Amarlo más es imposible. Huir es impensable. Y aunque parezca extraño, luego de que me lo contó, le pedí que me mostrara cómo lo hacía.

Ví cómo, con los ojos llenos de lágrimas, pero su radiante sonrisa me contagió. Y para qué negarlo, el observar cómo manipulaba su pene me terminó excitando, muy a mi pesar.

Y es así cómo ahora estamos en esto.

Mi vulva en su cara, y esa lengua habilidosa (me pregunto si adquirió esas facultades antes o después de “el accidente”) moviéndose en ella sin prisa pero sin pausa.

El orgasmo me sorprende e interrumpe mis recuerdos. Exploto sin poder controlarme, un poco por las sensaciones, otro poco por los recuerdos.

Martín me agarra de las caderas y conduce las mías hasta su pelvis.

Me inclino un poco hacia atrás y lo sorprendo observando mi sexo húmedo. Cuando mueve la punta de su pene erecto contra él, experimento otro orgasmo.

Gimo desesperada y me derrumbo sobre su pecho. Sus manos acarician mi espalda, a través de mi camiseta empapada de transpiración.

De pronto lo siento.

Su cuerpo se tensa, y sus manos se detienen y se crispan sobre mi espalda.

—No te muevas —susurra en mi oído.

Y luego se incorpora en la cama aferrándose contra su cuerpo, y dice con voz calmada pero firme.

—¿Qué carajo hacés acá?

Contengo la respiración y vuelvo la cabeza. Lo que veo hace que se me congele la sangre en las venas.

A sólo unos metros de la cama, está Hernán, observándonos.

La culpa

No tengo idea de cuánto hace que está ahí. No lo escuchamos entrar, concentrados como estábamos en lo que estábamos.

Con el concierto de gemidos no notamos en qué momento abrió la puerta y entró, pero el asunto es que está acá, mirándonos.

Su rostro parece de piedra en medio de la penumbra. No se mueve, no dice nada, pero es imposible no notar el brillo de sus ojos mientras nos observa.

Martín apoya las manos en la cama para incorporarse más, y yo me siento insegura sin sus brazos en torno a mi cuerpo. No estamos desnudos, pero tengo la certeza de que él se siente tan expuesto y humillado como yo.

—Andate, Hernán —le exige a la estatua que nos sigue mirando en silencio.

La respuesta es una risa extraña, seguida de una inquietante frase.

—No trancaron la puerta... Lo tomé como una invitación.

Un escalofrío me recorre entera.

—La puerta corrediza no tiene tranca —replica Martín con frialdad. —Los discapacitados no tenemos privacidad, eso está claro. Ahora andate de acá.

Hernán da un paso al frente y ahora ambos podemos ver su rostro transfigurado por la ira. Es sólo un destello, porque vuelve a reír.

—¿Eso quiere decir que no soy bienvenido esta vez?

Es una pregunta extraña que no llego a terminar de comprender, pero parece que Martín sí porque lo siento tensarse más entre mis piernas.

—¡Andate, carajo!

Me vuelvo sorprendida y veo la cara de Martín. Está furioso. Es la primera vez que lo veo así.

—¿Por qué? No se preocupen por mí y continúen. Quiero ver cuántas veces más la hacés acabar...

Esto se está poniendo cada vez peor.

Hernán parece peligroso a pesar de su calma al hablar. Y Martín no está nada calmado y parece más peligroso aún, a pesar de sus limitaciones físicas.

—Pará con eso Hernán, o te juro que...

—¿Que qué? ¡No podés hacer nada! No te podés mover, aunque veo que no necesitás más que respirar para robarme lo que quiero —le reclama, y ya no oculta su ira.

—Esta tarde te dije que ella no te...

—¡También me prometiste que no te la ibas a coger!

—Hernán, yo no te prometí nada. Estabas muy mal y me pareció imposible razonar contigo sobre los motivos de no acceder a tu pedido... —replica Martín, más controlado.

—Ahora sigo mal, pero me lo vas a decir. ¿Por qué carajo te estás cogiendo a la mujer que yo quiero?

El silencio se hace profundo. Cierro los ojos con un extraño presentimiento.

—Porque yo también la quiero —responde Martín. —Y porque ella lo desea.

Hernán se agarra la cabeza y camina por la habitación, pero es claro que no tiene intenciones de irse.

—¿Por qué? ¿Por qué yo siempre pierdo? —solloza, desesperado. Y por un momento dejo de tenerle miedo para pasar a tenerle lástima.

—Hernán, yo nunca te mentí —murmuro y enseguida él detiene su derrotero y se planta delante de nosotros.

—Nunca me mentiste, es verdad. Sólo me usaste, pero yo ya lo sabía. ¡Él es el traidor! Y lo peor que no puedo romperle la cara porque está en una puta silla de ruedas por mi culpa...

—Jamás te reclamé eso, Hernán —interviene Martín. —Fue una fatalidad, algo imposible de...

—¿Fue por tu maldito altruismo o sólo por tener cola de paja? Esa bala iba para mí, pero claro, tuviste que meterte en el medio porque sabías que estabas en falta conmigo, igual que ahora. Pero esta vez no te debo nada, Tincho. ¡Nada! Sólo la querés porque yo la quiero, y sos un egoísta de mierda porque sabés que no podés satisfacerla... La hiciste acabar, pero ella necesita emociones fuertes ¿no es cierto, Ana? A este no lo podés controlar como a mí, no te podés adueñar de su cuerpo y manejarlo a tu antojo porque ni él mismo puede hacerlo...

Inspiro profundo. Estoy aterrada, y tengo motivos.

Hernán termina de hablar, me agarra de un brazo y de un tirón me arranca de la cama.

Es tan sorpresiva su movida que Martín no se puede anticipar, y tampoco yo. Estoy a punto de caer al suelo, pero Hernán me sostiene firme desde atrás, tomándome de los brazos para inmovilizarme.

—Hernán, soltala. No te confundas, la cosa no es con ella... Acordate que nunca te mintió y que el traidor soy yo —dice Martín intentando guardar la calma, pero se nota que está más aterrado que yo.

Mientras habla mira de reojo la silla de ruedas y a Hernán no se le escapa eso, porque la aparta con el pie, sin soltarme.

Ahora estoy a su merced, y lo sabe.

Martín también lo sabe y su rostro lo demuestra. Traga saliva... No sabe ni qué hacer, ni qué decir.

Me imagino que se siente impotente, y que está maldiciendo su cuerpo porque no puede defenderme. Yo tengo miedo, pero me preocupo más por lo que Martín está sufriendo.

Intento no perder el contacto visual para transmitirle tranquilidad, pero me cuesta lograrlo.

—No podés hacer nada, Tincho —replica Hernán cada vez más seguro de sí. —¿Te das cuenta de por qué ella es mucho para ambos? Para vos, porque entre otras cosas no la podés cuidar ni satisfacer. Y para mí, porque no puede quererme.

—Dejala en paz —dice Martín mordiendo las palabras.

Hernán me aferra con tanta fuerza que me duele. Con un solo brazo, tiene los míos enganchados a mi espalda y apenas me puedo tener en pie.

—No la voy a dejar, porque yo al menos puedo disfrutarla... Te la puedo prestar, pero no te la voy a regalar.

—Ella no es un objeto... Si sentís culpa, o rabia, arreglalo conmigo, Hernán. Dirigí tus deseos de venganza hacia dónde corresponde—le pide Martín, desesperado.

Y ahí me doy cuenta de cuánto le importo. También soy consciente de la nobleza de este hombre porque en ningún momento le echó en cara a su primo el haberle salvado la vida a costa de casi perder la suya. Mi corazón late de prisa. Estoy muerta de amor por él, pero sé que estoy en peligro y trato de calmarme.

—Eso voy a hacer —dice Hernán en mi oído.

Y lo que sigue, es algo que jamás imaginé que se atrevería.

Con la mano libre me recorre el muslo y luego me toca entre las piernas, bajo la camiseta.

Me introduce los dedos y yo siento que las rodillas se me aflojan, pero esta vez no es de placer. Él no me deja caer, me mantiene en pie oprimiendo mis brazos, mientras hurga en mi sexo y jadea en mi oreja.

Cierro los ojos y escucho como a lo lejos los gritos de Martín, exigiéndole que no me toque.

—Te voy a matar, Hernán. Te juro que te voy a matar en cuánto tenga la chance si la seguís lastimando —lo amenaza, pero está tan desesperado que no logra imprimir a su voz la firmeza que desea.

—Soy incapaz de hacerle daño. Sólo le doy placer... Mirá —replica Hernán, mientras exhibe su mano tocándome. Martín no aparta sus ojos de los míos, pero su primo está tan cebado que no le importa. —¿Verdad que a vos también te gusta hacerlo con espectadores, Ana? ¿Verdad que el sexo normal no es lo tuyo?

No sé de dónde saco la frialdad para responderle, pero lo hago más por no ver sufrir así a Martín que por mí.

—La única verdad es que tu primo te salvó la vida dos veces. Cuando te cubrió con su cuerpo y recibió esa bala por vos, y cuando te cortaste las venas...

La mano de Hernán detiene el movimiento súbitamente. Pero no la retira.

—¿Qué decís?

Y ahí me doy cuenta de que no lo sabe. ¡No tiene idea de que Martín fue quien lo encontró desangrándose! No entiendo por qué le ocultaron algo así pero veo que lo impacta, y lo voy a utilizar a mi favor. Yo no tengo los escrúpulos de Martín ni su nobleza. Para nada.

El miedo desaparece y en su lugar adopto esa actitud dominante que hace que Hernán se debilite.

—Que fue él quien te encontró cuando te quisiste matar... Tu cobardía no tiene límites, Hernán. Porque sé que esto no lo hacés para hacerme daño a mí, sino para hacérselo a él —afirmo volviendo la cabeza hacia él, mientras noto que su mano se retira de mi sexo. —Y no entiendo por qué. No me creo eso de que es por mí, porque yo no valgo tanto como para que te olvides de que este tipo casi se muere por tu culpa.

La palabra “culpa” es algo que debí manejar con más prudencia, pero por fortuna fue efectivo.

Martín contiene el aire.

Hernán me suelta y da un paso atrás.

Pego mi espalda a la pared y trato de mantener el control.

—¿Vos me encontraste cuando me...?

No termina la frase, pero ya sabemos a qué se refiere. Además no aparta la mirada de Martín, que inclina la cabeza, asintiendo.

—Nunca me lo dijeron...

—No quise que lo supieras. Estabas inconsciente así que no tenías por qué saberlo. Además, no tiene importancia...

Hernán se refriega los ojos.

—Siempre pensé que fue ella —repone, y yo me pierdo. ¿Quién es ella? —¿A qué fuiste ahí? Quedamos que no la íbamos a volver a ver...

Martín hace una pausa y luego responde.

—Pero vos no cumpliste, Hernán. Te escuché citarte con ella. Te seguí junto con Santiago. Esperamos afuera... Cuando vimos que nunca iba a llegar y que el tiempo pasaba y vos no salías, entramos y... Dejamos que creyeras que fue ella la que te encontró, porque vos lo querías así.

Hernán se agarra la cabeza, mientras se le caen las lágrimas.

—¿No pensabas decírmelo? ¿No me lo ibas a echar en cara, Tincho? Te puse en esa silla de ruedas, y te fallé citándome con ella. Te acusé de traidor y vos no hiciste lo mismo... ¿No me lo ibas a decir ni siquiera para proteger a Ana? —pregunta señalándome.

Vuelvo la cabeza y veo a Martín tragar saliva.

—Hubiese hecho cualquier cosa para protegerla, si hubiese tenido un poco de inteligencia como para darme cuenta que el rencor era la herramienta, que el hacerte sentir culpable y hacerte reclamos dolorosos te iba a hacer reaccionar —dice finalmente. —Pero resulta que no te guardo rencor. Ni por la bala, ni por la cita a escondidas después de todo lo que pasó.

Hernán llora con la frente contra la puerta. Yo miro mis pies descalzos, sin saber qué hacer.

Pero cuando Martín termina de hablar, me quedo tan impresionada que a lo único que atino es a tomar a Hernán de un brazo y salir de allí con él.

—No te guardo rencor porque igual que ahora, yo tuve la culpa de todo —dice en voz baja, y luego su mirada cargada de lágrimas se dirige a mí: —Quise demostrarle que Analía no le convenía y no tuve mejor idea que acostarme con ella delante de él. Yo lo llevé a la mala vida ese verano, y tenía que sacarlo de ahí como fuera... Por ser un hijo de puta traidor estoy en esta silla, y no por culpa de Hernán.

Lobo con piel de cordero, cordero con piel de lobo.

Salgo como si me persiguiera el diablo de la casa de Martín, con Hernán pisándome los talones.

Camino por la grava descalza, aturdida, abrumada... No sé ni lo que hago; sólo sé que tengo que alejarme de estos dos enfermos porque van a acabar conmigo.

Detrás de mí, Hernán grita mi nombre y como no le hago caso me alcanza en dos zancadas.

—¡Ana, esperá! ¡Te estás lastimando los pies!

Me paro en seco y los miro. Tiene razón... Me doy la vuelta y veo sangre en las blancas piedras.

—¡Ahora te preocupás porque me estoy lastimando, pero hace un rato eras vos quien lo hacía! —exclamo fuera de mí.

—¡Te pido perdón! ¡En serio! Pero no te podés ir así...

—¡Claro que puedo! No soy una prisionera. Quiero irme de acá y alejarme de ustedes dos... —digo con lágrimas en los ojos. No quiero llorar, no debo llorar.

—Él no te va a abrir el portón, Ana. Y si lo hiciera, no ibas a llegar muy lejos. ¿Te vas a ir caminando, y vas a dejar tu auto, las llaves de tu casa y tu perro? No creo que sea una buena idea...

¡Tiene razón! No puedo dejar a Zocolino acá. ¡No me puedo ir!

Miro a Hernán, indignada. ¿Este es el mismo desquiciado que hace un rato intentaba hacerme daño? No... No era a mí.

Era al hijo de puta de su primo, y tal vez tuviera razones muy fuertes para hacerlo.

Analía... La veterinaria.

Esta es la "Ana" que existió entre ellos antes que yo, y seguramente es la de los recuerdos amargos. Por su causa es que yo llevo la gloriosa distinción del "Ana Sanz" de Martín.

Martín.

¿Un lobo con piel de cordero? Sus últimas palabras provocaron en mí esta especie de ataque de locura temporal que de a poco va cediendo.

Amanece en El quinto infierno, y aquí estoy, con los pies sangrando, junto al hombre que hace un rato me tenía inmovilizada y me manoseaba en contra de mi voluntad.

¿Qué estoy haciendo?

¿Cómo es que pasé de tenerle miedo a tenerle lástima? ¿Y cómo es que el que hasta hace un rato consideraba el hombre de mi vida, ahora me cause asco y repulsión?

Martín.

Él es la causa y la consecuencia. Es el principio y el fin. Es el amor y el odio juntos y mezclados de la forma más confusa que se puede imaginar.

El saber lo que hizo me provocó una sacudida interior tan violenta, que por unos minutos me tuvo ciega y sorda.

"Quise demostrarle que Analía no le convenía y no tuve mejor idea que acostarme con ella delante de él. Yo lo llevé a la mala vida ese verano, y tenía que sacarlo de ahí como fuera... Por ser un hijo de puta traidor estoy en esta silla, y no por culpa de Hernán."

Se acostó con la novia del primo delante de él. Y esto pasó hace diez años... Por cómo lo dijo no pareció un acto consentido. No, no sonó a trío, sonó a una dolorosa lección.

¿Cómo es que no midió el daño emocional que le pudieron causar a un Hernán de sólo dieciocho años? ¿Qué clase de mujer hace algo así? Una tan enferma como Martín. Y tal vez ambos contribuyeron a que Hernán hoy sea lo que es; un tipo lleno de conflictos, culpas, inseguridades...

Lo saqué de la habitación cuando caí en la cuenta de la magnitud de la confesión de Martín.

Sentí ganas de vomitar... Sentí lo que debió sentir Hernán cuando su primo y la chica que le gustaba y tal vez era su novia, sin ningún escrúpulo, cogieron delante de él. La pregunta surge, y la dejo salir.

—¿Por qué lo permitiste? ¿Por qué dejaste que Martín hiciera eso, Hernán? ¿Por qué carajo no lo incluiste en el puto mail donde supuestamente me contabas la verdad?!

Él baja la mirada, y responde en voz baja.

—No es una verdad que me deje muy bien parado. No quería que me vieras más perdedor aún, ni lo vieras a él capaz de jopearme una mina en mis narices. Pero la cuestión es que algo de eso hubo...

—¿Cómo lo dejaste hacerlo? —insisto tercamente.

—¡No pude evitarlo! Simplemente lo hizo. Me mostró que Analía se dejaba querer por mí, pero en realidad lo buscaba a él. Y también me mostró lo poco que yo le importaba, al no tener reparos en coger con él, adelante mío...

—Lo miraste porque te resultó morboso —lo acusé.

Hernán tragó saliva.

—Lo miré porque me quedé tan mal, que no me pude mover... Reaccioné cuando estaban ya haciéndolo. ¡Reaccioné como un cobarde...! Me fui llorando; no intenté siquiera detenerlos. Y eso es algo que no me pude perdonar nunca, Ana.

—Perder tu dignidad te dolió más que perderla a ella...—repuse. —Pero tenías sólo dieciocho años, Hernán. Él no debió hacerte eso...

—Y me lo volvió a hacer contigo —afirmó.

Negué con la cabeza.

—Eso es otra cosa...

—No, Ana. Es lo mismo... Siempre es lo mismo. Me lo dijo después que te acompañó aquel día en que me pegaste... Él no sabía que yo te lo había pedido, pero igual que con Analía, me advirtió que no me convenías... A Tincho nada lo detiene cuando quiere probar el punto. Y siempre termina teniendo razón —remató.

Me quedé callada, tratando de asimilar el peso de sus palabras.

Martín no quería ganarle a Hernán. Lo que quería era demostrarle que yo era como Analía.

Quería cuidarlo otra vez, de la manera más retorcida. Me había usado... No lo detuvo la silla de ruedas, más bien le dio impulso.

Fue estúpida y crédula. Tanto, que llegué a pensar que sentía cosas por mí.

Era una basura. Y Hernán un cobarde, un pusilánime. Un cordero que se disfrazó de lobo un instante, pero fue el instante equivocado y de la forma equivocada.

Qué asco, por Dios.

Cómo me engañaron los dos... Y yo que me creía una mala mujer por empujar a Hernán al mundo de la lujuria algo violenta. Me creía una porquería por acostarme con su primo cuando él creía estar enamorado de mí.

—Son dos hijos de puta, dos enfermos de mierda...

—¡No me digas eso! Se me soltó la cadena recién y te pido perdón por haberte hecho eso. Ana, ya te lo dije más de una vez: soy incapaz de hacerte daño. ¡No quise quedarme con los brazos cruzados de nuevo! Me equivoqué, Ana. No era contigo... Perdoname por favor... —me rogó.

—No te preocupes, Hernán —dije irónica. —Soy igual que la otra, sólo que más vieja. Martín probó el punto a la perfección, y estoy segura de que vos lo disfrutaste.

—¡No lo disfruté!

—Te quedaste hasta el final —lo acusé. —No irrumpiste en la habitación para detenerlo; te quedaste mirando igual que con Analía. No aprendiste nada en diez años...

Hernán abre y cierra la boca.

Su rostro se transforma, y ya no parece desesperado.

Se lo ve resignado.

—Quizá tengas razón —dice con voz fría y extraña. —No te voy a volver a molestar y mucho menos a lastimar. Pero ahora lo quieras o no, te voy a llevar a la casa en brazos para que luego hagas lo que quieras hacer.

Estoy tan cansada física y emocionalmente que no hago nada para impedirlo. Tengo los pies sangrando, y también el corazón, así que me dejo llevar.

Y es precisamente eso lo que ve Martín un minuto después, desde el porche de su casa.

A Hernán volver conmigo en brazos y mi cabeza recostada en su pecho.

Las heridas que no cierran

No dicen una palabra y yo tampoco.

Hernán me deja en el porche con delicadeza y luego mira a Martín a los ojos. Por unos instantes permanece ahí, y luego sigue su camino rumbo a la laguna.

Este glorioso amanecer es digno de ser contemplado reflexionando pero yo no me puedo dar ese lujo.

Parece que Martín quisiera decirle algo, así que aprovecho la ocasión y entro a buscar mis cosas y mi perro.

Cuando vuelvo a la cocina cinco minutos después, que es lo que demoro en lavarme los pies, vestirme y agarrar mi bolso, me encuentro con Martín en ella.

Zoccolino está en sus piernas, y él mira fijo una de mis huellas ensangrentadas.

—Me voy —anuncio tontamente. Cómo si no fuese obvio...

—¿Te lavaste las heridas? —pregunta con un hilo de voz.

“Estas heridas no se lavan y van a dejar huella” pienso, pero no lo digo. Me limito a asentir y a llevar las cosas al auto.

Cuando regreso él está en la misma posición, y le acaricia la cabeza a mi perro. Miro sus manos grandes deslizarse por el brillante pelaje rojizo, y el corazón comienza a latir con más fuerza.

—No te vayas... Dejame contarte.

—Creo que ya tuviste oportunidades para eso y el asunto de Analía jamás apareció.

—Entendeme, Ana. Me moría de la vergüenza... Es algo que nunca debió pasar. Un error que terminé pagando caro, muy caro...

—Así que no era tu altruismo, tu nobleza, lo que hacía que no le echaras la culpa a Hernán. Era esto...

Martín traga saliva.

—¿No te vas a cansar de “cuidarlo” de esta forma, Martín? —agrego sin poder controlar mi dolor y mi maldad. —Las *Anas* van a ser tu perdición y también la de tu primo.

Él permanece inmóvil.

—No sabes cuánto te estás equivocando—murmura y luego de un par de segundos, baja la vista y sus manos se aferran a Zoccolino.

—Me lo ocultaron deliberadamente ambos. Y no dudaste en llamarla cuándo te pedí ayuda con el perro... —le espeto llena de furia. —Yo me creía perversa, pero vos me ganás. Hernán es un pusilánime y vos sos...

Y ahí me quedo. No sé qué decir porque lo cierto es que Martín es muchas cosas.

Es el único hombre que me enamoró por su personalidad, y no por lo que esperaba de él. Es la persona más resiliente que conozco. Es una inyección de alegría y a la vez es paz. Está lleno de luz, y ahora también descubro que también lo está de sombras.

Me atrae de una forma que me avergüenza. Porque acabo de descubrir que también puede ser cruel y egoísta, y aún así me sigue atrayendo.

Es más que eso... Mucho más que una atracción.

¿Cómo puede ser que aún sabiendo que me utilizó pueda sentir estas cosas por él?

Después de lo que hizo entonces, no voy a ser tan estúpida como para creer que ahora esto sea distinto. No tiene nada que perder.

Y la pregunta emerge sola. ¿Qué tiene para ganar? ¿Un polvo? No parece que sea eso lo que lo motive a tal extremo. ¿Demostrar que valgo menos que Analía? Él sabe que ese tipo de lecciones pueden costarle muy caro.

¿Entonces por qué? ¿Por qué tomaría revancha si siente vergüenza por lo que hizo?

Estoy flaqueando, me doy cuenta. Mi piquis busca desesperadamente algo que me lleve directo al sitio donde ahora descansa mi perro.

Carraspeo, incómoda. Tengo que irme, tengo que estar sola y pensar.

Mi GPS interior me dice que es hora de recalcular la ruta. Ni Martín es tan bueno, ni Hernán es tan ruín, pero yo estoy en el medio de todo esto, y eso me hace sentir acorralada.

—Dámelo. Me voy a mi casa —le digo tendiéndole los brazos para que entregue a Zoccolino.

No hace ni un gesto, sólo me mira.

—Dámelo, Martín.

Pestaña y abre la boca, pero parece que se le dificulta hablar.

—No te vayas, Ana.

—Me voy a ir ahora mismo. Dame a ...

—Ella dijo que no lo movieras por cuarenta y ocho horas porque puede vomitar y ...—intenta argumentar para retenerme, pero yo lo interrumpo.

—Lo que ella diga, a la luz de los acontecimientos, vale muy poco. No le daría ningún crédito a esa mujer.

—Y no te equivocás en eso. No vale nada en ningún aspecto...

—Igual que yo ¿no? Y tenías que demostrárselo a Hernán. Sólo espero que esta vez, los daños sólo tengan que ver con mi perro vomitando —le digo, insidiosa.

Y en ese momento escuchamos un grito.

Es Celina.

Viene corriendo por el pasillo en camisón, y llega a la cocina casi sin aliento.

—¡El pibe está haciendo una locura! —grita mientras señala la ventana.

Martín y yo corremos a mirar y ahí vemos lo que seguramente vio Celina desde el balcón de su dormitorio.

Lo que vemos es algo que estoy segura forma parte de nuestros miedos más profundos. Lo que vemos es algo que jamás hubiésemos querido ver. Lo que estamos viendo es el peor desenlace para esta triste situación, y lo que hará que nuestra vida, a partir de ese instante, se transforme en un verdadero infierno de culpa, de culpa de verdad.

Ante nuestros ojos aterrados, Hernán se adentra en la laguna caminando, completamente vestido.

El último infierno

Marta se acomoda en el sillón con la satisfacción pintada en la cara. No se cansa de ponderar a esos aparatos modernos para leer libros digitales... A todo el mundo le dice que son el mejor invento de la historia, después del lavarropas.

La lectura que eligió para esa tarde es muy especial para ella. No es una novela sino un relato que ganó un premio recientemente.

Le dijeron que no le convenía leerlo, pero ella es bastante desobediente. Sabe que va a llorar, y está preparada. Respira hondo, y toca la pantalla para empezar.

“Ese verano fue el más caluroso de los últimos veinte años. ‘El Último Infierno’ ardía tanto como su nombre.

Germán acababa de cumplir los dieciocho, y por más que lo intentara no lograba encontrar su lugar en el mundo. En cambio Agustín, su primo, se movía como pez en el agua en cualquier sitio.

Y esa increíble chacra marítima situada dónde el río pasa a ser océano, era el mejor. Allí lo tenía todo...

Olas, muchas. A él le encantaba correrlas con su flamante tabla de surf que había comprado en Australia. A Germán no le gustaban tanto... Es que no sabía hacerlo tan bien como su primo.

En realidad a Germán nada le salía tan bien como a Agustín, y eso lo mortificaba desde que tenía uso de razón.

Es que Tino tenía ese algo inexplicable que poseen los llamados “seres de luz”. No podía decirse que era especialmente afortunado, porque quedó huérfano a temprana edad, pero de alguna forma logró capear cada temporal que la vida le presentó sin perder la sonrisa.

Tenía una sonrisa que lo iluminaba todo, una sonrisa con un alcance ilimitado que lo llenaba de un irresistible encanto para todo aquel que lo conociera.

A Agustín le importaba muy poco el qué dirán, el mandato familiar, las formalidades. Siempre vivió a su aire haciendo lo que tenía ganas, y contagiando alegría por todo sitio donde pasaba.

Germán en cambio, tenía que esforzarse mucho para vencer la melancolía.

Sus padres estaban vivos y lo amaban. El cumplir con lo que esperaban de él no suponía demasiado esfuerzo, y además le gustaba.

Su vida no era tan apasionante como la de su primo, pero no era desagradable tampoco. Además, Tino era doce años mayor... Ya estaba cosechando, mientras Germán estaba en época de sembrar.

La cosecha de Agustín era inmensa, tanto en amigos como en mujeres. Con sus treinta años recién cumplidos y su belleza física fuera de toda lógica, era el objeto de deseo de cada mujer que conocía.

No se comprometía con ninguna, sin embargo. Se dejaba querer un rato, y luego remontaba vuelo. Algunas sufrían, sí, pero resultaba imposible odiar a Tino.

Y otras se obsesionaban, como lo hizo Anabel.

Era la hija de veinte años, del veterinario local. Conoció a Tino acompañando a su padre a atender a unas aves de corral que él estaba criando, y cuando lo vio simplemente enloqueció.

No paró hasta meterse en su cama. Una vez, dos veces... Eso fue todo para Tino, pero no para ella.

Lo intentó de mil maneras, pero no logró nada.

Cuando llegó Germán a ‘El Último Infierno’ ese verano, Anabel decidió acecharlo con un único objetivo: acicatear los celos de Tino.

Para el joven recién graduado, ella fue su primer amor. Convencido de que Anabel le profesaba los mismos sentimientos, se entregó por completo a esa relación.

Agustín observaba los pasos de su primo con cierta preocupación. No eran celos, eso seguro. Él por Anabel no sentía nada. Pero cuando vio que ella se fue convirtiendo en algo más que un polvo de verano para Germán con el único objetivo de provocarle celos, se sintió mal.

Germán parecía estar enamorado de Anabel, y él presentía que no era recíproco. Ella se lo confirmó: 'Tu primo no me importa nada. Lo hago para que vos sufras lo que mismo que yo cuando te veo con otras'.

Le pidió que dejara de jugar con él, pero ella no le hizo caso. Entonces decidió hablar con Germán.

Le contó que había tenido 'una historia con esa mina' y que estaba con él sólo para molestarlo.

Germán no sólo no le creyó sino que se indignó. Y redobló sus atenciones con Anabel, ante el asombro de la familia que le pidió a Agustín que hiciera algo. 'Aunque sea drástico, Tino. Esta se va a preñar y le va a arruinar la vida a tu primo. Vos sabés cómo hacer para sacársela de encima...' le dijo su tía Marina, la madre de Germán.

Agustín estaba seguro de que Anabel era capaz de eso y mucho más. Toda la responsabilidad del futuro de Germán estaba sobre sus hombros. Y él no le sacaba el cuerpo a nada, ni siquiera a las balas.

Una tarde subió a la buhardilla a la hora de la siesta. En uno de los sillones en desuso, Anabel y Germán se besaban apasionadamente.

Él se sentó en el sillón de enfrente a observarlos. Germán pareció algo cohibido, pero Anabel no. Para nada... Dejó de besar al chico, y empezó a tocarlo sin dejar de mirar a Tino.

Entonces él no lo pensó más. Germán tenía que verlo para creerlo, y él se lo iba a mostrar, porque sino esa mujer le iba a arruinar la vida tal cual había vaticinado su tía Marina.

'Vení, Anabel' le dijo mirándola a los ojos de esa forma que a ella la subyugaba tanto. Y para remarcar lo que quería palmeó el asiento del sillón, junto a él.

Como un perro obediente ella cruzó la buhardilla y se sentó junto a Agustín, ante los atónitos ojos de Germán que no entendía nada.

Tino ni la miró. Los suyos estaban puestos en su primo.

Con la mano derecha, le acarició el pelo a la joven. Con la izquierda se bajó el cierre.

Dos segundos después, Anabel le hacía una mamada gimiendo con desesperación.

Agustín vio como iban cambiando las expresiones en la cara de su primo. Nunca habían tenido la suficiente intimidad como para vivir un momento así, pero estaba seguro de que esa era la forma de que se olvidara de Anabel.

Empujó la cabeza de la chica, pero no la miró ni una sola vez. Estaba claro que eso era un espectáculo con el único objetivo de que Germán comprobara con hechos lo que le había dicho con palabras.

El joven pasó del asombro a la incredulidad, y cuando vio esa boca que amaba tanto cerrarse sobre el pene aún flácido de su primo, sintió que se ahogaba.

Paralizado por la angustia, no se atrevió a moverse siquiera, y mucho menos hablar. Se quedó observando cómo Anabel emitía gozosos gemidos que él jamás había escuchado en una situación parecida.

Recién pudo reaccionar cuando ella lo montó. Simplemente se levantó la falda y se colocó a horcajadas sobre su primo.

En ese momento ellos dos perdieron el contacto visual y eso fue lo que lo hizo recobrar el aliento y obligarse a levantarse e irse lejos de ese infierno, con el rostro bañado en lágrimas de impotencia y horror.

Ni bien Germán bajó la escalera, Tino se desembarazó de Anabel como si fuese un fardo.

'—Salí —le dijo entre dientes.

—Tino, yo te quiero... ¡No me hagas esto!

—Te dije que lo dejaras en paz. Tuve que demostrarle gráficamente lo perra que sos. Ahora andate de mi casa.'

Agustín creyó que ahí terminaba el infierno, pero no hacía otra cosa que empezar.

Germán se pasó dos días fuera. Su madre y su abuela lo buscaron por todos lados y hasta la policía intervino.

Cuando a Tino le llegó la información de que su primo llevaba dos días borracho en un antro de mala muerte no se lo dijo a nadie, y se fue a buscarlo. Era el día en que cumplía los treinta y que se suponía que iba a pasar festejando con la familia.

Ni bien llegó se dio cuenta de que Germán estaba en problemas. Había bebido, sí. Pero también se había falopeado de lo lindo y debía un toco de plata.

Por primera vez en la vida se había apartado del camino socialmente correcto, y se había pasado de la raya.

Agustín quiso responder, pero lo que llevaba encima no alcanzó. Y de pronto la situación se salió de control.

Germán miraba aterrado el caño del arma que le apuntaba a la cabeza. Su instinto de conservación le hizo dar un tambaleante paso atrás...

Agustín sintió el inconfundible sonido del arma al gatillar y no lo pensó dos veces. Se puso delante de su primo y lo cubrió con su cuerpo.

Al traficante dueño de ese garito no se le cruzaba por la mente matar a nadie; sólo quería asustarlos lo suficiente como para que apareciera el dinero.

Pero cuando bajaba el arma se le escapó un tiro. Y ese tiro fue a dar al cuerpo de Agustín.

Después todo fue muy rápido. Es increíble la velocidad con la que se dispersan las masas cuando hay verdaderos líos.

Germán le sostenía la cabeza a su primo, mientras las lágrimas le caían sobre el rostro a éste, que boqueaba agonizante.

Los buenos contactos lograron un helicóptero milagroso que hizo que cada minuto contara para mantenerlo con vida.

Hizo dos paros cardio-respiratorios en el trayecto al hospital, y estuvo tres minutos muerto en la sala de operaciones, pero se aferró a la vida con esa capacidad increíble de sobreponerse a cualquier adversidad.

Se repuso en tiempo récord. Para cuando el verano moría, Agustín regresaba en silla de ruedas a 'El Último Infierno' decidido a seguir en el camino de la felicidad.

El saber que la secuela más importante iba a ser no volver a caminar, no pudo con su inquebrantable fortaleza.

Pero sí pudo con la poca estabilidad emocional de Germán que no logró lidiar con la culpa, y continuó ahogando sus penas en el alcohol hasta que no pudo más.

Destruído anímicamente estaba decidido a terminar con todo, pero antes necesitaba respuestas, necesitaba un porqué.

Necesitaba saber si era tan poca cosa como creía.

Y fue por eso que llamó a Anabel y la citó en la casita de los cuidadores de la finca, que estaban ausentes.

Ella le dijo que sí porque él insistió demasiado, pero no tenía ni la menor intención de ir. Lo único que le importaba estaba ahora en una silla de ruedas por culpa de ese pendejo estúpido, y ya no le servía para nada.

Germán esperó una hora. Y luego se sentó en el piso de la cocina, y se abrió las muñecas con un cuchillo de cortar carne.

Cuando Tino salió en la silla de ruedas a fumarse un porro fue que oyó la voz de Germán. Estaba bajo la ventana del dormitorio de su primo, y aguzó el oído.

No podía creer lo que escuchaba: ahí estaba el muy pelotudo citándose con la zorra de Anabel.

Al principio le ganó la indignación. Ni bien había regresado a la finca, había tenido una conversación con Germán dónde le dejó en claro que no lo culpaba de nada de lo que había sucedido. Y también le arrancó la promesa de que ninguno de los dos volvería a acercarse a Anabel.

No le pidió perdón por haber provocado su locura temporal al volteársela delante de él. No lo consideró necesario... Sabía que había sido un error, pero consideraba que lo había pagado con sus piernas. Y sorprendentemente eso fue en parte lo que hizo que se fuera recuperando con el mejor de los ánimos.

Por eso se sintió tan mal cuando escuchó que su primo lo traicionaba. Pudo mantener la mente fría, sin embargo. Iba a impedir que el chico cayera en las redes de esa mujer, pero necesitaba ayuda, porque en una silla de ruedas no podía trasladarse solo todavía.

Su amigo Diego lo llevó, y esperó pacientemente afuera con él. Desde unos metros de distancia vieron entrar a Germán, pero no a Anabel, que nunca llegó.

Finalmente a Agustín le extrañó que Germán no saliera, y tuvo un mal presentimiento.

Entró con Diego a la casa y ahí lo vio.

En medio de un gran charco, su primo se desangraba despacio.

Estaba inconsciente.

Agustín no había llorado ni siquiera cuando le comunicaron que había quedado parapléjico a causa de que la bala se le había alojado en la médula, pero mientras Diego iba a buscar ayuda, y él le apretaba las muñecas a Germán con un repasador, no pudo evitar llorar y maldecir al destino que se había ensañado con ellos de esa forma.

Y el destino por fin se apiadó.

Germán sobrevivió también y encaminó sus pasos. Comenzó a estudiar Ciencias Económicas y se recibió con honores. Salió con alguna que otra compañera de carrera, pero no se comprometió con ninguna. Y comenzó a trabajar en una empresa multinacional de consultoría.

Jamás volvió a finca de Agustín, hasta que el amor por una mujer, lo empujó al lugar dónde había empezado la locura que lo tenía sumido en la culpa y la desesperación, desde hacía mucho tiempo.

Y fue así que Ana fue a parar a 'El Último Infierno' y se metió sin querer en el medio de Germán y Agustín, casi como Anabel, igual que diez años atrás.

Casi, porque eran distintas personas, con motivaciones diferentes, y distintas intenciones. Pero ambas tenían algo en común: hicieron que se desatara el infierno otra vez..."

Marta levanta la cabeza y cierra la tapa del Kindle de golpe. Sabía que iba a llorar, pero nunca se imaginó que tanto...

Respira profundo y vuelve a abrirlo, pero no sigue leyendo dónde había dejado. Lo que hace es tocar la pantalla y avanzar las posiciones de lectura hasta llegar casi al final.

Pestañea con rapidez para disipar las lágrimas y continúa leyendo, mucho más adelante en la historia.

"Ambos se quedaron mirando horrorizados a Germán metiéndose en la laguna como poseído por una fuerza extraña.

Mientras tanto, él permanecía ajeno a todo y a todos.

Estaba con el agua a la altura del pecho, completamente vestido, y avanzaba con una determinación que nunca había experimentado antes.

No sabía por qué lo hacía, sólo sabía que aquel odio hacia sí mismo que lo había impulsado a abrirse las venas diez años antes, seguía intacto.

La única vez que se sintió pleno en todo ese tiempo fue cuando Ana puso sus ojos en él y le propuso ser su juguete sexual. Con ese pedido cumplió con dos necesidades que su psiquis pedía a gritos: amor y redención.

Sólo que no duró demasiado el alivio, porque Agustín ingresó en la vida de ambos y Ana ya no quiso jugar con él porque se enamoró de su primo.

Se volvió a desquiciar, pero esa vez iba a cortar por lo sano para no arruinarle la vida a nadie más. Ya no tenía fuerzas; ya no quería luchar.

Se sentía más que nunca una oveja, y la corriente se lo quería llevar.

Y Germán decidió dejarse ir... Cerró la boca primero, porque el instinto de supervivencia tomó el mando un momento.

Pero después la abrió y permaneció inmóvil con los ojos cerrados, dejando que la laguna lo engullera."

—Esta Inés Rivera es increíble —murmura Marta sacándose los anteojos para secarse las lágrimas. —Pero no puedo soportarlo...

Vuelve a bajar la tapa protectora del Kindle que le regalé para su cumpleaños número ochenta, y me mira.

—Sabía que así sería, por eso te dije que no tenías que leerlo —le digo mientras cierro también el mío. Todo este tiempo la estuve mirando, observando sus reacciones... Sé que debe ser una tortura revivirlo todo, pero ella es terca.

Además se lo compró en Amazon, como debe ser, y yo no pude hacer nada.

—Es muy fuerte... —comienza a decir, pero justo se abre la puerta y entran los perros totalmente empapados y llenos de arena.

—¡La concha de la lora! —exclamo al ver cómo están dejando el suelo tanto Rasta como Zoccolino.

—Qué boquita... —dice una voz muy conocida a mis espaldas.

“Sí, mi amor. Qué boquita y es toda tuya... ¿Dónde la querés?” dice la insaciable que vive en mí y yo carraspeo como si mis pensamientos se pudieran escuchar.

—Tincho... ¿por qué los dejás entrar así?—pregunto fingiendo estar enojada, cuando lo que en realidad estoy es excitada. Siempre. Por él, siempre.

—Para que sufra la China —dice el muy desvergonzado y basta que la nombre para que ella aparezca con las manos en jarra y cara de pocos amigos.

—Pero... ¡vos te pasás de pelotudo, querido! Vos y tus perros de mierda me van a terminar matando...

Marta frunce el ceño y murmura en voz baja:

—En esta casa son todos muy malhablados.

Pero el horno de Celina no está para bollos.

—Ay, mírenla a la doña... Finoli, finoli resultó... —se burla, y luego agarra a mi perrito salchicha como si fuese un pañal con caca. —Vamos, “Danonino”, vení con la China así te bañás...

Rasta va detrás, moviendo la cola, loco de contento. A él sí le encanta bañarse, pero desde que Zoccolino llegó a esta casa, todas las atenciones de Celina son para él.

—No sé cómo soportan que les hable así esta mujer—insiste Marta, azorada. —Nunca vi una doméstica tan irrespetuosa y...

Martín la interrumpe jocoso.

—Abuela. China es... China. Y si fuese distinta no sería ella, y tampoco sería lo mismo...

Veo que Marta revolea los ojos intentando entender la complicada lógica de Martín. Finalmente desiste.

—Tesoro, no entiendo qué quisiste decir. Pero vení al baño que te voy a ayudar a sacar ese traje de buceo que estás empapado, y...

—No es de buceo; es de surf. Y no me lo vas a sacar vos, sino *ella* —y me señala con el dedo con tal descaro en su expresión que sin querer me pongo colorada.

—¿Yo? —digo haciéndome la tonta. —Mejor te ayuda Celina, así aprovechamos que va a llenar la bañera para “Danonino” y se bañan juntos...

Martín me saca la lengua y yo sonrío. Me sigo haciendo la interesante unos segundos más, pero luego me dejo de tonterías y hago lo que estoy deseando.

Me pongo de pie, y le digo a Marta, como al descuido.

—¿Por qué no subís a hacerte una siestita? Yo me encargo de Tincho.

Y cuando la abuela asiente y se va a su habitación, Martín y yo hacemos lo mismo.

Pero no tenemos ni la menor intención de dormir.

Cuando los recuerdos duelen

Descanso sobre su pecho luego de hacer el amor. Es una de las rutinas que más adoro desde que Martín Lasalle llena mi vida.

Y tal vez es la única, porque con este hombre no existe un día igual al otro.

Ha pasado mucha agua bajo el puente en estos últimos dos años. Tanta, como la que hubo aquel dos de enero que nos transformó a todos.

Agua... La culpa y el agua destruyendo todo lo que el amor intentaba edificar. La tragedia tocando a la puerta de esta familia una y otra vez. La muerte acechando.

Cada vez que miro la laguna los recuerdos vienen a mí, y aún hoy me atormentan como si los estuviera viviendo.

Siento que todo transcurre en el presente y en cámara lenta. Veo todo como si fuese una espectadora. A Martín, con el dolor más inmenso que uno se pueda imaginar opacando sus hermosos ojos fijos en la laguna. Escucho los gritos de Celina, como a la distancia. Y me veo yo, corriendo como si me persiguiera el diablo, hasta llegar a la orilla.

Si hubiese estado descalza, jamás hubiese podido llegar. Si Celina no se hubiese levantado, no nos hubiésemos dado cuenta. Si Martín no me hubiese gritado que me lanzara desde muelle en lugar de entrar corriendo al agua, seguramente la culpa no me dejaría vivir.

Pero hice las cosas bien, o al menos tuve la intención de hacerlo, aun arriesgando mi propia vida. Hice todo lo posible, y eso me da mucha paz.

Deseaba con todas mis fuerzas ser el término bendito de la ecuación que no se terminaba nunca de resolver. Quería tener la suerte de que el vértice del triángulo de una vez dejara de ser la maldición de esa familia.

Pero lo que más quería era no ser la culpable del terrible desenlace.

Nunca fui una gran nadadora. Chapoteé ciegamente guiada por mi desesperación, pero no encontré nada.

Me detuve un momento a escuchar...

—¡Ana! ¡A tu derecha! —gritó Martín desde el muelle, y ahí vi como un globo blanco inflado.

Cerré los ojos y nadé, o creo que lo hice. Cuando calculé que había llegado, extendí la mano y lo toqué. ¡Sí! Eso blanco era la camiseta de Hernán llena de aire.

Instintivamente lo agarré del pelo y saqué su rostro del agua.

Casi muero cuando lo vi así... Estaba pálido, y con los labios azules.

Intenté avanzar arrastrándolo pero no pude. No sabía cómo hacerlo con una sola mano. Lo único que podía hacer era mantener su rostro en la superficie, y mover mis piernas para no hundirme yo también. Era difícil, porque la ropa me pesaba demasiado. Y Hernán también pesaba demasiado.

—Hernán, por favor... por favor... No puedo... —sollocé. El cansancio me estaba venciendo y por momentos sentía ganas de abandonar y abandonarme.

Estaba en una situación límite, rodeada de agua, de silencio y tal vez hasta del cadáver de un chico que no soportó el dolor y la culpa.

Silencio... Caí en la cuenta que ya no escuchaba los gritos de Martín, y los alaridos de Celina. Hernán estaba en mis manos, y no podía sacarlo.

Y de pronto sucedió. El agua se movió a mis espaldas, y vi la canoa que momentos antes estaba encallada en la orilla.

El corazón comenzó a latir con fuerza cuando entendí que no todo estaba perdido. Y cuando estuvo junto a mí, y la mirada de Martín me envolvió, supe que estábamos a salvo... O al menos yo lo estaba, porque no sabía si Hernán lo estaría.

—Ana, pasale esto por debajo de los brazos.

Me di cuenta de que tenía el torso desnudo y me estaba dando la camiseta de manga larga que traía momentos antes.

Obedecí y él tomó ambas puntas con fuerza, de forma de mantener a Hernán con la cabeza y el pecho fuera del agua.

—No vas a poder subirlo y tampoco subir vos, te falta fuerza en los brazos... A ver si podés agarrar esa cuerda.

La cuerda con la que había estado atada la canoa flotaba junto a mí, y la agarré tal cual él me lo ordenó.

Ya no podía ni pensar. Los dientes me castañeaban y me temblaban las manos. Estaba cansada, aún sin tener que mantener a Hernán a flote.

—Atátela a la cintura que los voy a remolcar —me dijo con calma.

Entonces me di cuenta de que no se iba a limitar a tenerlo afuera del agua hasta que llegara la ayuda que seguramente Celina estaba pidiendo. Martín era un hombre de acción e iba a actuar.

El terror se apoderó de mí. ¿Y si se daba vuelta la canoa? La sola idea de imaginar a Martín sin poder usar sus piernas en el agua, me dio las fuerzas que necesitaba para bajar la cuerda y amarrarla con fuerza a mi cuerpo.

—Lista.

—Perfecto, ahora vení que voy a soltar a Hernán para poder remar. Lo que tenés que hacer es lo que venías haciendo: mantenerle la cara fuera del agua...

Me situé junto a él y cuando Martín lo dejó deslizar, agarré a Hernán con fuerza.

Me di cuenta de que no era precisamente una canoa... Era un kayak de plástico, de esos en los que no hay que meter las piernas en un agujero, y eso me dio cierto alivio. No era una trampa mortal al darse vuelta, al menos. Y también más fácil de mover.

Martín me adivinó el pensamiento.

—Esta porquería es de plástico y livianísima. Ahora agarro el remo y esto es pan comido —afirmó. —Sujetalo bien, mi amor... —fue lo último que dijo antes de ponerse a remar hacia atrás, pero estaba tan concentrada en hacer lo que me decía que no tuve tiempo de disfrutar de sus primeras palabras de amor.

Empezamos a movernos con más velocidad de la que esperaba.

Con Hernán bien agarrado por debajo del brazo, con mi otra mano me aferré al kayak y eso nos dio más estabilidad y mayor propulsión. No podía mover las piernas, pero Martín era tan hábil remando que no tardamos más que un par de minutos en llegar junto al muelle.

—Ahí das pie, Ana —me avisó. Y yo los afirmé en las piedras con verdadero alivio.

Celina se metió en el agua y detrás de ella, apareció corriendo Santiago.

Entre los dos sacaron a Hernán y comenzaron a hacer las maniobras para reanimarlo.

—Salí del agua y entrá a la casa—me ordenó Martín mientras arrimaba el kayak al muelle.

—No.

—Dale, Ana Sanz. Ahí vienen los paramédicos.

—¡Quiero saber si está bien!

—Tarde o temprano lo vas a saber. Ahora metete en la ducha y quedate ahí hasta que yo vaya —me dijo al tiempo que se impulsaba, elevando su cuerpo apoyado en sus manos, y se sentaba en el muelle.

No quise mirar a Hernán en el suelo. Sabía que se vería pálido, azulado, completamente desvalido.

Me crucé con los paramédicos cuando subía a la casa, los puse al tanto de la situación, y luego me desplomé en el porche llorando.

—¿En qué pensás? —me pregunta Martín mientras me acaricia la espalda.

Salgo de mis recuerdos amargos y regreso al presente, a mi presente maravilloso junto a este hombre único.

—En cuánto te quiero —miento con descaro, pero sólo para responder la pregunta, porque de verdad lo adoro.

—¿Y eso te pone triste? Porque dejame decirte que tus ojos estaban llenos de melancolía.

Suspiro. Como siempre, no se le escapa nada.

—Estaba pensando en nosotros, y todo lo que tuvo que pasar para que estemos así.

—¿Y cómo estamos?

No puedo menos que sonreír ante esa pregunta. ¿Qué como estamos? Mejor que nunca. En la gloria. En el paraíso que queda justo acá, en El quinto infierno.

—Bastante bien, Lasalle —le digo haciendo una mueca.

Martín se incorpora de golpe, conmigo a rastras.

—¿Bastante bien? ¿Bastante bien, Sanz?

Me hace cosquillas y yo me retuerzo en sus brazos. Qué feliz me hace, por Dios.

Rio a carcajadas, llena júbilo, y cuando me suelta nos miramos a los ojos.

—Ahora sí. La operación “adiós melancolía” ha resultado efectiva —dice satisfecho.

Y yo le echo los brazos al cuello y me lo como a besos.

Tres para Martín

—Me voy después de tu cumpleaños, Tincho querido —anuncia Marta y yo contengo las ganas de aplaudir. Diez días con la abuela en casa es demasiado.

Hago un pucherito para dejarla contenta y miro a Martín.

Él finge el pesar mejor que yo. Suspira y le acaricia la mano a su abuela con ternura.

Pero Celina no es tan diplomática.

—¡Al fin! —exclama, y luego se para y empieza a llevar los platos a la piletta.

—China, no seas así —la reprende Martín conteniendo la risa.

—¡Cómo no! La doña lastra como lima nueva, y rompe las pelo...

—Celina —intervengo yo mirándola con el ceño fruncido.

Ella se encoje de hombros y luego le sonrío falsamente a Marta, que la mira con los ojos como platos, sin poder creer lo que acaba de escuchar.

—Perdóneme, doña. Usted come como un pajarito y no hincha las pelotas para nada.

Casi me ahogo con el vino, y Martín me palmea la espalda.

—Cómo me faltan el respeto en esta casa... No sé si me aguanto hasta el cumpleaños... —se queja la abuela con esa expresión tan cómica que pone cuando quiere victimizarse.

—Claro que sí, Marta —le digo, conciliadora. —Sin vos no es lo mismo. Además, acordate que el viernes llega Nicolás ¿no te morías de ganas de verlo?

Se anima un poco y sonrío.

—Es divino ese hijo tuyo, Ana.

Y por supuesto, Martín se suma en los elogios.

—Lo es. Tiene a quien salir...

Es que Nico y él, congeniaron desde que se conocieron. Fue como amor a primera vista.

Una vez le pregunté a Martín si no le hubiese gustado tener hijos. Me puse un poco tonta cuando me di cuenta de que yo no se los daría, y que él podría tenerlos con quien quisiera, si así lo deseara.

Me dijo que prefería tener nietos, porque no habría que aguantarlos todo el tiempo. Y le exigió a Nicolás que “agilizara el trámite” con su novia.

Más tarde, me dijo que alguna vez se le cruzó por la mente hacia mucho, el asunto de tener hijos. Incluso fue antes de terminar en una silla de ruedas... Lo descartó cuando se dio cuenta de que no quería resignar ni un poquito de la vida aventurera que quería llevar.

Y vaya si lo hace. A Martín Lasalle nada lo detiene...

Hemos viajado por Sudáfrica en coche. Lo he visto surfear en la mejor playa de California y en una remota playita australiana que ya no me acuerdo el nombre.

Hace poco edité un video donde vuela en tándem en un paramotor sobre Punta del Este.

También compitió este año a nivel internacional, con su equipo de quadrirugby y salieron segundos. Todavía no puede superar no haberse llevado la medalla de oro.

Aprendí a andar a caballo y hasta a jugar al polo porque él me lo enseñó. Y soy la reina del cuadríciclo allá en Salto, dónde él tiene sus campos.

Estuvimos en Noruega y Suiza, y me emocioné al escucharlo dar charlas motivacionales en un perfectísimo inglés.

Y en Argentina, dónde viví la experiencia de estar presente en el backstage de mi novela *Infame*, que se transformó en serie de televisión con el guion que finalmente escribí. Martín me acompañó, por supuesto.

Estuvo en el set de filmación derrochando encanto. Hasta le ofrecieron un papel, que él declinó por su tan mentado “pánico escénico” que a mí me huele a mentira.

Es el alma de cada una de mis presentaciones. Se lleva todas las miradas femeninas, y eso me pone loca.

He tenido que interrumpir una firma de libros, porque había una tarada que se lo comía con los ojos y no me dejaba concentrar.

“¿No querés mirar a mi marido más de cerca? Ponete en la cola, nena” le dije muerta de celos.

Y todos los presentes estallaron en carcajadas, incluso Martín que quedó fascinado porque lo llamé “mi marido” y desde ese día no para de pedirme que nos casemos.

Tal vez lo hagamos. Algún día...

Está de más decir que al banco nunca volví. ¡Ni de visita! Y no lo lamento para nada.

Alquilé mi apartamento, porque Nicolás estudia en Punta del Este y vive con mis padres. Estoy segura de que cuando termine la facultad, se vuelve a Atlanta porque parece que el asunto con la tal Madison va en serio, incluso a la distancia.

Así que soy escritora de tiempo parcial, y la mujer de Martín de tiempo completo.

Vivimos cada día como si fuera el último. Nuestras jornadas están llenas de alegría... Pero el precio que tuvimos que pagar para llegar a esto fue demasiado alto.

Una familia quebrada y unos días tan amargos que quisiera olvidar. Pero no puedo...

—Uy... ¿Y esa cara por qué? —pregunta el hombre de mi vida que no me pierde de vista ni abajo del agua.

—Porque no quiero que se vaya Marta. Es una gran compañía —improviso, y la abuela se sale del cuerpo de la alegría. Pero a Martín no lo engaño... Sin embargo, no dice nada.

—Ahhh... Claro, la doña es una gran compañía... ¿Y yo qué soy, rubia? —pregunta Celina que acaba de irrumpir en la cocina trayendo el postre.

La abuela está más satisfecha que Zoccolino durmiendo en el sillón.

Martín ríe. Es él quien le contesta a la furibunda mujer, cuando ve que yo me quedo sin palabras.

—Vos sos la China más divina del mundo y lo sabés. Por algo nunca te saqué la roja...

Y acá nos tiene, a las tres completamente derretidas escuchándolo.

Lo amamos. Las tres.

Es que Martín Lasalle sabe cómo hacerse querer.

Abrazar a Martín

Mientras Martín está en la playa con Santiago, aprovecho para ponerme al día con el guión de *Sublime*.

Tengo que esconderme de Marta, que me vive preguntando qué va a pasar con “la malvada Yolanda”. No tendría que haberle dicho que el final de la serie iba a ser muy diferente al del libro.

Suena el teléfono de línea.

—¡Anita! —grita Celina desde lo alto de la escalera.

—Sí, Celina. Yo atiendo...

Tengo el inalámbrico en el living, así que debo correr antes de que corten.

—¡Hola!

Se escucha un sonido raro, como de alguien respirando agitadamente al otro lado. Más agitadamente que yo al menos, a pesar de haber corrido.

—¿Ana?

¡La concha de la lora! No puede ser...

Hace dos años que no escucho su voz. He sabido de él por lo que la abuela me ha contado, pero nunca más tuvimos ningún contacto.

Y sé que Martín tampoco.

¿Entonces? ¿Cómo es que...? Tengo que calmarme. Tengo que hacerlo ya.

—Hola, Hernán —digo sentándome en el sofá. Me tiembla la mano, así que aferro el teléfono con fuerza. —¿Cómo estás?

—Temblando —dice con sinceridad. Vaya, igual que yo. —Sabía que era posible que atendieras vos, pero uno nunca está preparado para lo que dos años de por medio pueden causar...

Aprieto los labios. Tengo tantas ganas de llorar...

—Es bueno escucharte. Sé que estás bien porque tu abuela nos mantiene al día...

—Lo que la abuela no sabe es que además de estar bien estoy acá.

Me incorporo en el sofá, sorprendida.

—¿Acá? ¿En Uruguay?

—Sí, estoy en Montevideo desde ayer, en la casa de mamá.

—¿Te volviste de España?

—Sólo hasta Navidad —me explica. —Queremos estar de vuelta en Alicante para pasar la Nochevieja con la familia de Magdalena.

Magdalena. Sé quién. Es la novia de Hernán, o más bien su mujer porque viven juntos en Alicante. Marta me lo comentó y yo me alegré por él, aunque cuando me dijo que andaba en los cuarenta coincidí con ella en que seguía con problemas edípicos.

—Marta me habló de ella. “Enhorabuena” —le digo felicitándolo “a la española”.

Lo escucho reír y eso me reconforta.

—La abuela tampoco sabe es que voy a ser padre —anuncia, y se nota que está orgulloso y feliz.

—¿En serio? ¡Me estás jodiendo! ¿De verdad?

—¿Por qué tan sorprendida?

¿Qué le puedo decir? Todavía sigo recordándolo como un nene grande, como un nene bueno, como un nene triste... Me va a costar hacerme a la idea de que va a ser papá.

—No sé... ¡Marta va a enloquecer cuando se lo digas! Otra “enhorabuena” para los dos...

—Gracias. La estaba llamando a su móvil pero no lo levanta. Entonces mamá me dijo que estaba allí...

—Sí. Y duerme su siesta ahora... Tal vez por eso no contestó.

—Bueno... No quiero molestarla. Y a vos tampoco.

—No molestás, Hernán. Y me alegra saber que estás bien, y que la vida por fin te ha sonreído —le digo con cariño. —Te lo merecés.

Por unos momentos no dice nada y yo temo haber hablado de más.

Pero después de esa pausa me pregunta:

—¿Y Tincho? ¿Cómo está Tincho?

Hay una extraña ansiedad en su voz.

—Muy bien —respondo.

Otra pausa.

—Leí el relato... El que se llevó el premio —dice, y a mí se me empieza a formar un nudo en la garganta. —Es... Salvo algunos nombres, es lo más... parecido a lo que sucedió, puesto en palabras...

Inspiro profundo. No parece haberse enojado, pero...

—Espero que no te haya molestado...

—En absoluto. No sólo no me molestó, sino que me ayudó a ver las cosas distinto. Aunque claro, uno nunca termina de darle cierre a historias como esa...

—¿Por qué?

—Porque nunca pude volver, Ana. Perdí mucho... La familia se separó...

Se lo escucha triste, pero centrado. Entonces sigo mi instinto y se lo digo.

—¿Querés darle un cierre?

—Me gustaría enfrentar mis miedos...

—Hacelo.

—Y quisiera volver a abrazar a Martín.

—Hacelo, Hernán.

No puedo verlo, pero me lo imagino debatiéndose entre dos fuerzas opuestas. Una que le dice que venga, y otra que le aconseja mantenerse alejado del infierno.

—¿Puedo ir a El quinto infierno con Magdalena? —pregunta finalmente.

Sonrí. Por primera vez gana la luz en lo que respecta a Hernán y nosotros. A nuestra historia. A lo que pasó y ya no volverá a pasar...

—¿Quieren venir al cumpleaños de Tincho?

La pregunta queda suspendida en el aire por unos momentos. Pero la respuesta llega al fin, y es firme. Muy firme.

—Sí.

—Entonces vení. Vengan los dos... Tal vez sea la forma de que todo cierre y podamos barajar y dar de nuevo —le digo, mientras me embarga la emoción.

—¿Cómo lo tomará Martín cuándo se lo digas? —pregunta, ansioso.

—¿Y si le damos la sorpresa? —es mi inspirada respuesta.

Quedamos en eso.

Cuando dejamos que la vida nos sorprenda puede pasar de todo. Puede que sea una sorpresa grata, puede que no.

Pero presiento que ésta, es de las buenas.

Cerrando círculos

Estuvo al borde de la muerte y yo lo vi.

Vi a los paramédicos intentar reanimarlo. Vi a Martín arrastrándose hasta él. Lo vi llorar con una desesperación que hizo que mi corazón se desangrara gota a gota...

No por Hernán, que para mí ya estaba del otro lado. Yo sufrí por Martín.

Mis absurdos reclamos que momentos antes lo habían torturado me parecieron una mala broma.

Yo no tenía nada, absolutamente nada que reprocharle a ese hombre que aullaba de dolor junto a su primo. No se podía conformar, y sacudía ese cuerpo inerte como si fuese un muñeco.

Era tanto el sufrimiento, tanta la frustración, que en un momento le golpeó el pecho y lo hizo reaccionar.

Hernán volvió de la muerte y abrió los ojos.

Martín después me lo describió de una forma desgarradora.

“La mirada llena de espanto, Ana... Nunca me voy a olvidar de esos ojos. Yo sé lo que vieron esa vez, y sé lo que vieron la otra vez, porque estuve ahí...”

Salvarle la vida no fue todo.

Lo peor fue salvarle la cabeza.

Hernán estuvo internado en terapia intensiva durante una larga semana en la que Martín no se movió de ahí. De la sala de espera, porque Mercedes no lo dejó entrar a verlo.

Y declaró que si yo me acercaba, si yo osaba pasar por la puerta del hospital, me iba a matar con sus propias manos.

Pero después se puso todo peor aún.

Lo internaron en un psiquiátrico durante tres meses. Salió, y a la semana lo volvieron a ingresar.

Durante todo ese tiempo Martín no logró encontrar su eje.

No dejamos de amarnos ni de estar juntos... ¡No podíamos, aunque quisiéramos!

Pero no fue fácil con un Hernán destruido y una Mercedes echándonos en cara todos los santos días tanto por teléfono como por mail, que éramos los culpables de lo que le pasaba a su hijo.

No era necesario que lo hiciera: nosotros ya nos sentíamos así.

Fueron unos meses complicados, hasta que finalmente llegó la salud.

Hernán se recuperó y se fue a España, dónde vivía su padre en ese momento. Mercedes lloró y pateó, y también nos echó la culpa por eso.

Nos enterábamos de sus progresos por Marta, y nos alegrábamos en silencio. No queríamos cantar victoria, porque sabíamos que si en diez años no logró solucionar sus problemas, era que estaban demasiado arraigados.

Hablamos mucho de Hernán con Martín. De lo que había pasado hacía ya diez años, de lo que había pasado el año anterior.

No tocamos sin embargo, detalles morbosos, truculentos.

Pero no quedaron secretos importantes entre nosotros, y tampoco reproches.

Despojados de todo, lo único que quedó fue nuestro amor y las ganas de vivir.

Y eso hicimos.

El primer cumpleaños de Martín luego de lo que sucedió fue extraño. No fue una fastuosa fiesta como los años anteriores... Fue un asado con amigos en El quinto infierno.

Mercedes no lo saludó ni por teléfono. Hernán tampoco dio muestras de acordarse o de querer entrar en contacto.

Sé que cumplir sus cuarenta y uno no fue del todo grato para Martín. No lo dijo, pero yo me di cuenta... En un momento lo agarré mirando hacia la laguna con sus increíbles ojos celestes llenos de lágrimas.

Me dio mucha tristeza verlo así, pero era consciente de que nada podía hacer para remediarlo.

Este año ¿sería diferente? ¿Sería mejor? ¿Sería peor? ¿Se podría cerrar por fin ese círculo que se había abierto hacía más de diez años?

Unos días antes del cumple de Martín me entraron las dudas.

¿Y si todo resultaba mal? ¿Si Hernán no estuviera tan estable como parecía? ¿Si el volver a El quinto infierno le hiciera más mal que bien?

No podía hablarlo con nadie, porque luego de que terminé de escribir el relato que ganó el premio Eduardo Galeano-Cuentos cortos, me prometí no volver a tocar el tema.

Lo escribí para exorcizar el pasado, y no lo logré del todo, pero no tenía caso seguir dándole vueltas más que en mi complicada cabeza.

Para Martín no pasó desapercibida mi aprehensión y buscó por todos los medios buscarme la boca. En cierta forma la encontró, pero no precisamente para hablar.

Mi antidepresivo natural es también mi ansiolítico preferido porque luego de una noche agitada, en la cual le rendí honores con el pretexto de su cumpleaños, mis miedos se disiparon.

Y ahora, mientras están llegando los invitados al gigantesco asado que organizamos, también se disipan mis dudas.

Lo que ha de ser será. Como antes, como siempre. Es la vida fluyendo, es el amor que está vivo, es Martín y su maravilloso encanto que nos nuclea en torno a él para regalarnos su sonrisa y esa increíble fortaleza que lo acompaña siempre.

Hernán tampoco pudo sustraerse a eso.

Y ahora está aquí...

Lo veo yo primero. ¡Está casi igual! No, miento. Está igual de prolijo y atractivo, pero hay algo distinto en su mirada.

En principio hay madurez. Y un poquito de tensión... Me recorre de pies a cabeza con rapidez, y luego pestañea.

La mujer que lo acompaña está más embarazada de lo que esperaba. ¡Tremenda panza tiene! Y es muy bonita también...

Rubia, como yo. La misma estatura... Bueno, nos parecemos bastante más de lo que hubiese deseado pero me resisto a hacerme esos cuestionamientos en este momento.

Sonrí y busco a Martín con la mirada. Como siempre, está rodeado de gente y aún no vio a su primo.

Me acerco a saludar a Hernán. Se lo ve bien. A ambos se los ve muy bien.

—Gracias por venir —les digo luego de las presentaciones de rigor.

—Gracias a ti por invitarnos, guapa —repone Magdalena. —Era una injusticia que la familia se separara así...

Bien, lo sabe. ¿Y quién no? Está escrito... ¡Si hasta ganó uno de los principales premios de literatura del país!

Justo cuando voy a decirle que pienso lo mismo, veo que Hernán mira por encima de mi hombro y se tensa.

Me doy vuelta y ahí está Martín.

Con los hermosos ojos abiertos como platos nos mira sin poder creer lo que ve.

Por unos momentos nos tensamos todos, pero después...

—Ay, pibe. No sabés el alegrón que me acabás de dar —dice, y su sonrisa es tan amplia que lo ilumina todo.

Hernán da un paso al frente y se inclina.

Con los ojos llenos de lágrimas, todos observamos cómo se abrazan. Es un abrazo que parece no tener fin.

Y después todo es alegría.

En un momento Martín y Hernán desaparecen. Mi corazón late con prisa, pero me resisto a intervenir, y a amargarme por no saber.

Sigo alternando con los invitados, y cuando los vuelvo a ver sé que entre ellos ya no hay una sola barrera. Que al pasado se lo comió el presente. Que el amor verdadero cura todas las heridas.

Y también sé que jamás sabré los detalles de esa conversación, pero no me importa.

Tincho está radiante, y Hernán... Cuando le pone una mano en el hombro a su primo, es tan grande la admiración y el cariño, que aún a la distancia se siente.

Después de comer llega el momento de la foto.

Somos un montón, pero Martín está empeñado en obtener una foto grupal.

—Acomódense, che. Si se aprietan salimos todos.

Me pongo a su espalda y lo abrazo. Él echa la cabeza hacia atrás mientras me besa la mano.

—Vos no te pongas ahí—me dice. —Tu lugar es a mi lado, Ana Sanz.

Me encanta la forma en que pronuncia mi nombre. Me encanta él.

Entonces me inclino y le susurro al oído:

—Prefiero encima.

No termino de decirlo que ya está haciendo las maniobras necesarias para tenerme sobre sus piernas.

—Sus deseos son órdenes, señora.

Dios... Cómo lo amo. Le paso las manos por el pelo, por la barba. Me pierdo en su mirada infinita y me observo a mí misma en sus ojos, mientras todo desaparece menos nosotros dos.

Y mientras Celina dice alguna grosería sobre lo que le cuesta dormir por nuestra culpa, Martín y yo nos besamos con ansias ajenos al mundo que seguramente seguirá girando.

La tregua

Martín va a dar una conferencia, una charla motivacional ante ochocientos universitarios.

Lo veo tranquilo, pero sé que la procesión va por dentro.

Somos muy parecidos en eso... Hablar en público es algo que nos genera mucha tensión pero siempre termina siendo muy gratificante.

Le sonrío, y él suspira y sale al escenario.

Serio, circunspecto. Carraspea y se cruza una pierna sobre la otra. Apoya la tablet en el ángulo que se forma allí y luego mira al público y sonrío.

Listo, los tiene.

Como en otras ocasiones veo cómo se le ilumina el rostro a la gente. Y eso que aún no empezó a hablar.

Cuando lo hace, vuelvo a ser testigo del embrujo de la personalidad de Martín.

Todo contribuye a ello. Su aspecto físico, esa mezcla de bohemio y canalla, con los brazos llenos de tatuajes, el pelo revuelto y la barba entrecana.

Y esos lagos azules que tiene por ojos.

El atractivo de Martín es un todo que fascina. Así están todos, fascinados. Subyugados por lo que dice y por su forma de decirlo.

Ya está terminando y veo caras conmovidas y miradas empañadas por las lágrimas.

“...Así que me dije: si estoy vivo puedo ser feliz. La meta sigue siendo la misma, lo que cambian son las formas. Y el límite lo pongo yo. Nadie me va a decir qué es lo que puedo hacer y lo que no. Nadie conoce mi cuerpo como yo...”

Hace una pausa y me mira. La sonrisa le llega a las orejas.

“Bueno, nadie es un decir... porque la rubia preciosa de la primera fila me marca bastante el ritmo...”

Sí será atrevido. La gente ríe y yo también.

Pero cuando escucho lo siguiente me muero de la vergüenza y el que ríe es Martín.

“Y conoce mi cuerpo tanto o más que yo, les aseguro...”

Está claro eso de que el que ríe último, ríe mejor.

Esta noche nos quedamos en el mejor hotel de la ciudad, gentileza de la Universidad O.R.T.

Martín me hace un gesto caballeroso para que pase primero. Y luego maniobra la silla con la habilidad de siempre, entra, y cierra la puerta.

—Lindo sitio —murmuro echando un vistazo a la amplia habitación con vista al mar.

—Me da igual el lugar —replica él. —Con usted es siempre el mejor.

Me muerdo el labio inferior mientras me acerco.

—¿Ah, sí?

—Hasta el infierno me parece el paraíso cuando Ana Sanz está en él.

Carajo. Me tiene. Ahora me tiene a mí también...

Me hago la interesante, por supuesto. No quiero que piense que puede manipularme con esa carita que Dios le dio, y ese encanto que enamora.

—No sé... Sos puro *bla bla* vos.

—¿Yo? Soy un hombre de acción y lo sabés.

—Vamos... Hace dos años me prometiste un masaje en los pies y aún estoy esperando.

Larga la carcajada y me tiende la mano. Se la doy y tira de mí hasta obligarme a sentarme a horcajadas sobre él.

—Tenía la intención pero nunca llegué. Me entretuve en el camino, entre cumbres y valles...

Y mientras habla me acaricia la cintura, las caderas... Mi respiración se acelera, y yo quiero más. Me paro y comienzo a desnudarme sin dejar de mirarlo.

—Podés perderte en mí, Tincho. Podés quedarte a vivir en mí toda la vida...

Segundos después tengo su pene en mi interior y su lengua en mi boca.

Me muevo voluptuosamente y disfruto ya sin culpas del placer que su cuerpo sabe darme.

Sus manos me agarran las nalgas con fuerza. El roce de su barba en mis senos me enloquece.

Con Martín aprendí lo que es el amor, y a hacer el amor. ¡Qué lejos está de mí aquella mujer que creía gozar haciendo sufrir! Pensaba que obtendría placer quitando, y resulta que no hay satisfacción más grande que dar.

Y es por eso que postergo mi orgasmo y lo llevo a la cama. Recorro su cuerpo con mi boca mientras lo escucho gemir.

—Cómo me gustás...—me dice él al tiempo que me agarra del pelo y me acerca a su rostro.

Me besa con la boca abierta. Me devora con avidez mientras sus dedos, que saben bien dónde empieza mi orgasmo, se mueven con habilidad en mi sexo.

Mi desborde es bastante escandaloso, pero no me importa. Tengo un espectador que sabe apreciarlo.

También tengo claro que mi cuerpo es una fuente interminable de placer para él, y que verme disfrutar le produce satisfacciones de esas que van más allá de lo físico.

Y él me da más de lo que nunca llegué a soñar.

—Sos la tregua que mi alma andaba necesitando —murmuro mientras me acomodo sobre su pecho, muy cerca de su corazón.

—La tregua... —me dice pensativo. Y luego agrega citando al gran Mario Benedetti. —No sabe lo que valoro su sencillo coraje de quererme, Ana Sanz.

Sonrío y le beso el pecho. ¡Qué ocurrente es el dueño de mi amor! Y cómo sabe cuánto me gusta escuchar de su boca las palabras del poeta.

—Qué buen insomnio si me desvelo sobre tu cuerpo, Martín Lasalle —contraataco con otra de las memorables citas.

Ahora el que sonrío es él mientras me dice que me toma la palabra. Y yo cumplo.

Toda la noche.

FIN

Epílogo

—¡Felicitaciones! —exclamo, sincera.

Hernán le besa la frente a su hijo y sonrío. Pero el bebé rompe a llorar de una forma estridente.

—Bueno, los voy dejando porque Martín tiene hambre...

—Andá tranquilo, pibe —repone *mi* Martín visiblemente aliviado. Por favor, a esta altura tendría que haber aprendido a disimular cuando algo no le gusta.

Cuando cortamos la comunicación con Hernán vía Skype, le digo:

—Qué cosita más divina ¿no?

—Es horrible, Ana.

—¡Tincho!

—Es la verdad...

—¡Es un bebé precioso! Se parece a vos —replico para terminar de fastidiarlo.

—¿A mí? Pero si no tiene pelo. Es pelado y arrugado...

Muero de la risa. Definitivamente los bebés no le van. Es eso, o está celoso. Tal vez sea la primera vez que otro varón tenga la atención de toda la familia. ¿Y si ocupa su lugar en el podio del encanto? No, definitivamente no me lo imagino celoso. Martín es perfecto...

—No te rías, Ana Sanz.

No le hago caso. Sigo riendo mientras le saco la notebook del pecho, y la pongo en el suelo, junto a la cama.

Y ni bien me incorporo, él pasa a la acción. Con increíble rapidez gira y me agarra. En un segundo estoy sobre su pecho.

Mi pelo cae sobre su rostro, y sus ojos destacan entre mis rubios mechones.

Se viene un momento mágico... Palabras de amor susurradas, gemidos que se elevan, la magia de...

—Tenés bien puesto el DIU, ¿no?

Me cago en mi puta madre. ¿Qué clase de pregunta es esta? ¿Cómo se le ocurre arruinar este momento con algo tan prosaico?

Inspiro profundo y frunzo el ceño.

—Sí, Martín. Lo tengo en el lugar de siempre...

—Porque no quiero uno de esos, en serio. Yo creo que deberías ir al médico porque hace dos años que lo tenés y puede que esté vencido —me dice, serio.

¿Le pego ahora o espero un ratito?

—Quedate tranquilo que no está vencido —repongo, mordiendo las palabras, como para que se dé cuenta de que está siendo muy poco romántico en este momento.

—Pero podrías ir igual para asegurarte de que esté donde debe. Dicen que a veces se mueven y...

Ya no puedo con mi genio. Me buscó y me encontró.

—¡Basta con el DIU! ¡Está ahí quietito bien adentro de la...!

—¡Ana Sanz! Qué boquita... —me interrumpe, divertido.

Pero ya no puedo parar. Tarde pió.

—¡La putísima madre! ¡Estoy pre-menopáusica, carajo! ¡No me voy a embarazar!

—Te voy a tener que lavar esa boca con jabón... —me amenaza riendo.

—No me jodas, Lasalle —replico, seria. Y cómo el momento romántico/sensual ya se acabó, dejo de guardar las formas del todo. —Si querés que me calle, callame vos.

Vaya, su expresión cambia. Martín se prende a cualquier desafío, y más si se trata de este tipo de desafíos.

Me agarra la cabeza con las dos manos al tiempo que se incorpora, y antes de que pueda tomar aire tengo su lengua en mi boca.

Ay, caramba. Como por arte de magia toda mi ira desaparece, y de pronto me encuentro enlazando mi lengua con la suya, loca de la vida.

Martín me suelta la cara, y se la agarro yo a él. Continúo besándolo mientras sus manos se pierden bajo mi camiseta, y me aprietan las nalgas.

Montada a horcajadas sobre sus piernas, me aferro a su cuello y lo beso como si tuviera sed de su saliva, como si tuviese hambre de Martín.

¿Es que esta pasión no va a menguar ni un poquito? No dejo de sorprenderme por lo que me sigue provocando. Esta calentura no es normal.

—Te tengo unas ganas, pero unas ganas... —murmura mientras mete la mano entre nuestros cuerpos y me aparta la bombacha con un dedo.

—¿Ah, sí? A ver...

Le palpo el bulto por encima del pantalón. Sí, parece que me tiene ganas.

Uh, qué sensación más rara. Es más que conocida, pero no deja de ser inquietante el sentir este vacío en el vientre... Estas mariposas tienen nombre, y se llaman *deseos*.

Martín me muerde el cuello y jadea.

Su mano se vuelve cada vez más audaz.

—Decime qué querés —me exige.

—Todo —gimo. —Todo, todo...

Esta tensión sexual me desespera. ¿Cómo puede gustarme tanto, lo que me dice, lo que me hace? El secreto encanto Lasalle me vuelve loca. En un segundo lo tengo adentro, llenándome.

Me muevo voluptuosamente sobre su pene tan duro como una barra de metal. No sé si habrá tomado la pastillita azul o no. Lo que sí sé es que está siempre listo para mí...

—Ay... —me quejo, pero de puro placer.

—Un buen vergazo querés, Sanz —me dice el muy grosero mientras me mueve contra él. Me maneja a su antojo con las manos en mis nalgas, y yo lo disfruto tanto...

—Qué... boquita... tan... sucia... —lo reprendo con poco énfasis.

—Cuando te canses de montarme, esta boca sucia te va a acomodar el DIU —replica con voz ronca, dejándome muda. Lo único que puedo hacer es morderle el hombro e intentar respirar.

No es frecuente que esté tan... sexual. Es una bestia cogiendo, pero generalmente es romántico, seductor. Este Martín me gusta, me encanta. Es tan macho, tan viril.

No necesita imponerme su potencia física para dominarme. El embrujo de su personalidad es tan fuerte que subyuga.

Aprovecho el momento, y tengo mi primer orgasmo segundos después.

Y cuando estoy a punto de ir a buscar el segundo dentro de su boca, él murmura algo que me paraliza.

Es una pregunta que jamás esperé que saliera de allí.

—¿Pensás en él cuando cogemos?

Chan.

La pregunta queda flotando en el aire unos instantes.

Levanto mi cabeza, que descansaba en uno de sus hombros y lo miro a los ojos antes de responder.

Quiero saber qué se le cruzó por la mente justo en este momento como para que surgiera esa interrogante. En estos dos años jamás hablamos de los detalles de índole sexual de mi relación con Hernán. De hecho, los soslayé eficazmente en el cuento que ganó el premio, y jamás surgió el tema en una conversación, ni dentro ni fuera de la cama.

Por eso no entiendo cómo me pregunta eso, cuando todavía no salió de mi cuerpo.

Esto no debe ser de ahora. Esto debe haber estado muy guardado dentro de él siempre.

¿Por qué ahora, por Dios?

No sé qué carajo decir. No sé si responder, o re-preguntar.

—Lo estás pensando mucho —me dice con los ojos brillantes, y la respiración agitada.

Estamos tan cerca, que mi flequillo se mueve. Intuyo que éste es un momento clave y que lo que diga, puede condicionar nuestra vida en común.

Mi primer impulso es negarlo categóricamente, pero lo cierto es que he pensado en Hernán alguna vez, mientras cogía con Martín. Y cada una de ellas, fue para contraponer ese tipo de sexo, con la increíble forma de hacer el amor que tenemos él y yo.

Jamás busqué excitarme con los recuerdos de Hernán. No los necesito, y la verdad es que me da cierta vergüenza haber hecho lo que hice con él. Me justifico pensando que por un tiempo no fui la que solía ser, que ese capricho fue producto de mi crisis de los cuarenta, pero lo cierto es que trato de no recordar detalles de lo que pasó.

Pero no le digo lo que pienso a Martín. No sé por qué, pero siento que no debo hacerlo.

Estoy tentada a preguntarle los motivos de esa inesperada pregunta, pero tampoco lo voy a hacer.

Esta inseguridad no es típica de él... Me extraña, pero no voy a caer en la trampa de contar mi pasado, de justificar mis actos, de intentar que me crea cuando le afirme que lo que hice con Hernán fue una estupidez.

Por eso mi respuesta es:

—Es verdad, lo estoy pensando...

Y ahora el que se paraliza es él.

—...Es una pregunta que me sorprende, pero no quiero quitarle la seriedad que merece y por eso lo estoy pensando.

—Si tenés que pensarlo es mala cosa...

—Si tengo que pensarlo es porque jamás lo pensé antes, y jamás imaginé que me preguntarás eso —replico sin poder contenerme.

—Ana...

Se lo ve bastante perturbado, y yo ya no puedo más. Todos mis propósitos se van al carajo por el simple hecho de que no puedo verlo sufrir.

—Jamás ¿entendés? Jamás necesité resucitar esos recuerdos ni cuando cogemos ni en ningún otro momento. Están más que sepultados para mí, pero quiero saber por qué se te ocurre preguntármelo ahora, Tincho...

Traga saliva, inquieto.

—Porque recién ahora noto cómo te mira —me dice, dejándome con la boca abierta.

Pestañeo tratando de asimilar lo que me acaba de decir.

—... Y me di cuenta de que él sí lo recuerda... No te olvidó, Ana —murmura, apenado. —Vos estabas fascinada mirando al bebé, pero él te miraba a vos...

—A los dos —lo interrumpí, replicando.

—No. En un momento me salí del cuadro y cuando quedaste sola su mirada cambió... Te desea. No me quedan dudas de eso.

Vaya, no me lo esperaba. Y esa noticia no me mueve un pelo. No me importa. Allá Hernán.

—Eso es algo que sólo le concierne a él —le digo con cautela.

—No soporto que te imagine de esa forma. Que recuerde los...

—Tincho.

—¿Qué?

—Llamame desubicada, pero tengo que decirte que tus celos me calientan.

Y es la pura verdad, porque de pronto me encuentro bastante acalorada, y no es por la noticia de la supuesta mirada de Hernán que jamás noté.

Es esta faceta celosa de Martín lo que me tiene tan excitada.

Es un hombre, no un dios. Es tan jodidamente perfecto, que el saber de esta fisura en esa perfección no me desalienta; me hace amarlo más aún si es eso posible.

Es humano, y así lo quiero. Está lleno de inseguridades como cualquier mortal.

Yo lo idolatro, tengo que decirlo. Martín para mí es un cúmulo de virtudes y una es mejor que la otra. Pero el verlo así, celoso, perseguido, posesivo al extremo de controlar mis pensamientos o los de Hernán, me enloquece.

Elimino la distancia que separa su boca de la mía y le muerdo el labio.

—En serio, Tincho —susurro. —Te deseo más cuando me mostrás tu vena irracional.

Martín jadea y sus manos se crispan en mi cuerpo.

—Presiento que me estás insultando un poco, pero te lo voy a dejar pasar —murmura. —Y sólo porque cuando estás así de caliente, te ponés más dulce ahí abajo...

Luego desbarrancamos juntos.

Hernán desaparece del panorama de las inseguridades de Martín, espero que para siempre.

Aunque tal vez lo traiga de vez en cuando sólo para ponerlo celoso. Porque acabo de descubrir que celoso me calienta más.

Su lengua me hace ver las estrellas una y otra vez. Y cuando me desplomo exhausta sobre su pecho lo escucho murmurar:

—Sólo mía, Ana Sanz.

Y yo sonrío, mientras vuelvo a pensar que me gusta el hombre, tanto como el dios.

Llegó el momento de decir adiós...

Y aquí se termina la bilogía Doble o Nada.

Supongo que ya leíste la primera entrega, “Séptimo Cielo”, y espero que ambas te hayan gustado. Si no es así la culpa fue mía, por no lograr plasmar la belleza de lo que mi amiga “Ana” me narró.

No se las hubiese contado, si no hubiese tenido un final feliz. Un final... ¿Existe un final en las novelas de amor? Martín y Ana son felices por ahora, pero la vida da tantas vueltas... Por si acaso, yo me mantengo cerca.

Y si sucede algo, les cuento.

Un millón de gracias a todos, por haberme acompañado en esta aventura.

Un GRACIAS con mayúsculas a mi prima Silvana L. Sauer, y a mis madrinas, las escritoras: Valeria Cáceres, Marta D’Arguello y Victoria Aihar.

¡Hasta siempre!

Verónica L. Sauer